

Apostolado ❖ ❖

❖ ❖ de la Prensa.



V I D A

D E

SANTA TERESA DE JESÚS









VIDA DE LA MÍSTICA DOCTORA  
SANTA TERESA DE JESÚS  
REFORMADORA DE LA  
ORDEN CARMELITANA

SANTA BARBARA COUNTY

Biblioteca del Apostolado de la Prensa.

---

V I D A

DE LA

MÍSTICA DOCTORA

# SANTA TERESA DE JESÚS

REFORMADORA DE LA

ORDEN CARMELITANA

POR

UN SOCIO DEL APOSTOLADO

---

SEGUNDA EDICIÓN

---

MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

7 — San Bernardo — 7

1915



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS





VIDA DE LA MÍSTICA DOCTORA  
SANTA TERESA DE JESÚS

REFORMADORA

DE LA ORDEN CARMELITANA

---

I

Su nacimiento e infancia.

**N**ACIÓ Santa Teresa de Jesús en la ciudad de Avila el día 28 de Marzo de 1515, y fueron sus padres D. Alonso de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, ambos de familia hidalga y muy excelentes cristianos.

De este matrimonio nacieron nueve hijos varones y tres hembras, una de ellas nuestra Teresa, y a todos ellos criaron D. Alonso y doña Beatriz en el santo temor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas, especialmente en las de la caridad y la piedad, de las que ambos esposos dieron siempre a sus hijos grandes ejemplos.

De D. Alonso de Cepeda cuenta su misma hija, Santa Teresa, que jamás consintió tener esclavos a su servicio, pues le inspiraban mucha lástima. En cierta ocasión que llegó a su casa una esclava de uno de sus parientes, la trató con el mismo cariño y tierna solicitud que hubiera empleado con un miembro de su propia familia.

La piedad de doña Beatriz era también extraordinaria, y de ella aprendió Teresa, aun en edad muy tierna, la devoción a la Santísima Virgen, a quien siempre se encomendó en todas sus necesidades, y muy especialmente desde que murió su madre. Porque, conociendo lo que había perdido, llena de aflicción fuése a una imagen de Nuestra Señora suplicándola que la recibiese por hija, y nunca dejó de creer que su súplica, aunque hecha con la simplicidad de una niña de doce años, que esa edad tenía cuando se quedó sin madre, había sido atendida, porque en cuantas ocasiones necesitó del auxilio de la Reina de los cielos, fué superabundantemente amparada.

Tenía Teresa entre sus nueve hermanos uno que casi era de su edad, y con él se juntaba a leer vidas de santos, especialmente las de los mártires, pareciéndoles a ambos que aquellos bienaventurados compraban muy barato el reino de los cielos.

Espantaba mucho a nuestra Santa la idea de que la pena y la gloria eran eternas, y aún no había cumplido los seis años de edad cuando se la oía decir muchas veces: *Para siempre, para siem-*



*pre*, aludiendo a la eternidad del infierno y de la bienaventuranza.

Su deseo de recibir la corona del martirio era tan grande, que concertó con su hermanito ir a

tierra de moros para pedirles por amor de Dios que les cortasen la cabeza; pero habiéndoles sorprendido un tío de su padre en los primeros pasos de su proyectada escapatoria, fuerza les fué resignarse a no dar la vida por Jesucristo y determinar otro medio de servirle.

Fué éste hacerse ermitaños, y para ensayarse en esta santa vida levantaban como podían unas celdillas, a las que se retiraban para hacer oración y dedicarse a la lectura de libros de devoción.

Heredó de su padre la condición de misericordiosa, y hacía cuantas limosnas podía, doliéndose de que que no fueran tantas como su ánimo generoso deseaba, y de este modo se deslizó su infancia hasta la edad de doce años, en que, como más arriba queda dicho, perdió a su madre, muy trabajada por muchas enfermedades.

Tan sensible pérdida en una edad en que tan necesaria le era la protección maternal, determinó en Teresa un estado de tibieza, alimentado por la lectura de libros de caballería, a escondidas de su virtuoso padre, y con esto y el trato de una pariente dada a la vanidad y a los entretenimientos de la vida mundana, decayó mucho en su primitiva piedad, perdiendo aquel espíritu de fervorosa devoción que en los primeros años de su vida le hicieron desear la corona del martirio.

La humildad de nuestra Santa le hace considerar este corto período de su vida como un inmenso piélago de abominación; pero es lo cierto que todo ello se redujo a un deseo de ver y de ser

vista, a un mayor cuidado de la compostura de su cuerpo y conversaciones y pasatiempos frívolos, sin que en ello sufriera menoscabo su honestidad.

Desde luego que semejante estado desdecía mucho de la perfección cristiana a que estaba obligada por las gracias espirituales de que el Señor la había dotado, como a vaso de elección y sierva predilecta suya; pero la prontitud con que tornó al buen camino y la docilidad con que acudió a los llamamientos de la gracia, abominando de aquellas pasajeras veleidades y abrazándose a la cruz de Cristo con los sentimientos de la más pura contrición, hicieron que todo su mal fuera momentáneo y pasajero.

No tuvo en ello poca parte la previsión de su celoso padre, que advertido muy a tiempo de los peligros a que la inocencia de su hija estaba expuesta, sin madre que la guardase y fuera de la casa la hermana mayor por haber contraído matrimonio, colocó a Teresa en calidad de educanda en un convento de religiosas Agustinas de la ciudad. Y fué de tanta eficacia esta medicina espiritual, que a los ocho días de su estancia en aquella santa casa toda su vanidad juvenil desapareció como por ensalmo, volviendo de nuevo a manifestarse en la piadosa doncella todas las virtudes que habían florecido en su alma en los días felices de su tierna infancia.

La Santa nos refiere con frases conmovedoras las diferentes fases de esta dichosa transformación, y asimismo nos manifiesta que, no obstante

sus anhelos de perfección espiritual, todavía no sentía en su corazón los impulsos de la vocación religiosa, aunque sentía mucho temor a la vida matrimonial. En estas dudas fluctuaba su espíritu cuando el Señor se sirvió enviarla una grave enfermedad que movió a su padre a sacarla del convento para que repusiera en el hogar doméstico el quebranto sufrido en su salud.

Para mejor procurar su restablecimiento la envió a una aldea cercana, donde vivía casada su hija mayor, y en el camino visitó a cierto tío suyo, varón de grandes virtudes y sólida doctrina, que vivía retirado del mundo. Junto a él, y alternando los edificantes coloquios con la lectura de libros espirituales, y muy especialmente con las epístolas de San Jerónimo, acabó de perder el gusto por las cosas del mundo, sintiendo nacer en ella el amor a la vida monástica, que decidió abrazar no obstante lo quebrantado de su salud, que la representaba como casi imposible para ella la vida austera y mortificada exigida por el estado religioso.





## II

Ingresa Santa Teresa en el convento de Carmelitas de Avila, no obstante la oposición de su padre.—  
Cae enferma de gravedad y recobra la salud por intercesión de San José.

**L**AS santas resoluciones que tomó Teresa durante los días que pasó al lado de su tío, encontraron serio obstáculo en la voluntad de su padre, que en modo alguno se avenía a que su hija abrazase la profesión religiosa, y todo lo más que pudo recabar de él fué la licencia para que tomase el hábito después que él muriese.

Parece extraño a primera vista que un varón tan virtuoso como D. Alonso de Cepeda se opusiera tan tenazmente a la vocación de su hija, pero tal vez le moviera a ello la consideración de su poca salud, o quizá creyera que no era tan firme su anhelo de consagrarse al Señor como a Teresa se le representaba. Y quién sabe si el deseo de

conservar a su lado a la única hija que le había quedado, colocadas ya las otras dos, influyó en su ánimo para no permitirle entrar en religión.

Ello es que ni ruegos ni lágrimas le ablandaron en este punto, y que a medida que crecían los anhelos de la joven Teresa por dejar el mundo, crecía también la oposición de su padre a dejarla marchar a un convento. En esta lucha decidió la Santa saltar por todo, y con la ayuda de uno de sus hermanos, a quien había aconsejado que se hiciera fraile, salió de su casa, sin dar cuenta de su resolución al autor de sus días. Fuese al convento de las religiosas Carmelitas, donde tenía una gran amiga, no sin que en el camino le asaltasen grandes zozobras, temores y pesar desgarrador por la forma con que se separaba de su padre, que a punto estuvieron de dar con ella en tierra, pues todo este conjunto de sinsabores se manifestó en un insoportable malestar físico que la dejó casi sin aliento.

Por fin llegó al convento y tomó el hábito, comenzando desde aquel momento a verse regalada con grandes gracias espirituales, a las que correspondía con actos de fervorosa piedad. Pero su salud iba empeorando de día en día, llegando al punto de hacerse intolerables los dolores que sufría, especialmente uno de corazón, acompañado de vómitos violentísimos que la dejaban casi exánime y con todas las apariencias de una muerta.

Nada de esto la desvió de su vocación, ni le

impidió profesar terminado el tiempo de su noviciado.

La enfermedad que le aquejaba seguía entre



tanto su curso ascendente, y viéndola su padre de mal en peor, determinó sacarla del convento, cosa entonces hacedera por no existir en él la clausura,

y acompañada de la religiosa su amiga, se trasladó a la aldea donde vivía su hermana para ver si recobraba la salud.

Pero el mal, lejos de ceder con el cambio de aires y de alimentación, la cogía con más fuerza cada día, y viéndose casi a los últimos, volvióse Teresa a casa de su padre, y un día de la Asunción le acometió tan recio, que la hizo perder el sentido, y así se estuvo cuatro días, en los que muchas veces la dieron por muerta, y aun habríanla sepultado si su padre, que entendía de pulso, no lo impidiera.

Ello es que tuvo la sepultura abierta en el cementerio del convento, donde la esperaban difunta y volvió viva, pero en el estado lamentable que la misma Santa describe en estos términos:

«Quedé, dice, destos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un

cabo y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía que, si no llegaban a mí, los dolores me cesaban muchas veces; y a cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque a los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo; trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.»

Viéndose tan mal parada, y en vista de que de

nada le servían los remedios terrenos, acudió a los poderes del cielo para que la sanasen, haciendo, según ella misma declara, muchas devociones de Misas y oraciones muy aprobadas, pues nunca fué dada a ninguna ceremonia ni devoción que pudiera ser tachada de supersticiosa. Después de algún tiempo, en que parecía que sus súplicas no eran atendidas, determinó tomar por abogado e intercesor al glorioso Patriarca San José, y por su mediación logró recobrar las perdidas fuerzas.

«Vi claro—dice la Santa—que ansí desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este Padre y Señor mío, me sacó con más bien que yo le sabía pedir.

»No me acuerdo hasta ahora—añade—haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo, tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que ansí como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, ansí en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad.

»Procuraba yo hacer su fiesta con toda la so-

lemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas; para el mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y otras personas; mas para no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción; en especial, personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en

el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y yo como quien soy, en usar mal desta merced.»





### III

De cómo cayó en la tibieza y los caminos por donde el Señor la condujo para recobrar la devoción.

**L**A circunstancia de vivir en un convento sin clausura, y las frecuentes conversaciones que tenía con las personas que iban a visitarla, le hicieron contraer ciertas amistades que, aunque inocentes en el fondo, no dejaron de perjudicarle espiritualmente. El tiempo que la ocupaba el coro comenzó a parecerle demasiado largo, cayendo en grandes distracciones, hasta el punto de que llegó a creer que era hipocresía querer ser observante estando tan disipada, y en esta falsa persuasión, fué dispensándose poco a poco de la mayor parte de los ejercicios de la Comunidad, con grande riesgo para su alma.

Pero Dios, que la tenía de su mano, no consintió que semejante ruina se consumase, y con providenciales advertencias le hizo ver el error en que estaba y la necesidad de tornar al recogimiento.

miento y vida de oración, de los que se había alejado.

Hallábase, en cierta ocasión, conversando con una persona de las que iban a visitarla, y cuando más entretenida se hallaba en aquella ociosa plática se la presentó nuestro Señor Jesucristo ante ella, mirándola con semblante severo, como dándole a entender lo que le pesaba aquella pérdida de tiempo; de lo que la Santa quedó muy espantada y pesarosa de la conversación que con aquella persona había tenido.

Otra vez, hallándose con la misma y en presencia de otras personas, vió llegar hacia ella una especie de sapo grande, con mucha más ligereza de la que suelen tener esos reptiles, sin que de la parte de donde llegaba se pudiera ni aun sospechar la existencia de semejantes sabandijas.

También la avisó el Señor varias veces del peligro a que se exponía con aquel derramamiento hacia las cosas exteriores, valiéndose de la monja su amiga, que la aconsejaba mayor recogimiento, aunque no siempre fueron bien acogidas sus saludables advertencias, pues según la misma Santa declara, solía disgustarse con la austera religiosa, por entender que se escandalizaba sin fundamento.

Por aquel tiempo dióle a su padre la enfermedad que le llevó al sepulcro, y como en el convento de la Encarnación, de Avila, donde residía Santa Teresa, no existía la clausura, salió de él para asistir al autor de sus días, pasando en ello



no pocos trabajos, pues con estar harto enferma, tenía que esforzarse para mostrar buen ánimo y no mostrar la pena que le causaba viéndole perder la vida por momentos.

La muerte del buen D. Alonso de Cepeda fué tan edificante como había sido su vida. Hasta los últimos momentos de su existencia conservó todo su conocimiento, y no cesó, después de haber atendido a su alma con la recepción de los Santos Sacramentos, de aconsejar a sus hijos que perseverasen en el temor de Dios, rogándoles también que le encomendasen a la misericordia divina, cuidando siempre de servir al Señor, porque todo en la vida es transitorio, y lo único importante es asegurar para el alma la eterna salvación.

Tres días estuvo sin sentido, pero lo recobró el día de su muerte y lo conservó hasta que a la mitad del Credo que comenzó a rezar en voz alta con gran devoción, expiró, dejando a todos edificados de su fervor.

En Santa Teresa produjo una impresión enorme el fallecimiento de su padre; pero en medio de su aflicción tuvo el gran consuelo de oír de labios del confesor del difunto que no dudaba de que se había ido derecho al cielo, porque hacía algunos años que le confesaba y conocía la limpieza de su conciencia.

Este confesor era un docto y virtuoso dominico llamado Fray Vicente Varron, y su trato fué de gran provecho para nuestra bienaventurada, pues habiéndose confesado con él le advirtió de los peligros que corría por su tibieza y la excitó a que volviese a la oración y nunca más la dejase, pues de ello se le seguiría gran provecho.

Hízolo así Santa Teresa, aunque experimentan-

do grandes sequedades por espacio de dieciocho años, hasta que cierto día, mirando una imagen que estaba en su oratorio y que representaba a nuestro Señor Jesucristo muy llagado y en el más lastimoso estado, se postró ante ella con grandes lágrimas, pidiendo su favor y ayuda tan de veras, que se sintió trocada y con gran ánimo y fortaleza para servir a Dios cuanto pudiere, siendo favorecida de allí adelante por el Señor con grandes visitas y altísima contemplación.

Estaba la Santa muy dudosa, a causa de su humildad, sobre la bondad de su espíritu y el desarraigo de sus imperfecciones, y para no extravarse buscaba un docto maestro espiritual que la guiase, y pensó en los Padres de la Compañía de Jesús, según ella misma lo declara con estas palabras:

«Como Su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quienes tratar, que ya tenía noticia de algunas. Porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quienes yo, sin conocer a ninguno, era aficionada de sólo saber el modo que llevaban de vida y oración; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer, porque tratar con ellos y ser la que era hacía seme cosa recia.»

Y más adelante dice:

«También me daba pena que me viesen en casa

tratar con gente tan santa como la de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecía-me que quedaba obligada a más no lo ser, y quitarme de mis pensamientos, y que si esto no hacía, que era peor, y así procuré con la sacristana y portera no lo dijese a nadie.»

Cuenta luego la Santa muy largamente cuán notable mejoría sintió con el trato de los Padres de la Compañía y cómo la pusieron en mayor perfección y mortificación, tranquilizándola acerca de la bondad de su espíritu.

Fueron muchos los que la trataron, y entre ellos San Francisco de Borja; pero quien más tiempo y con más asiduidad la gobernó fué el doctísimo y extático varón Padre Baltasar Alvarez, quien la guió tan acertadamente en sus principios, acabando de desarraigar en su corazón todo lo que no era de Dios, que la Santa le quedó muy agradecida y muy devota de la Compañía, como en sus obras tantas veces lo muestra.

También conservó siempre a los religiosos dominicos grande afecto, y de ellos solía también aconsejarse por parecerle que nadie la podría asegurar y encaminar mejor que gente tan docta y espiritual como la que se encuentra en ambas sagradas religiones.

---



#### IV

Entrégase a las más ásperas penitencias y se desliga de todo afecto terreno.—Favorécela el Señor con muchas mercedes.

**C**UANTOS consejos y exhortaciones la dirigieron los Padres de la Compañía y otros santos religiosos, y muy especialmente las advertencias saludables de San Francisco de Borja, infundieron en Santa Teresa un horror invencible a toda imperfección; y considerándose como la última de las pecadoras, cobró un gran horror contra sí misma, pareciéndola que nada había en ella que no fuera digno de la cólera del cielo.

De aquí nació en ella un ardiente espíritu de penitencia que la llevó a mortificar su cuerpo con grandes y cruentas maceraciones, que parecía imposible que las pudiera soportar sin dar del todo al traste con su salud, siempre quebrantadísima. Vistióse de un cilicio de hoja de lata agujereado a modo de rallador, con el que dejaba toda su car-

ne llagada. Disciplinábase muchas veces ya con ortigas, ya con llaves, hasta abrirse heridas, que renovaba a menudo con recios golpes; y a tal punto llevó el encarnizamiento contra sí misma, que en cierta ocasión juntó muchas zarzas, y desnudándose, se revolvió en ellas como si estuviera en una cama de rosas.

No obstante esto, todavía conservaba algunas imperfecciones para ella ignoradas, hasta que la desengañó su confesor el P. Baltasar Alvarez diciéndola que para agradar a Dios no bastaba mortificar su cuerpo, sino que era también necesario que le sacrificase ciertos afectos mundanos que aún conservaba, aludiendo a unas amistades sensibles de que no se había desprendido.

Parecíale a la Santa que sería desagradecimiento romper con ellas, máxime no habiendo en ello pecado, y entonces el P. Alvarez la replicó que encomendase el asunto a Dios durante algunos días y que rezase el himno *Veni Creator Spiritus* para que el Señor la iluminara.

Hízolo así Santa Teresa, y estando en oración suplicando a Dios que la ayudase a contentarle en todo, cayó en un gran arrobamiento, durante el cual le dijo su Divina Majestad: *No quiero que tengas conversación con los hombres, sino con los ángeles.* Y tanta impresión le hicieron estas palabras, que nunca más tuvo amistad ni afecto a persona alguna que no fuese a Dios, por Dios y para Dios.

Pasaba los días en oración y vivía de suerte que en todo procuraba contentar al Señor, a quien

traía siempre presente y por testigo de su vida. Dios se iba poco a poco mostrando a su sierva. Cierta día le mostró solas las manos, de tan grande hermosura que nada podía encarecer; después le descubrió su divino rostro, dejándola absorta y extática, y luego le mostró toda su Humanidad sacratísima con la hermosura y majestad con que había resucitado.

Durante más de tres años vió a Cristo nuestro Señor constantemente a su lado derecho, haciéndola compañía, hablándola y enseñándola y consolándola en sus trabajos y tribulaciones. Cierta día vió al Salvador del mundo que le mostraba la llaga de su mano izquierda, y con la derecha sacaba de aquélla un clavo grande, y adherida a él parte de su carne sacratísima, diciéndola que quien había pasado aquello por ella, no dudase que mejor haría todo lo que le pidiese, prometiéndola hacerlo así. Otra vez, hallándose la Santa en presencia de Cristo, teniendo ella una cruz en la mano, se la tomó el Señor con la suya y volviósela a dar, pero muy mejorada, con cuatro piedras grandes más preciosas y ricas que los diamantes y esculpidas en ellas las cinco llagas. Desde entonces, y aunque las demás personas juzgaban que aquella cruz era sólo de madera, nunca dejó de verla Santa Teresa de la manera que queda dicha.

Con frecuencia veía cerca de sí y a su lado izquierdo un ángel resplandeciente que le parecía un serafín. Traía en las manos un dardo largo de

oro con fuego en la punta y se lo introducía en el corazón a la Santa, traspasando sus entrañas, pareciéndola que al sacarlo se las llevaba tras sí con



gran dolor, pero dejándola abrasada en el amor de Dios.

Mostrósele también el Espíritu Santo en forma de un mancebo muy hermoso rodeado de llamas muy encendidas, y quedóle a la Santa tan impresa esta visión, que hasta que murió la tuvo siem-

pre presente, aunque a veces le parecía verla velada con una gasa, hasta que ésta se desvanecía y la volvía a ver en todo su esplendor.

Sobre todos estos favores recibió uno muy particular, que fué cuando el mismo Cristo la desposó consigo en el acto de comulgar. He aquí en qué términos lo refiere la Santa:

«Representóseme el Señor — dice — por visión imaginaria muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo que es señal > que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no > lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo > como Criador, como Rey y tu Dios, mirarás mi > honra, sino como verdadera Esposa mía, mi honra es ya tuya y la tuya mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor que o ensanchase mi bajeza o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía la podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida; he sentido después gran provecho y mayor confusión y aflicción de ver que no sirvo en nada con tan grandes mercedes.»





## V

Dios inspira a Santa Teresa la reforma de la Orden Carmelitana.— Contradicciones que por ello sufrió.

**A** medida que nuestra bienaventurada iba adelantando en el camino de la perfección espiritual, crecía más en ella el deseo de agradar a quien tanto debía, y andaba muy ocupada en este pensamiento cuando tuvo una visión en la que se representaron las tinieblas, penas y tormentos que pasan los condenados en el infierno. Allí vió el lugar que le estaba destinado si pasara adelante en el camino que llevaba antes de que el Señor la sacara de las ocasiones en que se iba enredando, y vió también la gloria y premio que reciben los buenos; todo lo cual le produjo gran pena por dos motivos: El uno fué la consideración de lo mal que había agradecido al Señor la gran merced de haberla librado del infierno y cuán poca penitencia el usar la hiotr ,bsv hec uop sao fy, roapc eso

muchas almas de los luteranos que se condenaban, sintiendo en el alma que aquellos malaventurados trocasen las bienaventuranzas celestiales por las terribles y eternas penas del infierno.

Este celo, nacido del fuego de amor que abrasaba su corazón, hacía nacer en ella grandes ímpetus de ganar almas para el cielo, y en tal grado los experimentaba, que no dudara ciertamente en pasar muchas muertes por librar a una sola de tan gravísimos tormentos.

Día y noche importunaba al Señor con oraciones y lágrimas para el remedio de tantos males; pero como se veía a solas en esta demanda, y tenía tan poca satisfacción de sus merecimientos y vida, todo cuanto hacía le parecía poco, y así crecían en ella de nuevo aquellas ansias mortales que tenía de la salvación de aquellos ciegos y desdichados herejes.

Embargada por estos pensamientos, ofreciósele que lo primero y más acertado era ser perfecta en su estado, guardando la primitiva regla de su Orden, pues aunque en el monasterio donde estaba se observaba la regla de Nuestra Señora del Carmen que dió San Alberto, patriarca de Jerusalén, en el año 1171 a los ermitaños que moraban en el monte Carmelo, junto a la fuente del profeta Elías, dicha regla había sido mitigada por Inocencio IV, en el año 1248, y después por Eugenio IV, en 1431, y además de estas mitigaciones de los mencionados y otros Pontífices, en aquel monasterio, aunque se vivía muy religiosamente, no se guardaba

la clausura, amén de otros inconvenientes, de los que no era el menor para la Santa el mucho regalo que le parecía tener en ella.

Por aquel tiempo y mientras nuestra Santa se hallaba embargada por estos pensamientos, llegó a su noticia el gran estrago que comenzaba a hacer en Francia y en otras partes la herejía de Lutero y de otros desventurados y ciegos herejes, y tanto creció en su ánimo el deseo de la salvación de las almas, que olvidándose de su propia quietud, se dedicó a procurar, como ella podía, el remedio de estas almas, y así, aunque sus deseos habían sido hasta entonces llevar una vida áspera y penitente, se determinó a fundar un monasterio con el extremo rigor que en fuerza humana se permitía, para satisfacer por tantos pecados y aplacar a Dios, tan ofendido por ellos.

No era suyo este pensamiento, sino de Dios, y como de tal mano venía tal remedio, que bastaba para curar las llagas de su amor y cumplir con las dos cosas que pedía su deseo, que eran, como hemos dicho, hacer nuevo sacrificio de su cuerpo con nuevos rigores y penitencias y hallar algún remedio para que el Señor alzase la mano de su ira y castigo que por nuestros pecados enviaba a su Iglesia.

Nada más a propósito para ello que la regla de San Alberto, porque en ella hallaba el rigor y penitencia que buscaba, por ser una de las reglas de más aspereza que hay en la Iglesia. Era también un eficacísimo medio para lo que principalmente

pretendía la Santa, que era ayudar con sus oraciones a la Iglesia, rogando a Dios por las almas de los que estaban ciegos y obstinados en la herejía; porque entre otros preceptos que esta regla tiene, uno es principalísimo que obliga a los que la profesan a que de día y de noche, en lo que la fragilidad humana permite, estén ocupados en continua oración y meditación de la Ley del Señor, y como por ser mujer no le eran permitidos otros caminos para salvar almas, le quedaba abierta la puerta de este de la oración, que es el más necesario y con el que más podía ayudar.

Mientras andaba en estos deseos, comenzó a tratar con doña Guiomar de Ulloa, la que ofreció contribuir a esta obra, que tan del servicio de Dios le parecía, y a su Divina Majestad la encomendaron fervorosamente, y en ello estaban ocupadas, cuando cierto día que acababa Santa Teresa de comulgar se le apareció el Señor y la alentó a seguir en su propósito, según la Santa lo cuenta con estas palabras: «Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él, y Nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que aunque las Religiosas estaban relajadas, que no pensase se serviría poco en ellas; que qué sería del mundo si no

fuese por los Religiosos; que dijese a mi confesor esto que me mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello ni lo estorbase.»

Fuése la Santa a su confesor y éste se vió en gran confusión, porque ni le parecía justo contradecirlo, ni tampoco conforme a prudencia aconsejar lo que a la razón humana se le representaba como imposible. Así resolvió que la Santa Madre lo tratase con su Provincial, y que lo que él respondiera eso se hiciese.

Era el Provincial Fr. Angel de Salazar, hombre muy religioso y amigo de toda reformation y virtud, y enterado del caso, ofreció a nuestra bienaventurada y a doña Guiomar de Ulloa darles su licencia. La Santa, por su parte, había ya escrito previamente a Fr. Pedro de Alcántara y Fr. Luis Beltrán, y ambos bienaventurados alabaron su propósito y la alentaron para que lo pusiera en ejecución.

Estaba Santa Teresa muy contenta con los testimonios y aprobaciones que tenía del cielo y de la tierra en lo referente a su fundación; mas duróle poco la alegría, porque luego que en Avila se comenzó a saber su intento, el demonio, que adivinaba su daño, levantó una gran borrasca por todo el lugar, de la que se siguió una gran persecución contra ella y contra su colaboradora doña Guiomar de Ulloa, imposible de describir.

Primero se comenzó a tomar el asunto a burla, y menudearon sobre nuestra bienaventurada las risas y las mofas; mas después pasó la cosa de las

hablillas del vulgo a las discusiones de los doctos, y algunos se declararon en contra de la obra proyectada por la Santa, sosteniendo no sólo que no se llevaría a cabo, sino que no se debía hacer. A doña Guiomar de Ulloa llegaron a negarle la absolucíon, lo que para ella, dada su escrupulosa virtud, fué trabajo grandísimo.

Todo esto, como es consiguiente, puso en gran tribulacíon a la Santa Madre; mas, como siempre, acudió al Señor, quien la consoló y animó, diciéndola que con esto vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones; que muchas más persecuciones tenía que pasar de las que podía imaginarse, pero que de ello no se le diese nada.

Con esto se aquietó Santa Teresa, pero no los alborotos, hasta el punto de que no había persona en el pueblo que no estuviera contra ella; y en su propio monasterio fueron tantos los dichos y las murmuraciones, que al Provincial le pareció ser cosa recia ponerse contra todos, así los de fuera como los de adentro del monasterio, y mudando de parecer, no quiso admitir la fundacíon ni dar licencia para ella, dando excusas al parecer fundadas en razones de prudencia.

Residía por aquel tiempo en Ávila un religioso dominico llamado Fr. Pedro Ibáñez, que hasta entonces no había salido ni entrado en este negocio, y de él le dieron cuenta la Santa y doña Guiomar, ésta sobre la renta con que pensaba dotar al monasterio, y aquélla de los motivos que la mo-

vían a la reforma, pero sin comunicarle las revelaciones de Dios para ello. Oyólas el religioso, y pidió un plazo de ocho días para responderlas, con el intento, que después confesó, de apartarlas de su propósito. Mas como Dios tenía determinado lo que había de ser, mudó su intención de tal manera en los ocho días del plazo, que mientras más examinaba el negocio más le parecía ser conveniente que se llevase a buen término, y así, antes de que se cumpliesen los ocho días respondió a la Santa que se diese prisa a concluirlo, y que aunque la hacienda era poca, algo se había de fiar a Dios.

Con esta respuesta trataron luego Santa Teresa y doña Guiomar de poner en ejecución lo que tanto habían deseado, y concertaron adquirir una casa, que aunque muy pequeña para el fin que pretendían, a nuestra bienaventurada se le daba poco, porque el Señor le había dicho que entrase como pudiese, que ella vería después lo que Él hacía.

Entonces el demonio apretó de nuevo en su obra, y obscureciendo con razones aparentes y de prudencia humana los ánimos y juicios de muchos, y abriendo a otros las bocas con el odio que tiene al bien, levantó tal gritería, que el alboroto llegó a oídos del Provincial, quien se confirmó en su propósito de negar la licencia que antes había ofrecido.

En vista de esto, el confesor de la Santa le mandó que no entendiera más en la fundación, y

nuestra bienaventurada, no obstante los muchos trabajos y aflicciones que le había costado llevar las cosas al estado en que se hallaban, resolvió dejar su proyecto como si nunca hubiera tratado de él, porque contra la voluntad de su Prelado y de su confesor, estaba decidida a no hacer cosa alguna.





## VI

Habiendo dejado de tratar de la fundación de su monasterio, Dios le manda que la prosiga.—Compra para ello una casa.—Apariciones celestiales que tuvo después de comenzar la obra.

**A**L verse privada por su confesor de ocuparse en el asunto de la fundación que proyectaba, experimentó la Santa gran pena; pero dominó sus anhelos, resuelta a no poner mano en ella por exigírselo así sus directores espirituales y la obediencia, que eran las reglas a que sujetaba todos los actos de su vida. No obstante, como el Señor le había dicho muchas veces que tratase con diligencia aquella fundación, se hallaba sumida en gran perplejidad, y de esto se aprovechó el demonio para renovar los pasados ataques, procurando hacerla creer que todas sus revelaciones debían ser imaginarias, pues sólo había conseguido producir escándalos, sin que de ello se siguiera fruto alguno.

De este modo pasó algún tiempo, hasta que el Señor, que siempre estaba a la mira esperando la mayor necesidad de su sierva para acudir con su ayuda y consuelo, la animó diciéndola que no se fatigase porque había servido mucho a Dios en aquel asunto; que hiciera lo que le mandaba el confesor, callando por entonces hasta que fuese tiempo de tornar a ello.

Con esto quedó muy consolada, y poco después fué a ver a la santa Madre Fr. Pedro Ibáñez, que era el que la había comenzado a ayudar y defender y de nuevo hacía lo mismo, teniendo muy por cierto que había de tener efecto la fundación, y viendo que nuestra bienaventurada había levantado ya la mano en este negocio como si nunca le hubiera pasado por el pensamiento, lo tomó muy a pechos, y juntamente con doña Guiomar negoció el asunto en Roma, procurando Breve de Su Santidad para que se hiciese.

Con esto volvió a enfurecerse el demonio, buscando mil medios y trazas para obscurecer la fama de la Santa, procurando que de una persona en otra se divulgase que la bienaventurada Madre había tenido alguna revelación, con lo cual algunos que la querían bien comenzaron a temer, y con mucho miedo le decían que andaban los tiempos muy recios y peligrosos, que sería bien se dejase de aquellos intentos, que aunque eran buenos y salían de pecho celoso y cristiano, podría ser le levantasen alguna delación y fuesen con ella a los inquisidores, de donde la naciese alguna inquietud

y deshonra. Mas como la Santa tenía dentro de su alma al mismo Dios, y por otra parte no daba paso sin el parecer de sus confesores, hacía poco caso de aquellos dichos, como ella misma declara con estas palabras:

«A mí me cayó esto en gracia y me hizo reir, porque en esto jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba por ella, o por cualquiera verdad de la Sagrada Escritura; me pusiera yo a morir mil muertes, y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición, que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, el Señor me libraría y quedaría con ganancia, y tratélo con este Padre mío dominico, que, como digo, era tan letrado, que podía bien asegurar en lo que él me dijese; y díjele entonces todas las visiones, y modo de oración, y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura y lo que de todo sentía. El me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho, porque aunque él era muy bueno, de allí en adelante se dió mucho más a la oración.»

Con esto quedó todo en silencio, y nuestra bienaventurada continuó sin tratar de nada, porque nuestro Señor no se lo mandaba y el Provincial la tenía quitada la licencia; y así se pasaron

cinco o seis meses, que estuvo el asunto en calma y dejado del todo, aunque siempre presente en las esperanzas de la Santa, sabiendo que el Señor esperaba mejor coyuntura para que sus confesores se lo mandasen y la pudiesen ayudar, pues ella estaba determinada a no moverse sin su parecer, y era bien que así lo hiciese.

Así las cosas, la volvió Nuestro Señor a mandar que tornase a tratar del negocio de su monasterio, y que para eso dijese a su confesor, que ordinariamente lo era el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, algunas razones para que no lo estorbare; y como éste, sin atreverse a impedirlo, dificultase la aprobación, volvió el Señor a visitar a la santa Madre, diciéndole estas palabras: «Di a tu confesor que tenga mañana meditación de este versículo: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, nimis profundae factae sunt cogitationes tuae*».

Hízolo así el bienaventurado Padre, y como era hombre de mucha oración, a pocas vueltas quedó meditando el versículo, vió claramente que le enviaba Dios a decir que por medio de una mujer había de mostrar sus maravillas, y que eso era el hondo de los pensamientos suyos, que él hasta allí no había alcanzado; y así, certificado de esto, le dijo luego que no había que dudar más, sino que volviese a tratar de veras de la fundación del monasterio.

Con esta respuesta y aprobación de su confesor, la Santa, que ya estaba descuidada de la casa y de la obra, atendiendo principalmente al prove-

cho de su alma, creciendo cada día más en el amor y deseos de padecer por su Esposo, tornóse a poner en cuidados y a dar traza su monasterio.

Procuró primeramente, antes de dar paso alguno, no hacer cosa contra la obediencia de su Prelado, y de esto se aseguró primero con el parecer de su confesor y otros letrados, y principalmente con lo que Dios le había dicho, porque en todo lo que trató de esta fundación desde el principio al cabo, procedió con gran prudencia y santidad, y sin faltar un punto a la obediencia que según la regla de su Orden debía a los Prelados.

Asegurada en este punto, procuró la Santa que una hermana suya que vivía en Alba, llamada doña Juana de Ahumada, se trasladase a Avila, y a su nombre comprase la casa que había de servir de monasterio, y hecha la compra comenzóse la obra a nombre de doña Guiomar de Ulloa; aunque el trabajo, solicitud y dinero que costaba, todo era de nuestra bienaventurada, que, como ella cuenta, le costó mucho buscarlo y concertar la casa, hacerla labrar y llevar a Avila a su hermana.

Cuando comenzó a trazar el monasterio, hízosele la casa muy chica, y tanto que le parecía imposible que hubiese capacidad para hacer un monasterio, por pequeño que fuese; pero el Señor le dijo un día después de comulgar: «Ya te he dicho que entres como pudieres». Y luego añadió: «¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar!»

Con esto se animó la Santa para vencer todas

las dificultades que se la ofrecieren, sin descuidarse un punto en proveer de todo lo que era menester para la obra. Verdad es que estaba constantemente asistida de nuestro Señor, que no sólo le daba la luz que comunica a otros santos, sino que hablaba con ella cara a cara, como un amigo con otro, y de ordinario le traía al lado y le veía y conversaba con Él.

Y no sólo la ayudaba Cristo nuestro Señor en esta obra, sino también el glorioso San José, en cuyo nombre se edificaba el monasterio, y la Virgen Santísima, a quien la Santa había tomado desde su niñez por Madre. Ambos se aparecieron a Santa Teresa, y la Reina de los cielos le prometió su ayuda, y la favorecieron con las gracias de que da cuenta nuestra bienaventurada en el libro de su vida, en los siguientes términos:

«Estando en estos mismos días (en los inmediatos a la Asunción de Nuestra Señora) en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida, vínome un arrobamiento tan grande que casi me sacó de mi sentido. Parecióme, estando así, que me vía vestir una capa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quién me la vestía; después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi Padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con gran-

dísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora; díjome que le daba



mucho contento en servir al glorioso San José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás»

aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya.

»Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir.»

Lo que dijo la Reina de los Angeles a la Santa Madre, de la obediencia, era por la pena que sentía de no darla a la Orden de quien era muy hija; porque ella no conocía al Obispo, ni sabía su condición ni cómo lo tomaría. Temía por una parte—dice a este propósito Fr. Diego de Yepes—descontentar a su Provincial, a quien amaba mucho, y por otra el poner una planta nueva de tanta perfección en manos de quien no profesaba religión, que por buen celo que tenga, es dificultoso enseñar obediencia y perfección religiosa quien no la ejercitó; pero fióse de nuestro Señor, como en lo demás lo había hecho, y echóse bien de ver por la obra cuánto convino que se le diese la obediencia al Obispo, porque fué Dios servido que él las favoreciese tanto, que con su favor se pudo hacer la obra y fundar el monasterio.



## VII

Ordena nuestro Señor a la Santa que funde con pobreza y que dé el hábito a cuatro religiosas.—Persecución que se levantó después de fundado el monasterio.—Sosegado el alboroto, vuelve Santa Teresa al monasterio y el Señor la corona en recompensa de sus trabajos.

**A**NDABA la Santa combatida de muy diferentes pareceres en lo tocante a la fundación y medios de sostenimiento de su monasterio, cuando el Señor le declaró su voluntad en este punto, según refiere en su vida con estas palabras:

«Estando un día—dice—mucho encomendándolo a Dios, me dijo el Señor que de ninguna manera dejara de hacerlo pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que El me ayudaría. Fué con tan grandes afectos, en un arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo que en la renta estaba

la confusión y otras cosas en loor de la pobreza, y asegurándome que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir, y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el Señor el corazón del Presentado, digo del religioso dominico de quien he dicho me escribió no le hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecía sino que poseía toda la riqueza del mundo en determinándome a vivir de por amor de Dios.»

Habíase detenido en Toledo, sabedora de que se trataba de nombrarla Priora del convento de la Encarnación, pero el Señor la mandó que se volviese a Avila, y obediente la Santa, lo hizo así, y fué de mucha importancia que lo hiciera, pues de tardarse un día más, quizá no se habría podido concluir la fundación de su Monasterio, pues la misma noche que llegó a Avila llegó también el despacho y Breve de Roma para que se hiciera, cosa que puso admiración a la Santa y a cuantos lo entendieron, y no fué menor ver que llegaba en ocasión de hallarse en Avila el Obispo, que solía faltar muy de ordinario. También estaba allí el santo P. Fr. Pedro de Alcántara, que no parece sino que el Señor lo llevaba a la vista de la Madre para que pudiese ayudarla en el tiempo de sus mayores necesidades, y el caballero llamado Francisco de Salcedo, en cuya casa se hospedaba Fray Pedro.

Venía en el Breve declarado que las monjas diesen la obediencia al Obispo, y fué necesario

que el bienaventurado Fray Pedro de Alcántara y el citado caballero se lo pidiesen, exponiendo el primero el gran espíritu y santidad de la Santa Madre Teresa de Jesús y la gran gloria que a su Divina Majestad se seguía de esta fundación.

El Obispo, que era de tan noble condición como de linaje, aunque al principio reparó en admitir monasterio de monjas pobres y sin renta, con las razones que le dió Fray Pedro se aficionó a favorecerle, como lo hizo de allí en adelante. Con estos alientos dábase mucha prisa Santa Teresa por acabar la casa, y por fin lo vió terminado, tan estrecho, pequeño y pobre, que en todo resplandecía bien el espíritu que el Señor le había dado de humildad, pobreza y penitencia.

Sus primeras pobladoras fueron, por inspiración y mandato del Señor, cuatro doncellas pobres y huérfanas; la primera, María de Enau, llamada después María del Espíritu Santo; la segunda, María de la Paz, llamada luego María de la Cruz; la tercera, Úrsula de los Santos, y la cuarta, María de Ávila, hermana del Padre Juan de Ávila, que fué uno de los que desde el principio ayudaron más a la Santa, y llamada luego María de San José. Todas ellas recibieron el hábito el día de San Bartolomé, o sea el 24 de Agosto de 1562, gobernando la Iglesia el Papa Pío IV y reinando en España D. Felipe II, quedando así fundado el monasterio con que Santa Teresa de Jesús dió comienzo a la reformatión de la Orden carmelitana.

Parecía con esto que había terminado el período de contradicción por que hubo de pasar la Santa para llevar a cabo su obra; mas no fué así, pues primeramente el demonio, envidioso de su obra, comenzó a turbar el espíritu de nuestra bienaventurada, poniéndola delante que todo cuanto había hecho era contra la voluntad del Señor, pues lo había hecho contra la obediencia, sin orden ni licencia del Provincial.

Representábala el disgusto que había de tener cuando supiese que quedaba sujeta al Ordinario, y la suscitaba dudas acerca de la conformidad de las religiosas que la acompañaban al verse con tanta estrechez y penitencia y tan poco seguras de poderse sustentar.

A esta tribulación se añadió la nueva tempestad y alboroto que en la ciudad y en su antiguo convento de la Encarnación se levantó, pareciéndole a los unos que se había de perder y destruir la ciudad si no se deshacía aquel monasterio; a otros, que afrentaba a su religión, y para colmo de desdichas, le ordenaba su Prelado que se volviese al convento de la Encarnación, dejando abandonada en sus comienzos la obra que tanto trabajo la había costado levantar.

Obedeció el mandato la santa Madre, y aunque con sus razones logró aplacar algo a la Priora, ésta determinó llamar al Provincial, que lo era a la sazón Fr. Angel Salazar, y éste, después de reprender a nuestra bienaventurada, le mandó diese sus descargos, y no hallando nada por qué

condenarla, quedó muy satisfecho, y le prometió que en cuanto se sosegase la ciudad le daría licencia para seguir su fundación.

No se aquietaban los ánimos en el pueblo; antes al contrario, como si la ciudad estuviera cercada de enemigos, seguía el alboroto, hasta el punto de reunirse el concejo y las personas más principales y los letrados más famosos, como si tuvieran que conjurar algún gran peligro.

Propúsose deshacer la fundación ya hecha, con mucho calor, y por fin, y después de acaloradas discusiones, se decidió que de ninguna manera se permitiese pasar adelante, sino que, desde luego, se quitase de la iglesia del nuevo monasterio el Santísimo Sacramento y deshiciese la fundación.

Iba a ser ejecutado el acuerdo, cuando se puso por medio el Padre Maestro Fr. Domingo Bañez, de la Orden de Santo Domingo, que aunque había opinado que el monasterio no debía hacerse sin renta, como varón docto y cristiano no aprobó el apresuramiento de la Junta, y cuerdamente les dijo que no era aquel negocio que se hubiese de determinar sin maduro consejo, y que mirasen que el asunto más pertenecía al Obispo que a la ciudad.

Con esto se suspendió la ejecución, pero no la saña ni el alboroto contra el monasterio, y en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa, condenando a la santa Madre y a todos los que la habían ayudado.

Todo esto lo soportaba la Santa, sola y des-

amparada de todos, pero con tanta fe, que escribiendo a doña Guiomar, que antes la había ayudado, y a la sazón se hallaba en Toro, la envió a pedir misales y una campanilla que había menester para su fundación.

La ciudad en tanto insistía en que el monasterio se deshiciese, y momento hubo en que el corregidor pensó ir a San José, mandar a las cuatro monjas que allí había que se saliesen y terminar así el negocio. Pero volvió sobre sí y comprendió que el asunto no debía resolverse por la fuerza, sino por justicia, y entabló demanda, que se llevó al Consejo Real.

Grandes fueron las luchas que en este terreno hubo de sostener la Santa, y no faltó en ellas la tentación de acceder al acomodo que la ofrecieron los de la ciudad, conformándose con dejar subsistir el monasterio con tal de que tuviera renta, a lo que nuestra bienaventurada se inclinó por un momento. Pero estando tratando del asunto la habló el Señor, disuadiéndola de ello, y se le apareció el bienaventurado Pedro de Alcántara, recordándola que en vida le había escrito que se holgaba mucho fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor de servir muy mucho en ella.

Con lo cual la Santa se mantuvo firme, y ayudada por el Presentado de la Orden de Santo Domingo, de que queda hecha mención, logró que se apaciguasen los ánimos y que el Provincial del Carmen le diese licencia para volverse al monas-

terio de San José y gobernase en él a sus monjas, cosa que no ya dificultosa, sino imposible parecía de alcanzar.

Más de medio año hacía que la santa Madre estaba detenida en el convento de la Encarnación, y cuando volvió al de San José con el consuelo y júbilo que es de suponer, llevóse en su compañía cuatro monjas, porque el Provincial le dió también licencia para que la acompañasen las que quisieran seguir esta nueva vida y profesión.

Eran estas monjas Ana de San Juan, María Isabel, Ana de los Angeles e Isabel de San Pablo. De éstas hizo Priora a Ana de San Juan, porque la Santa, por su mucha humildad, más gustaba de obedecer que de mandar, y Superiora a Ana de los Angeles; pero andando el tiempo, viendo el Prelado que convenía fuese Priora la que en la verdad era la Madre y Maestra de todas, la hizo tomar y ejercitar el oficio.

Luego comenzó la Santa, con prudencia y espíritu del cielo, a gobernar a sus monjas, a darles modo de vida, santos y saludables consejos, haciendo también sus ordenaciones, con aprobación del Obispo, en orden a la perfecta observancia de la regla primera, que era la que ella pretendía que se guardase en aquel monasterio.

Trazó y dispuso las cosas en orden a los fines que Dios le había enseñado, y primeramente asentó en todas el espíritu y trato de oración y mortificación, que es el particular fin y vocación de la nueva Regla que habían tomado, o por mejor de-

cir, de la antigua que habían profesado aquellos santos ermitaños del Monte Carmelo.

Luego, tras esta piedra, que es columna firme que sustenta la Religión, puso otra no menos necesaria para sustentar este edificio, que fué el recogimiento, cerrando locutorios y celosías, prohibiendo conversaciones y tratos, aun entre parientes, cerrando las puertas a todos los consuelos humanos para que así estuviesen más abiertas a los divinos.

Asentó también el vivir sin renta y, finalmente, instituyó una vida penitente, trocando la estameña delicada por una jerga áspera, los zapatos o chapines en alpargatas pobres, y la cama blanda en un jergón duro, y a esto añadió la comida pobre, todo el año de pescado o legumbres.

Del premio que Dios le concedió por sus trabajos en la fundación del monasterio de San José de Avila, da la Santa cuenta en los siguientes términos:

«Fué gran consuelo para mí el día que venimos; estando haciendo oración en la iglesia, antes de entrar en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi a Cristo que con grande amor, me pareció me recibía y ponía una corona, agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

»Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos a todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta casa.»



## VIII

Resucita a un sobrino suyo.—Termina la fundación del convento de San José.—Vida que hace en él.

**S**ALVADOS todos los obstáculos que se oponían a los loables propósitos de Santa Teresa de Jesús en orden a la reforma carmelitana, avanzaron rápidamente las obras de su primer convento, y durante ellas dió el Señor testimonio de la santidad de su sierva obrando por su intercesión un señalado milagro.

Un sobrino suyo, con la curiosidad propia de la niñez, hallábase contemplando los trabajos de edificación del citado convento cuando, desprendiéndose un pedazo de pared, le sepultó entre sus escombros. Recogido por una piadosa señora, vió ésta que el niño había muerto; pero como conocía la gran santidad de su tía, no dudó que ésta le resucitaría, y con esta persuasión fué a buscarla y le dijo:

—Este muchacho está muerto, pero el poder de Dios no es limitado, que si quiere darle vida



puede; mire lo que han sacado su cuñado y su hermana de su casa y cuán lastimados quedarán; alcance de Dios, hermana, que le vuelva la vida.

La Santa, movida a compasión, hizo oración por

él, y luego comenzó el muerto a moverse, como si despertara de un sueño, y nuestra bienaventurada se lo devolvió a su hermana sano y salvo.

Este milagro allanó todas las dificultades que aún se oponían a los santos propósitos de la infatigable Fundadora, y el día 24 de Agosto de 1562 se celebró solemnemente la fundación del convento e iglesia de San José, cuya bendición corrió a cargo del Obispo de Ávila.

Durante la sagrada ceremonia fué regalada Santa Teresa con una visión de Cristo nuestro Señor, que, acercándose a ella, le puso una corona, dándole gracias por lo que había hecho, y luego vió a la Santísima Virgen con grandísima gloria, vestida de un manto blanco, debajo del cual cobijó a la Santa y a las demás religiosas.

Instalada ya Santa Teresa en el convento de San José, y viendo que cada día aumentaba el número de sus hijas, se aplicó a disponer la regla y forma de vida que habían de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oración, acompañado de la mortificación de los sentidos; estableció la más severa clausura, cerrando los locutorios y prohibiendo el trato y comunicación con los seglares, y aun limitó las conversaciones entre las monjas, permitiéndoselas solamente por breve espacio de tiempo y de tarde en tarde.

Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otros recursos en sus trabajos que los auxilios divinos; reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga,

los zapatos en sandalias, los colchones en jergones de paja y el alimento delicado en pobre y grosero sustento.

No obstante estas y otras austeridades, el número de religiosas fué en aumento, y muy pronto hubo necesidad de ensanchar la casa para admitir a todas las que acudían a ponerse bajo la dirección de nuestra bienaventurada.

Cinco años residió en el mencionado convento, y de la vida que llevó en este tiempo da cuenta la Santa en su libro de las *Fundaciones* en los términos siguientes:

«Cinco años después de la fundación de San José de Avila, estuve en él, que a lo que ahora entiendo, me parece serán los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto de menos muchas veces mi alma. En este tiempo entraron algunas doncellas religiosas de poca edad, a quien el mundo, a lo que parecía, tenía ya para sí, según las muestras de su gala y curiosidad; sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo a su casa, dotándolas de tanta perfección, que eran harta confusión mía, llegando al número de trece, que es el que estaba determinado, para no pasar más adelante.

»Yo me estaba deleytando entre almas tan santas y limpias, adonde sólo era su cuydado de servir y alabar a nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba, que fué harto pocas veces, era mayor su regocijo. Alababa a nuestro Señor de ver tantas

virtudes encumbradas, en especial el descuido que tenían de todo mas de servirle.

»Yo que estaba allí por mayor, nunca me acuerdo ocupar el pensamiento en ello, tenía muy creído que no avía de faltar el Señor a las que no trayan otro cuidado, sino en cómo contentarle. Y si alguna vez no avía para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las más necesitadas, cada una le parecía no ser ella, y ansí se quedaba hasta que Dios enviaba para todas.

»En la virtud de la obediencia, de quien yo soy muy devota, aunque no sabía tenerla hasta que estas siervas de Dios me enseñaron, para no lo ynorar si yó tuviera virtud, pudiera decir muchas cosas, que allí en ellas ví. Una se me ofrece ahora, y es, que estando un día en refitorio, diéronnos raciones de cogombro (1); a mí cupo una muy delgada, y por dentro podrida.

»Llamé con disimulación a una hermana de las de mejor entendimiento y talentos, que allí avía, para probar su obediencia, y dijéla que fuera a sembrar aquel cogombro a un hortecillo que teníamos. Ella me preguntó ¿si lo había de poner alto o tendido? Yo le dije que tendido. Ella fué y púsole sin venir a su pensamiento que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por obediencia le cegó la razón natural, para creer era

---

(1) *Cogombro* por *cohombro*, especie de pepino; todavía por tierra de Avila y Salamanca lo pronuncian así y la Academia lo admite.

muy acertado. Acaeciame encomendar a una seis o siete oficios contrarios, y callando tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos.

»Tenía un pozo, a dicho de los que le probaron, de harto mal agua, y parecía imposible correr, por estar muy hondo. Llamando yo oficiales para procurarlo, refanse de mí, de que quería echar dineros en balde. Yo dije a las hermanas, ¿que qué les parecía? Dijo una—que se procure: nuestro Señor nos ha de dar quien nos traya agua, y para darles de comer; pues más barato sale a su Majestad dárnoslo en casa, y ansí no lo dejará de hacer.—Mirando yo con la gran fe y determinación con que lo decía, túvelo por cierto, y contra voluntad del que entendía en las fuentes, que conocía de agua, lo hice, y fué el Señor servido que sacamos un caño de ello, bien bastante para nosotras, y de beber, como ahora lo tienen.

»No lo cuento por milagro, que otras cosas pudiera decir, sino por la fe que tenían estas hermanas, puesto que pasa ansí como lo digo, y porque no es mi primer intento loar las monjas de estos monesterios, que, por la bondad del Señor, todas, hasta ahora, van ansí. Y de estas cosas y otras muchas sería escribir muy largo, aunque no sin provecho; porque a las veces se animan las que vienen a imitarlas; mas si el Señor fuere servido que esto se entienda, podrán los perlados mandar a las prioras que lo escriban.

»Pues estando esta miserable entre estas almas de ángeles, que a mí no me parecían otra cosa,

porque ninguna falta, aunque fuese interior, me encubrían, y las mercedes y grandes deseos y desasimiento, que el Señor les daba, eran grandísimas; su consuelo era su soledad, y así me certificaban, que jamás de estar solas se hartaban, y así tenían por tormento que las viniesen a ver, aunque fuesen hermanos. La que más lugar tenía de estarse en una ermita, se tenía por más dichosa.

»Considerando yo el gran valor de estas almas, y el ánimo que Dios les daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres, muchas veces me parecía que era para algún gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas; no porque me pasase por pensamiento lo que después ha sido, porque entonces parecía cosa imposible por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, mientras más el tiempo iba adelante, eran muy más crecidos de ser alguna parte para bien de algún alma; y muchas veces me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él y le atan las manos para distribuirlo: así me parecía estaba atada mi alma, porque las mercedes que el Señor en aquellos años la hacía, eran muy grandes, y todo me parecía muy mal empleado en mí. Servía al Señor con mis pobres oraciones, siempre procuraba con las hermanas que hiciesen lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas, y al aumento de su Iglesia, y a quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embebían mis grandes deseos.

»A los cuatro años, me parece era algo más,

acertó a venirme a ver un fraile francisco, llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos de el bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco avía; comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática animando a la penitencia, y fuése.

»Yo me quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí; fuíme a una ermita con hartas lágrimas, y clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más.

»Avía gran envidia a los que podían, por amor de Nuestro Señor, emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes; y así me acaece, que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen, y más ternura y más envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra yndustria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

»Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche, estando en oración, respresentóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor a manera de quererme conso-

lar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.* Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí; y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni vía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada y con gran certidumbre que serían verdaderas estas palabras; mas el medio cómo nunca vino a mi imaginación. Ansi se pasó, a mi parecer, otro medio año, y después de éste sucedió lo que ahora diré.»





## IX

Funda el monasterio de San José del Carmen  
en Medina del Campo.

**L**LEVADA a feliz término la fundación del convento de Ávila, y en vista del gran número de doncellas que a él acudieron, entendió la Santa que era llegada la hora de extender sus fundaciones, y previa la licencia que obtuvo del Padre General de su Orden para fundar dos monasterios más, y con anuencia del Obispo, pensó que sería conveniente que uno de dichos conventos quedase establecido en Medina del Campo.

He aquí en qué términos da cuenta la Santa de los trabajos que pasó en esta fundación:

«Pues estando yo con todos estos cuidados—dice—acordé de ayudarme de los Padres de la Compañía, que estaban muy antes en aquel lugar de Medina, con quien, como ya tengo escrito en la primera fundación, traté mi alma muchos años,

y por el gran bien que la hicieron, siempre los tengo particular devoción. Escribí lo que nuestro Padre General me había mandado al retor de allí, que acertó a ser el que me confesó muchos años, como queda dicho, aunque no le nombré: llámase Baltasar Álvarez, que al presente es provincial. Él y los demás dijeron que harían lo que pudiesen en el caso, y así hicieron mucho para recaudar la licencia de los del pueblo y del perlado, que, por ser monesterio de pobreza, en todas partes es dificultoso, y así se tardó algunos días en negociar.

»A esto fué un clérigo, muy siervo de Dios y bien desasido de todas las cosas del mundo y de mucha oración. Era capellán en el monesterio adonde yo estaba, al cual le daba el Señor los mesmos deseos que a mí, y así me ha ayudado mucho, como se verá adelante: llámase Julián de Ávila. Pues ya que tenía la licencia no tenía casa ni blanca para comprarla. Pues crédito para fiarme en nada, si el Señor no le diera, ¿cómo le avía de tener una romera como yo? (1).

»Proveyó el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no avía habido lugar en San Joséf que entrase, sabiendo se hacía otra casa, me

---

(1) La palabra *romera* equivale a peregrina o mujer que va de romería o en peregrinación. Aquí la Santa lo dice de sí por humildad y vilipendio, equivaliendo a decir *andariega*, que iba de convento en convento.

vino a rogar la tomase en ella. Esta tenía unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sino para alquilarla, y así procuramos una de alquiler, y para ayuda al camino. Sin más ánimo que éste, salimos de Ávila dos monjas de San José y yo, y cuatro de la Encarnación, que es el monesterio de la regla mitigada, adonde yo estaba antes que se fundase San José, con nuestro padre capellán Julián de Ávila.

»Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuración. Unos decían que yo estaba loca, otros esperaban el fin de aquel desatino. Al obispo, según después me ha dicho, le parecía muy grande, aunque entonces no me lo dió a entender, ni quiso estorbarme, porque me tenía mucho amor y no me dar pena. Mis amigos harto me avían dicho, mas yo hacía poco caso de ello; porque me parecía tan fácil lo que ellos tenían por dudoso, que no podía persuadirme a que avía de dejar de suceder bien.

»Ya cuando salimos de Avila, avía yo escrito a un padre de nuestra Orden llamado fray Antonio de Heredia, que era entonces Prior del monesterio de frailes que allí hay de nuestra Orden, llamado de Santa Ana, para que me comprase una casa. El lo trató con una señora que le tenía devoción, que tenía una que se le avía caído toda salvo un quarto, y era muy buen puesto. Fué tan buena, que prometió vendérsela, y así la concertaron sin pedirle fianzas, ni más fuerza de su palabra, porque, a pedir las, no tuviéramos remedio: todo lo iba

disponiendo el Señor. Esta casa estaba tan sin paredes, que a esta causa alquilamos estotra, mientras aquella se aderezaba, que avía harto que hacer.

»Pues llegando la primera jornada, ya noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo a entrar por Arévalo, salió un clérigo, nuestro amigo, que nos tenía una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto como no teníamos casa, porque estaba cerca de un monesterio de Agustinos, y que ellos resistían que no entrásemos ahí, y que forzado avía de haber pleito. ¡Oh, válame Dios! ¡Cuando vos, Señor, queréis dar ánimo, qué poco hacen todas las contradiciones! Antes parece me animó, pareciéndome, pues ya se comenzaba a alborotar el demonio, que se avía de servir el Señor de aquel monesterio. Con todo, le dije que callase por no alborotar a las compañeras, en especial a las dos de la Encarnación, que las demás por cualquier trabajo pasaran por mí.

»La una de estas dos era superiora entonces de allí, y defendiéronle mucho la salida, entramas de buenos deudos, y venían contra su voluntad, porque a todos les parecía disbarate, y después vi yo que les sobraba la razón; que cuando el Señor es servido yo funde una casa de éstas, paréceme que ninguna admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra hasta después de hecho. Entonces se me ponen juntas las dificultades, como después se verá.

»Llegando a la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios,

con quien yo me avía confesado el tiempo que avía estado en San Joséf. Porque en aquella fundación traté mucho de su virtud, aquí no diré más del nombre, que es el maestro fray Domingo Vañes. Tiene muchas letras y discreción: por cuyo parecer yo me gobernaba, y al suyo no era tan dificultoso, como en todos, lo que yo iba a hacer; porque quien más conoce de Dios, más fácil se le hacen sus obras, y de algunas mercedes que sabía su Majestad me hacía, y por lo que había visto en la fundación de San Joséf, todo le parecía muy posible.

»Dióme gran consuelo cuando le ví, porque con su parecer todo me parecía iría acertado. Pues venido allí, díjele muy secreto lo que pasaba; a él le pareció que presto podríamos concluir el negocio de los Agustinos, mas a mí hacíase me recia cosa cualquier tardanza, por no saber qué hacer de tantas monjas; y ansí pasamos todas con cuidado aquella noche, que luego lo dijeron en la posada a todos.

»Luego de mañana llegó allí el prior de nuestra Orden, fray Antonio, y dijo que la casa que tenía concertada de comprar, era bastante y tenía un portal adonde se podía hacer una ilesia pequeña, aderezándole con algunos paños. En esto nos determinamos, al menos a mí parecíame muy bien; porque la más brevedad era lo que mejor nos convenía, por estar fuera de nuestros monesterios y también porque temí alguna contradición, como estaba escarmentada de la fundación primera; y

ansí quería que antes que se entendiese estuviese ya tomada la posesión, y ansí nos determinamos a que luego se hiciese; en esto mesmo vino el padre maestro fray Domingo.

»Llegamos a Medina del Campo víspera de Nuestra Señora de Agosto, a las doce de la noche; apeámonos en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a la casa. Fué harta misericordia del Señor, que a aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar alguno. Con el embebecimiento que llevábamos no avia acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendía otra cosa.

»Llegadas a la casa, entramos en un patio; las paredes harto caídas me parecieron, mas no tanto como cuando fué de día se pareció. Parece que el Señor avia querido se cegase aquel bendito padre, para ver que no convenía poner allí Santísimo Sacramento.

»Visto el portal, avia bien que quitar tierra de él, a teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no trayamos sino unos reposteros, creo eran tres: para toda la largura que tenía el portal era nada. Yo no sabía qué hacer, porque vi no convenía poner allí altar. Plug<sup>o</sup> al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenía muchos tapices de ella en casa, y una cama de damasco azul, y avia dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena.

»Yo, cuando vi tan buen aparejo, alabé al Se-

ñor, y así harían las demás, aunque no sabíamos que hacer de clavos, ni era hora de comprarlos;



comenzáronse a buscar de las paredes; en fin, con trabajo se halló recaudo. Unos a entapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecía estaba puesto el altar, y

la campanilla en un corredor, y luego se dijo la Misa. Esto bastaba para tomar la posesión: no se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento; y desde unas resquicias de una puerta, que estaba frontero, víamos Misa, que no avia otra parte.

»Yo estaba hasta esto muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una ilesia más, adonde haya Santísimo Sacramento; mas poco me duró, porque, como se acabó la Misa, llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo era menester muchos días.

»¡O válame Dios! Cuando yo vi a su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, qué fué la congoja que vino a mi corazón! Con esto se juntaron todas las dificultades que podían poner los que mucho lo habían mormurado, y entendí claro que tenían razón.

»Parecíame imposible ir adelante con lo que avia comenzado; porque así como antes todo me parecía fácil, mirando a que se hacía por Dios, así ahora la tentación estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya, sólo mi bajeza y poco poder tenía presente. Pues arrimada a cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podía esperar? Y a ser sola, parece-me lo pasara mejor; mas pensar avian de tornar las compañeras a su casa, con la contradicción que avian salido, hacíase me recio.

»También me parecía que, errado este principio, no avía lugar todo lo que yo tenía entendido avía de hacer el Señor adelante. Luego se añadía el temor, si era ilusión lo que en la oración avía entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor si me avía de engañar el demonio.

»¡O Dios mío! ¡Qué cosa es ver un alma, que Vos queréis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta aflicción, y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales, aunque han sido hartos, en esta comparación. Con toda esta fatiga, que me tenía bien apretada, no daba a entender ninguna cosa a las compañeras, porque no las quería fatigar más de lo que estaban.

»Pasé con este trabajo hasta la tarde, que vino el retor de la Compañía a verme con un padre que me animó y consoló mucho. Yo no le dije todas las penas que tenía, sino sólo la que me daba vernos en la calle. Comencé a tratar de que se nos buscara casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos a ella, mientras aquello se remediaba, y comencéme a consolar, de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecía que, si esto se hiciera, era todo deshecho.

»Por mucho que se procuraba, no se halló casa

alquilada en todo el lugar; que yo pasaba hartamente penosas noches y días, porque aunque siempre dejaba hombres que velasen al Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían, y así me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna y podíalo bien ver.

» Todos estos días era mucha la gente que venía, y no sólo no les parecía mal, sino que poníanles devoción de ver a nuestro Señor otra vez en el portal, y su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece quería salir de él.

» Ya después de ocho días, viendo un mercader la necesidad (que posaba en una muy buena casa), dijonos fuésemos a lo alto de ella, que podíamos estar como en casa propia. Tenía una sala muy grande y dorada, que nos dió para ilesia, y una señora que vivía junto a la casa que compramos, llamada doña Elena de Quiroga, gran sierva de Dios, dijo que me ayudaría para que luego se comenzase a hacer una capilla, para donde estuviese el Santísimo Sacramento, y también para acomodarnos como estuviésemos encerradas. Otras personas nos daban hasta limosna para comer, mas esta señora fué la que más nos socorrió.

» Ya con esto comencé a tener sosiego, porque adonde nos fuimos estábamos con todo encerramiento, y comenzamos a decir las Horas, y en la casa se daba el buen prior mucha priesa, que pasó tanto trabajo: con todo tardaría dos meses, mas púsose de manera que pudimos estar algunos años

razonablemente. Después lo ha ido nuestro Señor mejorando.

»Estando aquí yo, todavía no tenía cuidado de los monesterios de los frailes, y, como no tenía ninguno, como he dicho, no sabía que hacer, y así me determiné muy en secreto a tratarlo con el prior de allí, para ver qué me aconsejaba, y así lo hice. El se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que sería el primero: yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque, aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería, ni tenía espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado, y no mostrado a ello. El me aseguraba mucho, y certificó, que avía muchos días que el Señor le llamaba para vida más estrecha, y así tenía ya determinado de irse a los Cartujos, y le tenían ya dicho le recibirían.

»Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oírle, y roguéle que nos detuviésemos algún tiempo, y él se ejercitase en las cosas que avía de prometer; y así se hizo, que se pasó un año, y en este le sucedieron tantos trabajos y persecuciones de muchos testimonios, que parece el Señor le quería probar; y él lo llevaba todo tan bien, y se iba aprovechando tanto, que yo alababa a nuestro Señor, y me parecía le iba su Majestad dispuniendo para esto.

»Poco después acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca,

y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase fray Juan de la Cruz: yo alabé a nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho, y supe de él cómo se quería también ir a los Cartujos.

»Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monesterio, y el gran bien que sería, si avía de mejorarse, ser en su misma Orden, y cuánto más serviría al Señor. Él me dió la palabra de hacerlo, con que no se tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenía dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavía no estaba satisfecha del prior, y ansí aguardaba algún tiempo, y también por tener adonde comenzar.

»Las monjas iban ganando crédito en el pueblo, y tomando con ellas mucha devoción, y a mi parecer con razón; porque no entendían sino en cómo pudiese cada una más servir a nuestro Señor: en todo iban con la manera del proceder que en San José de Avila, por ser una mesma la regla y constituciones. Comenzó el Señor a llamar algunas para tomar el hábito; y eran tantas las mercedes que les hacía, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito, ¡amen! que no parece aguarda mas de a ser querido para querer.»

---



## X

Motivos que tuvo Santa Teresa de Jesús para hacer en su Orden la reformatión de frailes y monjas.

No fué principalmente el propio provecho espiritual el móvil que guió a nuestra bienaventurada a dar cima a la empresa de restituir a su Orden a las austeridades de la primera regla de San Alberto, ni tampoco la salvación de muchas almas, que encerradas en sus monasterios como en otra arca de Noé, esperaba se habían de salvar y servir a Dios con gran entereza y perfección de vida, ni menos limitó sus deseos a la conversión de los herejes de Francia y Alemania, sino con un corazón y pecho apostólico ordenó esta nueva y santa reformatión a la salud de todo el mundo y a la conversión de toda la infidelidad.

El primer pensamiento con que Dios comenzó a alentar esta obra en el pecho de la santa Madre, fué una resolución firme de hacer grande penitencia de sus pecados, retirarse más del mundo y

encerrarse en un rincón, donde ella y sus compañeras no se ocupasen en otra cosa sino en oración y alabanzas divinas, y juntamente el reformar su Orden y hacer este servicio a la Virgen, de quien ella era tan devota.

Esto la movió a hacer el primer monasterio y no pasar de esta raya sus pensamientos; mas como iba creciendo cada día más en el amor divino, crecían también en ella el amor del prójimo, y con él se dilataban sus deseos a mayores cosas. Y así, estando con estos designios de darse a más penitencia y oración, y fundar aquel primer monasterio, y viniese á su noticia el daño y estrago grande que habían hecho los herejes en Francia y Alemania y otras provincias, subió de punto el motivo que antes tenía; y enderezó todos sus intentos al remedio de aquellas almas, ordenando todas las oraciones y asperezas de la nueva planta que había de hacer, para aplacar á Dios en tan graves castigos, y rogar por la conversión de aquellos desdichados, que tan ciegos y obstinados los tenía en la herejía, como ella misma escribió en su *Camino de la perfección*.

No pensaba, pues, la Santa hacer más que un monasterio; mas como el Señor la tenía escogida para cosas más universales de su Iglesia, infundió en su alma un celo conforme a su elección, con el cual su alma se abrasaba en unos vivos deseos de la conversión de todo el mundo, como ella misma declara en el libro de sus fundaciones.

De estos altos y celosos pensamientos de la glo-

ria de Dios nuestro Señor y remedio de tantas almas, nació la reformation de la Orden Carmelitana, divina y nueva planta de la Iglesia en la que hoy se ven cumplidos los tres fines con que Dios la promovió; porque el primero, que fué profesar vida penitente y áspera y retirarse a la quietud de la soledad y silencio, se ve en toda esta reformation, la cual tiene por principal parte de su instituto la penitencia, el recogimiento y la oración.

Estos fueron los primeros designios que la santa Madre tuvo; pero antes de que los pusiese en ejecución los perfeccionó el Altísimo, haciéndolos más universales y acompañándolos con el celo ardiente de la caridad con aquellas almas que la herejía tenía emponzoñadas en Francia y en otras partes.

A esto enderezó nuestra bienaventurada toda aquella fábrica espiritual y divina de su primer monasterio; éste fué entonces el blanco de sus deseos y de la oración y penitencia suya y de sus compañeras, porque sólo considerar las almas que en Francia se perdían, las iglesias que se derribaban y profanaban, era para ella más que la misma muerte, y diera mil vidas por el remedio de estas almas.

Pero el Señor, que ponía en su sierva este celo y deseo ardiente, puso también gran parte del remedio, y quiso que la Santa viese desde el cielo el fruto de sus oraciones en Francia, donde en breve tiempo se fundaron cuatro monasterios de monjas de su Orden, que luego se aumentaron, y

aunque sus moradoras eran mujeres, es cosa digna de admiración el resultado que consiguieron mediante su ejemplo y oración.

Y ha visto también desde el cielo cumplidos sus deseos de ser medio para ayudar a la conversión de las almas de toda infidelidad, pues el celo de esta santa Madre se ve estampado en los corazones de sus hijos los Carmelitas descalzos, unos viviendo en comunidad diciendo el oficio divino en la iglesia y comiendo en un refectorio común, otros en ermitas o desiertos, resucitando la vida penitente de los Padres del yermo, entregados a continua oración, a perpetuo silencio, a permanente recogimiento y asperísima penitencia, y todos ellos dedicados a la conversión del mundo con fervor y deseos semejantes a los de su santa Fundadora.





## XI

Funda con San Juan de la Cruz el primer monasterio de Carmelitas Descalzos.

**T**ERMINADA felizmente la fundación del convento de San José de Medina del Campo y el de Malagón, y puesta de acuerdo con San Juan de la Cruz, a quien había persuadido a fundar la Orden de Carmelitas Descalzos, le envió las licencias y patentes del Padre General para que fundase el convento de Duruelo, primero de dicha Orden.

He aquí en qué términos da cuenta la Santa de esta fundación:

«Antes que yo fuese a esta fundación de Valladolid—dice—como ya tenía concertado con el padre fray Antonio de Jesús, que era entonces prior en Medina, en Santa Ana, que es de la Orden del Carmen, y con fray Juan de la Cruz (como ya tengo dicho) de que serían los primeros que entrasen si se hiciese monesterio de la primera regla de

Descalzos; y como yo no tuviese remedio para tener casa, no hacía sino encomendarlo a nuestro Señor, porque, como he dicho, ya estaba satisfecha de estos padres; porque al padre fray Antonio de Jesús avía el Señor bien ejercitado (un año que avía que yo lo avía tratado con él) en trabajos, y llevádoslos con mucha perfección. Del padre fray Juan de la Cruz ninguna prueba era menester, porque aunque estaba entre los del paño, calzados, siempre avía hecho vida de mucha perfección y religión.

»Fué nuestro Señor servido que, como me dió lo principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo demás. Un caballero de Avila, llamado D. Rafael, con quien yo jamás avía tratado, no sé cómo, que no me acuerdo, vino a entender que se quería hacer un monesterio de Descalzos, y vino-me a ofrecer que me daría una casa que tenía en un lugarcillo, Duruelo se llamaba el lugar, de harto pocos vecinos, que me parece que no serían veinte, que no me acuerdo ahora, que la tenía allí para un rentero que recogía el pan de renta que tenía allí.

»Yo, aunque vi cual debía ser, alabé a nuestro Señor, y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir a la fundación de Valladolid, que es camino derecho, y que la vería. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Avila por Junio con una compañera, y con el P. Julián Dávila, que era el sacerdote que he dicho que me ayuda-



ba] en] estos caminos, capellán de San José de Avila.

» Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él.

Ansí anduvimos aquel día, con harto trabajo, porque hacía muy recio sol; cuando pensábamos estábamos cerca, avía otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que trayamos en aquel camino. Ansí llegamos poco antes de la noche.

»Como entramos en la casa estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del Agosto. Tenía un portal razonable y una cámara doblada con su desván y una cocinilla; este edificio todo tenía nuestro monesterio.

»Yo consideré que en el portal se podía hacer ilesia, y en el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podía sufrir que yo pensase hacer allí monesterio, y ansí me dijo:—Cierto, madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir: vos no tratéis de esto.

»El padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que a mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuímonos a tener la noche en la ilesia, que, para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela. Llegados a Medina, hablé luego con el Padre Fray Antonio, y díjele lo que pasaba, y que, si tenía corazón para estar allí algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaría presto, que todo era comenzar.

»Paréceme tenía tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto, a manera de decir, como ahora que lo veo, y aún mucho más de lo que hasta ahora he visto, que al tiempo que esto escribo hay diez monesterios de Descalzos, por la bondad de Dios; y que creyese que no nos daría la licencia el provincial pasado ni el presente (que avia de ser con su consentimiento, según dije al principio), si nos viese en casa muy medrada: dejado que no tenemos remedio de ella, y que en aquel lugarcillo y casa que no harían caso de ellos. A él le avia puesto Dios más ánimo que a mí, y ansí dijo, que no sólo allí, más que estaría en una pocilga.

»Fray Juan de la Cruz estaba en lo mesmo; ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos padres que tengo dichos, porque con esa condición avia dado lo licencia nuestro padre general.

»Yo esperaba en nuestro Señor de alcanzarla, y ansí dije al padre fray Antonio, que tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa, y yo me fuí con fray Juan de la Cruz a la fundación que queda escrita de Valladolid, y como estuvimos algunos días con oficiales, para recoger la casa, sin clausura, avia lugar para informar al padre Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, ansí de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta modera-

ción, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio, para llevar el rigor de la regla. El era tan bueno, que al menos yo podía mucho más deprender de él, que él de mí: mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder de las hermanas.

»Fué Dios servido que estaba allí el provincial de nuestra Orden, de quien yo avia de tomar el beneplácito, llamado fray Alonso González: era viejo y harto buena cosa, y sin malicia. Yo le dije tantas cosas y de la cuenta que daría a Dios si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y su Majestad que le dispuso (como quería que se hiciese) que se ablandó mucho.

»Venida la señora doña María de Mendoza, y el obispo de Avila, su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido y amparado, lo acabaron con él y con el padre fray Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temía toda la dificultad.

»Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que, aunque no uviera esta ocasión, se lo pusiera nuestro Señor en corazón, como al padre general, que estaba bien fuera de ello. ¡O válame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a su Majestad allanarlas!

»Y qué confusión mía es viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo

voy escribiendo me voy espantando, y deseando que nuestro Señor dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. Todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que sólo su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. »





## XII

Termina la fundación del primer convento  
de Carmelitas Descalzos.

**T**RATADO lo que antecede, se trasladó Santa Teresa a Valladolid para seguir trabajando en la fundación de otro convento de religiosas de su Orden. Pero no por eso dejó de la mano el asunto del primer monasterio de Carmelitas Descalzos de Duruelo, y ella misma da cuenta de todo lo que aconteció hasta dejar consolidada tan santa obra, en los términos siguientes:

«El padre fray Antonio—dice—ya tenía algo allegado de lo que era menester; ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí, a Valladolid, a hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; solo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido: creo aún no tenía en qué dormir.

»Tardóse poco en aderezar la casa porque no avía dinero, aunque quisieran hacer mucho.

»Acabado, el padre fray Antonio renunció su priorazgo con harta voluntad, y prometió la primera regla, que aunque le decían lo probase primero, no quiso. Iban a su casita con el mayor contento del mundo: ya fray Juan estaba allí.

»Dicho me ha el padre fray Antonio, que cuando llegó a vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que avía ya acabado con el mundo, en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se les hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites. ¡O válame Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior!

»Por su amor os pido, hermanos y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante a nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

»Verdaderamente he visto haber más espíritu y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos tray? pues sólo de una celda es lo que gozamos continuo; que ésta sea muy grande y bien labrada ¿qué nos vá? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes.

»Considerando que no es la casa la que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que, mientras menos tuviéramos acá, más gozaremos en aquella eternidad, adonde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús.

»Si decimos que son estos principios para renovar la Regla de la Virgen su Madre y señora y patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni a nuestros santos padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza en todo no podamos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, aviamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como lo tenían estos dos padres, y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

»Primero u segundo domingo de adviento de este año de MDLXVIII (que no me acuerdo bien cuál de estos domingos fué) se dijo la primera Misa en aquel portalico de Belén, que no me parece era mejor. La Quaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí.

»Llegué una mañana; estaba el Padre Fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la ilesia con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije:—¿Qué es esto, mi Padre? ¿Qué se ha hecho la honra?—Díjome estas palabras diciéndome el

gran contento que tenía:—¡Yo maldigo el tiempo que la tuve!—Como entré en la ilesia, quedéme:



espantada de ver el espíritu que el Señor avía puesto allí; y no era yo sola, que dos mercaderes que avían venido de Medina hasta allí conmigo,

que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras!

»Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada.

»El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas, mas avíanse de abajar mucho para entrar y para oír Misa; tenían a los dos rincones hacia la ilesia dos ermitillas (adonde no podían estar sino echados o sentados) llenas de heno, porque el lugar era frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabezas, y allí sus cruces y calaveras.

»Supe que después que acababan Maitines hasta Prima no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando iban a Prima, y no lo haber sentido. Decían sus Horas con otro padre de los del Paño, que se fué con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí.

»Iban a predicar a muchos lugares, que están por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por esto también me holgué se hiciese allí la casa, que me dijeron que ni avía cerca monesterio, ni de donde la tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que a mí

me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe: iban, como digo, a predicar legua y media y dos leguas, descalzos, que entonces no trayan alpargatas, que después se las mandaron poner, y con harta nieve y frío, y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa: con el contento todo se les hacía poco.

De esto de comer tenían muy bastante, porque de los lugares comarcanos los proveyan más de lo que avían menester, y venían allí a confesar algunos caballeros que estaban en aquellos lugares a donde les ofrecían ya mejores casas y sitios. Entre estos fué uno D. Luis, señor de las Cinco Villas. Este caballero avía hecho una ilesia para una imagen de nuestra Señora, cierto bien dina de poner en veneración. Su padre la envió desde Flandes a su abuela, o madre (que no me acuerdo cuál) con un mercader; él se aficionó tanto a ella, que la tuvo muchos años, y después a la hora de la muerte mandó se la llevasen. Es un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas lo mesmo) cosa mejor.

El padre fray Antonio de Jesús, como fué a aquel lugar a petición de este caballero, y vió la imagen, aficionóse tanto a ella, y con mucha razón, que aceptó el pasar allí el monesterio: llámase este lugar Mancera. Aunque no tenía ninguna agua de pozo, ni de ninguna manera parecía la podían tener allí, labróles este caballero un monesterio conforme a su profesión, pequeño, y dió ornamentos: hízolo muy bien.

»No quiero dejar de decir cómo el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un día después de cenar el padre fray Antonio, que era prior, en la claustra con sus frailes, hablando en la necesidad de agua que tenían, levantóse el prior, y tomó un bordón que traya en las manos, y hizo en una parte dél la señal de la cruz, a lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz. Mas en fin; señaló con el palo, y dijo:—Ahora cava aquí.—A muy poco que cavaron, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca, como digo, se agota. Después que cercaron una huerta, han procurado tener agua en ella, y hechoria, y gastado harto; hasta ahora, cosa que sea nada, no la han podido hallar.

»Pues como yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella con un espíritu, que a cada parte que miraba hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivían y con la mortificación y oración, y el buen ejemplo que daban (porque allí me vino a ver un caballero y su mujer, que yo conocía, que estaba en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad y el gran bien que hacían en aquellos pueblos), no me hartaba de dar gracias a nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que vía comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra Orden y servicio de nuestro Señor. Plega a su Majestad que lleve adelante,

como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero.

»Los mercaderes que avían ido conmigo, me decían que por todo el mundo no quisieran aver dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma!

»Después que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas, en especial, como soy flaca y ruin, les rogué mucho no fueran en las cosas de penitencia con tanto rigor, que lo llevaban muy grande, y como me avía costado tanto deseo y oración, que me diese el Señor quien lo comenzase, y vía tan buen principio, temía no buscase el demonio como los acabar antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfeta y de poca fe no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la avía de llevar adelante.

»Ellos, como tenían estas cosas que a mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras, y así me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba a Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega a su Majestad por su bondad, sea yo digna de servir en algo lo muy mucho que le debo. Amén. ¡Qué bien entendía esa esta muy mayor merced que la que me hacía en fundar casas de monjas!»

---



### XIII

Funda el monasterio de Valladolid y otros conventos, siendo regalada con celestiales favores.

**E**L celo activísimo de Santa Teresa de Jesús no reconocía límites, y apenas había dado cima a la fundación de un convento ya tenía en planta la de otro, cuando no eran dos o tres los que ocupaban su atención al mismo tiempo.

Esto le sucedió en la fundación del monasterio de Valladolid, que llevó a cabo mientras trabajaba en la del primer convento de Carmelitas Descalzos de Duruelo, como se ha visto.

La Santa da cuenta de esta nueva fundación en los siguientes términos:

«Antes que se fundase este monesterio de San José de Malagón cuatro o cinco meses, tratando conmigo un caballero principal, mancebo, me dijo que si quería hacer monesterio en Valladolid, que él daría una casa que tenía con una huerta muy buena y grande que tenía dentro una gran

viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesión: tenía harto valor.

»Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada a fundarla allí porque estaba casi un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él como allí se tomase la posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra ni estorbar su devoción.

»Desde a dos meses, poco más o menos, le dió un mal tan acelerado que le quitó la habla, y no se pudo muy bien confesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdón. Murió muy en breve, harto lejos de adonde yo estaba.

»Dijome el Señor que avía estado su salvación en harta aventura, y que avía avido misericordia dél por aquel servicio que avía hecho a su Madre en aquella casa que avía dado para hacer monesterio de su Orden, y que no saldría del purgatorio hasta la primera Misa que allí se dijese, que entonces saldría.

»Yo traya tan presentes las graves penas de esta alma, que, aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces y me dí toda la priesa que pude para fundar como pudiese en Valladolid. No pudo ser tan presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San Joséf de Avila, que estaba a mi cargo, hartos días, y después en San Joséf de Medina del Campo, que fuí por allí, adonde estando un día en oración, me dijo el Señor que me diese priesa, que padecía mucho aquel alma; que aunque no tenía mucho aparejo,

Me puse por obra, y entré en Valladolid día de San Lorenzo, y como ví la casa, dióme harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas sin mucha costa; y aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río.

»Con ir cansada, hube de ir a Misa a un monesterio de nuestra Orden, que estaba a la entrada del lugar; y era tan lejos, que me dobló más la pena. Con todo no lo decía a mis compañeras por no las desanimar, que aunque flaca, tenía alguna fe que el Señor, que me avía dicho lo pasado, lo remediaría. Hice muy secretamente venir oficiales y comenzar a hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester.

»Estaba con nosotras el clérigo que he dicho, llamado Julián de Avila, y uno de los dos frailes que queda dicho, que quería ser Descalzo (San Juan de la Cruz), que se informaba de la manera de proceder en estas casas. Julián de Avila entendía en sacar la licencia del Ordinario, que ya avía dado buena esperanza antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto que no viniese un domingo antes que estuviese alcanzada la licencia; mas diéronnosla para decir Misa adonde teníamos por ilesia, y ansí nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se avía de cumplir lo que se me avía dicho de aquel alma, porque aunque se me dijo a la primera Misa, pensé que avía de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento.

»Viniendo el sacerdote adonde avíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegándole yo a recibirle junto al sacerdote, se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que avía puesto por él para que saliese del purgatorio, y fuese aquel alma al cielo.

»Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvación, que yo estaba bien fuera de ello, y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que, aunque tenía muy buenas cosas, estaba metida en las del mundo. Verdad es que avía dicho a mis compañeras que traya muy delante la muerte.

»Gran cosa es lo que agrada a nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes siendo de pequeño valor.

»Pues llegado el día de nuestra Señora de la Asunción — prosigue la Santa,— que es a quince de Agosto, año de MDLXVII, se tomó la posesión de este monesterio. Estuvimos allí poco, porque caímos casi todas muy malas. Viendo esto una señora de aquel lugar, llamada doña María de Mendoza, mujer del comendador Cobos, madre del marqués de Camarasa, muy cristiana y de grandísima caridad, que sus limosnas en gran abundancia lo daban bien a entender, hacíame mucha caridad de antes que yo la avía tratado, porque

es hermana del obispo de Avila, que en el primer monasterio nos favoreció mucho, y en todo lo que toca a la Orden.

»Como tiene tanta caridad, y vió que allí no se podía pasar sin gran trabajo, así por ser lejos para las limosnas, como por ser enfermo, dijonos que le dejásemos aquella casa, y nos compraría otra; y así lo hizo, que valía mucho más la que nos dió, con dar todo lo que era menester hasta ahora, y lo hará mientras viviere.

»Día de San Blas nos pasamos a ella, con gran procesión y devoción del pueblo; y siempre la tiene, porque hace el Señor muchas misericordias en aquella casa y ha llevado a ella almas que a su tiempo se porná su santidad para que sea alabado el Señor, que por tales medios quiere engrandecer sus obras y hacer merced a sus criaturas.»

Fundó luego Santa Teresa los conventos de Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Veas y Sevilla, y desde esta última ciudad envió religiosas suyas a fundar el monasterio de Granada, fundando poco después el de Burgos.

En todas estas fundaciones pasó grandes trabajos y sufrió no pocas tribulaciones, pero fué también muy favorecida por el Señor, que acudió en su auxilio cuando más desamparada se veía, sosteniéndola en sus luchas y dificultades con su presencia y sus celestiales avisos.

Al acabar de hacer la fundación del convento de Malagón la regaló el Señor con una admirable visión, que la Santa refiere en estos términos:



«Acabando de comulgar, segundo día de Quaresma, en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda

ella (que debía ser en donde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor.

»Como yo soy tan devota de este paso, consóleme mucho y comencé a pensar qué gran tormento debía de ser, pues avía hecho tantas heridas, y a darme pena.

»Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo.

»Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas cosas; que con las almas de ellas tenía él descanso; que tomase cuantas me diesen, porque avía muchas que por no tener en donde, no le servían, y que las que hiciese en lugares pequeños, fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de Prelado, y que pusiese mucho cuidado en que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría para que nunca faltase.»

Caminando una vez con las monjas que habían de fundar el convento de Veas, y pasando de noche por Sierra Morena, perdieron los carreteros el camino, habiéndose metido en unos grandes riscos y despeñaderos.

Esto les afligió mucho, y entonces Santa Teresa dijo a sus monjas que se encomendasen a San José, y habiéndolo hecho devotamente, oyeron

una voz, como de hombre anciano, que decía a los carreteros:

—Teneos, que vais perdidos, y os despeñaréis si pasáis adelante.

Pararon los carreteros a estas voces, y las personas que iban en compañía de la Santa comenzaron a gritos a preguntar al que les avisaba qué remedio tendrían para salir del peligro en que estaban. Y la voz les respondió que echasen todos hacia una parte, por la que había tan mal paso, que no fué menor milagro atravesar por él que salir del peligro en que estaban.

En vista de este caso tan maravilloso quisieron algunos ir a buscar al que les había avisado, y mientras iban a buscarle, dijo la Santa a todas las religiosas con mucha devoción y lágrimas:

—No sé para qué los dejamos ir, que era mi Padre San José y no le han de hallar.

Y así fué, porque no hallaron rastro de él, aunque llegaron a la hondura del valle; y desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban los carreteros, con juramento, que parecía que volaban, y todo era necesario para llegar aquel día a buen tiempo a Veas.





#### XIV

De otros favores que hizo Dios a Santa Teresa  
en sus fundaciones.

**H**ABIENDO fundado Santa Teresa el monasterio de Villanueva de la Jara con gran necesidad y pobreza, al partirse de él, viendo que las monjas que allí quedaban no tenían con qué sustentarse, les prometió de parte de Dios, al tiempo de despedirse de ellas, que si vivían religiosamente nunca les faltaría lo necesario, promesa que confirmó al responder a una carta en que le preguntaban sus religiosas si darían la profesión a nueve novicias, por ser suma la pobreza de aquel convento.

La Santa respondió que les diesen la profesión, y que en nombre de la Santísima Trinidad, día en que fechaba la carta, les prometía que no les faltaría lo necesario si fuesen las que debían; lo cual sucedió así, porque les sobraron limosnas para repartir a los pobres; y un año de grande hambre, cuando no se hallaba trigo en el lugar de Villa-

nueva por ningún dinero, de suerte que no podían los de la villa favorecer a las siervas de Dios, éstas se sustentaron milagrosamente por espacio de seis meses que duró el hambre, porque con sólo ocho o nueve fanegas de trigo que había en el monasterio al principio de aquella carestía, y apenas bastaba para el sustento de un mes, se mantuvieron todo aquel tiempo tan cumplidamente, y aún les sobró para dar largas limosnas a muchos pobres, cumpliéndose así la promesa que les había hecho su santa Madre.

Tras aquella necesidad púsolas el Señor en otra mayor, y fué que en el mes de Septiembre de aquel mismo año se desarrolló en el pueblo una epidemia de catarro, y por estar todo el vecindario enfermo y ser el lugar pobre y necesitado, y no venderse la labor de manos que las monjas hacían, a lo que se agregó el haber caído bastantes de éstas enfermas, se vió el monasterio en gran necesidad, lo que movió a la Priora a dirigirse a una persona eclesiástica, rica y poderosa, para que acudiera en su auxilio.

La carta de la Priora quedó sin contestación, y así se vieron privadas de todo socorro humano y cerradas, por añadidura, todas las puertas para buscarle; pero el Señor fué servido proveer a la necesidad de sus siervas por vía milagrosa para hacer patente su poder y el aprecio que tenía a las religiosas súbditas de nuestra bienaventurada.

Había en la huerta del convento un solo pe-

ral; no muy grande, y de él se valió el Señor para alimentar a las religiosas y proveer a sus demás ne-



cesidades, porque le cargó de tal modo de fruto, que no sólo cogían diariamente las que habían menester para el sustento de la Comunidad, sino que

recolectaban además cargas de ellas y las vendían en el lugar, comprando con el dinero de la venta las demás cosas necesarias al convento.

Otra vez, en una nueva necesidad que tuvieron las mismas monjas y estando la Priora bastante afligida y aun desconcertada por no saber cómo salir de aquella tribulación, comenzó a escarbar distraídamente en el cimiento de uno de los corrales del convento y halló sesenta reales donde no se podía esperar que nadie los hubiera puesto, pues las personas que habían vivido en aquella casa antes de convertirse en convento, eran tan pobres que apenas podían atender a su sustento.

Guardólos la Priora y comenzó a gastar de ellos, y de tal modo multiplicó Dios aquel dinero, que en más de un año se proveyó el convento de todo lo necesario sin más que echar mano la Priora a la faltriquera, donde parecía que tenía una mina de reales acañados, sin que en todo el citado tiempo le faltasen.

En otras cosas menores tuvo nuestro Señor gran providencia con aquellas siervas, a las que Santa Teresa había prometido el favor divino, y así ocurrió cierto día en que faltando en el convento ollas donde condimentar la comida, y no habiendo en el lugar donde poderlas comprar, vió la cocinera cuatro pedazos de una olla que se había quebrado, y considerando que no tenía otro remedio, determinó pegarlos juntándolos lo mejor que pudo, y puesta su confianza en Dios, introdujo ella lo que había de guisar para la Comunidad e hizo la olla

su oficio como si fuera de hierro o estuviera del todo entera.

Después de comer volvió a fregar la cocinera los pedazos de la olla, y cada vez que tenía que poner la comida los juntaba de nuevo, y así continuó por espacio de un mes, hasta que hubo ocasión de comprar nuevas ollas.

Con estas y otras semejantes maravillas mostraba el Señor lo que le agradaban las fundaciones que hacía Santa Teresa, y acreditaba la santidad de su sierva con muchos milagros que obraba por su medio.

Estando una religiosa con la santa Madre, en ocasión en que ésta escribía algunas cartas, le dijo nuestra bienaventurada:

—Hija, si supiera escribir, ayudárame a escribir estas cartas.

A lo que contestó la religiosa que le diera alguna muestra para aprender, y entonces la Santa dióle dos renglones de su letra, mandándola que aprendiese a escribir por ellos, y aquella misma noche escribió la religiosa una carta y ayudó en adelante a la santa Madre a llevar su correspondencia sin otras nociones de escritura.

En los comienzos de la fundación del convento de San José de Avila se hallaban las monjas muy afligidas por el acoso de ciertos insectos muy molestos, cuya picazón les causaba gran desazón.

Pidieron a la Santa un remedio para aquella incomodidad que las mortificaba en la oración, y Santa Teresa transmitió el ruego a su divino Es-

poso, y le fué concedida la gracia que solicitaba, con la promesa de que todas las monjas de aquel monasterio vivirían en adelante libres de la susodicha penalidad.

Este prodigio no sólo se realizó en el monasterio de San José de Avila, sino en los demás de la Orden del Carmelo, reformada por Santa Teresa, y de ello dió testimonio cuarenta y tres años después el P. Fray Diego de Yepes, Obispo de Tarragona e insigne escritor de la vida de la Santa Madre.





## XV

Más milagros obrados por Dios mediante  
la intercesión de Santa Teresa.

**E**NTRE los dones de que el Señor colmó a nuestra bienaventurada, fué uno de los más señalados el de milagros, pues apenas dió paso alguno desde que se dedicó a la reforma de la Orden carmelitana que no estuviera acompañado de algún prodigio. Citaremos algunos como muestra del poder de la intercesión de nuestra bienaventurada cerca de su Divino Esposo.

Teniendo que salir en cierta ocasión de Avila para una de sus fundaciones, se halló con que la que había escogido por compañera, que era la venerable Madre Ana de San Bartolomé, se encontraba desde hacía un mes en cama, presa de unas recias calenturas. No obstante esto, la víspera de la partida fué por la noche a visitarla la Santa, y le dijo:

—Mire, hija, que se ha de venir conmigo mañana.

A lo que la enferma respondió:

—¿Cómo, Madre? ¿No ve vuestra reverencia cómo estoy?

—Mi ida—replicó la santa Madre—no se puede excusar, y en ella habrá de ir conmigo.

Y sin decirle más palabra salió de su celda, y poco después, a eso de la media noche, despertóse la Madre Ana tan sana y tan buena como si nunca hubiera estado enferma, y acompañó a Santa Teresa en su fundación.

Esto mismo le sucedió otras veces con la misma religiosa.

Dios la dotó de una gracia especial para curar a los enfermos instantáneamente, y a muchos dió la salud con la sola imposición de sus manos.

Vivía en Salamanca en casa de la condesa de Monterrey una señora honrada, llamada doña María de Aniaga, mujer del ayo de los hijos de la condesa, y Dios le envió una enfermedad de tabardillo que la puso en grave peligro.

La condesa, conocedora de las virtudes de Santa Teresa, pidió licencia al Provincial de su Orden para que cuando la Santa fuese a Salamanca le permitiese visitarla. Hízolo así nuestra bienaventurada, y tan luego como la vió la condesa le rogó que entrase en la estancia de la enferma, y una vez en ella Santa Teresa le pasó la mano sobre el rostro, sin que la paciente pudiera saber quién le tocaba ni tener noticias de que estuviera allí la

santa Madre, porque su enfermedad la tenía muy fuera de sí; pero así que sintió el contacto de la mano, exclamó en alta voz:

—¿Quién me ha tocado, que me siento sana?

Y así era efectivamente, pues en seguida se levantó, quedando desde aquel momento con entera salud.

En el monasterio de Medina estaba la Madre Ana de la Trinidad, que después fué Priora de aquella casa, enferma de una grave erisipela que la cogía el rostro y la nariz, y siempre que la acometía esta dolencia, que era muy a menudo, había necesidad de sangrarla, y era tan grande la inflamación, que los médicos temían que degenerara en cáncer.

De uno de estos ataques de erisipela fué acometida la religiosa mencionada en ocasión de hallarse en aquel convento Santa Teresa, quien enterada del caso mandó llamar a la paciente cuando la llevaban a acostar; entró la enferma en la celda de la santa Madre, y sin saber para lo que ésta la había llamado hincóse de rodillas ante ella, y entonces nuestra bienaventurada, pasándole la mano por el rostro, donde estaba la erisipela, le dijo:

—Confíe, hija, que Dios la sanará.

Y en aquel momento se sintió la enferma sin calentura, sin erisipela, sin dolor y sin molestia alguna, y en el espacio de más de veinte años, que después vivió, jamás la volvió semejante accidente, con haber sido desde su niñez constantemente afligida por aquella enfermedad.

Milagrosa fué también la aparición de la Santa en vida al P. Gaspar de Salazar, Rector de la Com-



pañía de Jesús que fué en Avila y en otras partes, y confesor de la santa Madre, dándole algunos avisos para el provecho de su alma, estando él

distante muchas leguas del lugar donde Santa Teresa se encontraba.

Y no menos milagrosa fué otra aparición de la Santa, hallándose en Segovia, a una religiosa enferma que estaba en Salamanca. Hallábase la doliente con grandes temores y sobresalto por la cuenta que pronto tenía que dar a Dios, pues bien a las claras veía que se moría por momentos, y en estas zozobras vio entrar a la Santa en su celda bendiciéndola y acariciándola con las manos el rostro, mientras le decía amorosamente:

—Hija mía, no sea boba ni esté con esos temores, sino antes muy confiada en lo que hizo y padeció por ella su Esposo, que es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.

Y así sucedió, yendo a gozar de Dios aquel mismo día, muriendo con grande alegría de su alma.





## XVI

Santa Teresa, modelo de obediencia y de castidad.

**P**ERO aún mayores maravillas que las expuestas en los capítulos anteriores fueron las de las heroicas virtudes y dones del Espíritu Santo con que enriqueció el Señor a Santa Teresa de Jesús para que fuera dechado de perfección del que tomaran ejemplo tantas personas como en la Orden carmelitana descalza han florecido en santidad.

Una de estas maravillas fué la de su obediencia, no obstante ser la fundadora de su Orden reformada. Primeramente obedecía a sus confesores tanto como al mismo Dios, y decía que si todos los ángeles del cielo se juntasen y le dijesen una cosa y sus prelados y confesores otra, aunque supiese que eran ángeles no haría sino lo que sus prelados le mandaban. Tenía por costumbre, cuando el Señor le revelaba alguna cosa, particularmente si era cosa que le mandaba que hiciese,

proponer a su confesor el negocio sin decirle nada de la revelación, para que él lo mirase según las reglas de la prudencia; y ella con grande indiferencia para obedecerle, aunque la mandase lo contrario de lo que en la revelación había entendido, haciendo más caso de un punto de obediencia que de cuantas revelaciones tenía. Esto decía ella que era lo más seguro, pues el que obedece no puede engañarse, y lo otro podía ser ilusión o engaño.

Gustaba mucho que le mandasen cosas dificultosas y que le costasen trabajo, y solía decir que ninguna cosa le mandaría su confesor que la dejase de hacer por nada del mundo, porque si no la hacía como él la mandaba pensaría que andaba muy engañada.

Pesábale mucho que sus confesores le diesen la razón de lo que le mandaban, porque gustaba grandemente de la obediencia simple, pronta y ciega, como lo demuestran los siguientes ejemplos de su obediente vida.

Habiendo escrito un libro por orden de su confesor sobre el Cantar de los Cantares, de Salomón, ante una sola palabra de otro confesor diciéndola que lo quemase, al punto lo hizo, sin reparar en el trabajo que le había costado el componerlo, las cosas tan buenas que allí tenía escritas y el fruto que del libro podía esperarse.

Lo mismo estuvo a punto de hacer con el libro que escribió de su vida, pues habiéndole dicho su confesor para probarla que quizá convendría destruir dicho libro, la Santa le contestó con gran

tranquilidad que lo pensase bien, y que si a él le parecía bien, que al punto lo quemaría.

Estando en el monasterio de Medina del Campo



y habiéndose disgustado con ella un Provincial de los Padres calzados del Carmen porque no había nombrado Priora a una religiosa que le había

recomendado para dicho cargo, le envió un mandato con censuras para que saliese luego de aquel monasterio juntamente con la Priora que había elegido, y que era la Madre Inés de Jesús. Llegó este mandato ya tarde y cerca de Navidad; hacía una noche muy fría y la Madre sufría de un ataque de perlesía, amén de otros achaques; pero así que recibió el susodicho mandato y pudiendo muy bien dilatar su cumplimiento hasta el día siguiente, o darle explicaciones de lo que había hecho, sin reparar en su salud ni en su vida salió juntamente con la Priora, como lo mandaba el Provincial, y con mucho contento y alegría, porque el mayor que podía tener era el no hacer su voluntad.

Siempre que llegaba a un monasterio, no habiendo Priora se sujetaba a la Superiora, y a pesar de ser fundadora se sentaba en los más humildes lugares.

Para perfeccionarse más en esta virtud discurría santas invenciones. Cuando caminaba daba siempre la obediencia a los religiosos y clérigos que iban en su compañía, y en todos los monasterios donde estaba, a la Priora.

Fué en la virtud de la castidad angélica tan excelente, y túvola en grado tan superior, que no sólo conservó este precioso tesoro de la castidad todos los días de su vida, sino que era tanta su pureza que no sentía tentaciones molestas de la carne, como si no estuviera vestida de ella. Y esto más fué singular privilegio que Dios le concedió,

que victoria ganada con su esfuerzo, y aunque todas las virtudes resplandecían no sólo en sus costumbres y acciones, sino también en su semblante, la castidad y pureza de su alma se manifestaban más en su rostro, aficionando a esta virtud a los que hablaba y trataba, de tal suerte, que la persuasión más eficaz para abrazar la castidad era la vista de su semblante.

Este dibujo de castidad, que tenía estampado en su rostro, era un retrato, o mejor dicho, una sombra de su pureza interior, que era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni aun en la misma imaginación, ni en vigilia, ni en sueño, jamás se oyó ni vió en ella rastro ni sombra de impureza.

De esto dieron testimonio muchas de sus religiosas, que al afirmar que era tanta la limpieza, no sólo de su alma, sino de su cuerpo, refieren que si acontecía a alguna de ellas ir a consultarla como Madre o Prelada sobre alguna tentación contra la honestidad, la enviaba a que la fuese a comunicar con persona que de ello entendiese, pues no habiendo experimentado semejantes tentaciones, le parecía que era inhábil para dar el remedio, cosa que jamás respondió a otra clase de consultas, aun las más intrincadas.





## XVII

El espíritu de pobreza de Santa Teresa de Jesús.

**C**ORRÍA parejas el amor de la Santa a la pobreza evangélica con su angélica castidad, sin más diferencia que la de la lucha que hubo de sostener para vencer su natural inclinado en su juventud a la compostura de su persona, como se ha visto al tratar de los pasajeros efectos que en ella produjo la lectura de novelas y libros de caballería.

Pero desde el momento en que se repuso de aquel breve desvanecimiento de vanidad femenil, concibió un profundo horror a todo lo que significara ostentación y regalo, llevando al más alto grado su desasimiento de todas las cosas mundanas. Jamás desde que dió comienzo a la reforma de la Orden carmelitana se pudo recabar de ella que vistiera hábito nuevo, prefiriendo los viejos y remendados que desechaban sus religiosas. Abominaba en éstas todo lo que trascendiese a com-

postura y aliño de la persona superfluos, porque pareciale que de las vanidades ninguna podía haber mayor que la ostentación en el sayal y ves-



tido que se lleva como muestra del menosprecio del mundo; y con el fin de que sus religiosas estuviesen desasidas, así del hábito como de los libros u otras cosas que se las permitía usar, en las cuales suele cebar el demonio a algunos con un

asimiento y afición como si fueran propios, impidiendo a veces con un alfiler o cualquiera otra cosa insignificante, como si de grandes tesoros se tratase, el aprovechamiento en la virtud, solía la Santa mandar que los tirasen y mudasen, quitando con esto la afición que del uso de esas cosas se suele pegar al corazón.

Siempre se dedicó a trabajos manuales para ganar el sustento como pobre, y nunca quiso recibir de limosna joyas ni otros dones de estima, y nunca se mostraba más contenta que cuando en alguna fundación le faltaba algo de lo necesario en comida, cama o vestido.

Al instalarse en el convento de Alba de Tormes vieron las monjas que no tenían servilletas, y quisieron pedir las a la persona que había proporcionado los recursos pecuniarios para la fundación; pero a ello se opuso Santa Teresa, por entender que semejante petición desdecía del voto de pobreza que habían hecho al consagrarse al Señor.

Jamás consintió que sus monjas tuviesen otros objetos que aquellos de que era imposible prescindir para los usos necesarios de sus conventos, y siempre dejaba los que fundaba en la mayor pobreza hasta que las buenas almas de fuera de ellos, se movían a dar a sus religiosas lo que les era indispensable para vivir.

Declaraba con frecuencia que el Señor le había dado a entender lo que convenía al bien de sus religiosas la santa pobreza, y trataba de ella con gran gusto y estimación.

—Es un bien—decía—el de la pobreza, que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande señorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza, tomada por sólo Dios, trae consigo una gran honra; no ha menester a nadie, sino a Él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo de necesitar a nadie. Nuestras armas son la santa pobreza: ésta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras y mucho más en el pensamiento.

Procuraba asimismo que sus conventos y los objetos que en ellos había fuesen pobres, y en los que fundaba ponía cruces de caña y de palo tosco sin labrar. Recomendó la pobreza y estrechez en los edificios de los monasterios, así para frailes como para monjas, pareciéndole gran monstruosidad ver gente pobre y descalza en grandes edificios, y gran locura que las casas de gente descalza hagan mucho ruido cuando se hayan de caer el día del juicio.





## XVIII

Santa Teresa de Jesús, penitente.

**S**OBRESALIÓ también la Santa por su espíritu de penitencia. No obstante hallarse cargada de enfermedades, como el mal de corazón, dolor de hígado, perlesía y otros achaques que la hicieron sufrir lo indecible por espacio de cuarenta años, tratóse siempre con gran rigor, durmiendo sobre un poco de paja, sin consentir de grado que la colocasen sobre un colchón cuando le apretaban demasiado sus dolencias.

Durante mucho tiempo ciñó sus carnes con tan áspero cilicio, que su cuerpo era una pura llaga; sus vigiliass eran continuas, pues rara era la noche que no la pasaba toda en oración, y el máximo de su descanso, cuando se lo permitía, nunca pasaba de tres horas, como no fuera después de un largo viaje, que solía alargarlo hasta cuatro.

Era extremada en el ayuno, y su comida ordinaria se componía de un huevo o de una sardina

y de algunas legumbres, y cuando la necesidad la apretaba, todo su regalo consistía en un poco de



pan frito en aceite. Nunca bebía vino ni comía carne como no lo exigiera alguna grave enfermedad, y esto había de ser en virtud de la santa

obediencia, cuando se lo mandaban terminantemente sus confesores.

Habiéndose purgado cierto día en Salamanca, la llevaron para comer un trozo de gallina, y aunque se lo rogaron mucho sus religiosas, diciéndole que más las edificaría comiendo de ella que no con la abstinencia, no pudieron recabar que la probase, y sólo a fuerza de muchos ruegos consintió en tomar un poco de carnero cocido.

Jamás omitió ninguno de los ayunos de la Orden, que vienen a durar unos ocho meses en el año; y esto no le costaba ningún esfuerzo, porque absorta en la contemplación de las cosas celestiales, apenas si paraba mientes en las exigencias corporales.

El rigor que empleaba con su cuerpo llegó al extremo de que, estando en cama llena de dolores y enfermedades, se la vió muchas veces, cuando la Comunidad se hallaba en tiempo de disciplina, levantarse secretamente del lecho para hacer la misma penitencia en su celda.

Más que como monja, se trataba como anacoreta, y no como enferma, sino como robusta y sana, y menos todavía como inocente y pura, que lo fué de toda culpa grave, según lo declaró el Sumo Pontífice en la Bula de su canonización y consta en las relaciones de la Sagrada Rota, sino como si hubiera sido la mujer más pecadora del mundo y a macerar su cuerpo estuviese obligada para purificarle de enormes culpas.

Con frecuencia decía que daba Dios gran gloria

en premio de la penitencia que en esta vida se hace, y que aunque sólo nos mortificásemos por imitar a Jesucristo, que no tuvo en esta vida ni una hora de descanso, no lo habíamos de excusar por el gran bien que de ello se seguiría y por la obligación que tiene todo discípulo de seguir las enseñanzas de su maestro.

A estas penitencias corporales hay que añadir las que podemos llamar espirituales, en las que también sobresalió Santa Teresa de Jesús, haciendo dejación de su propia voluntad y contrariando todos sus gustos aun los más inocentes. Ya hemos visto cómo siendo expansiva en su trato cerró la puerta a toda amistad mundana; cómo siendo aficionada a la pulcritud y compostura de su persona, puso su mayor cuidado en vestir los hábitos más groseros y aun desechados como inservibles por sus religiosas, y de qué modo sacrificó el amor que toda persona tiene a sus obras, y más tratándose de una bonísima, al quemar el libro que había compuesto sobre el Cantar de los Cantares a una mera indicación de su confesor.

Fué, en suma, la vida de Santa Teresa de Jesús un continuo sacrificio de su cuerpo y de su espíritu en aras del amor de Dios y de la salvación de las almas de sus prójimos, y en este concepto debe ser tenida como una de las mayores penitentes que han brillado en los anales de la Historia eclesiástica.



## XIX

Humildad profundísima de Santa Teresa de Jesús.

**T**odo el rigor que contra sí empleaba Santa Teresa de Jesús nacía del gran horror que se tenía a sí misma, considerándose merecedora del infierno por sus culpas, y que ninguna cosa que hiciera para castigar su carne sería suficiente para satisfacer a la justicia divina lo mucho que la debía por sus yerros.

Esta humildad hacía que ninguna clase de menosprecios, oprobios e injurias llegasen a lo que ella sentía de sí, y si le decían que era engañadora, mujer mala y otros epítetos denigrantes, aunque conocía que por la misericordia de Dios no tenía semejantes faltas, mirando a sus pecados entendía que virtualmente con haber ofendido a nuestro Señor había cometido toda maldad y pecado, y pensaba de sí más mal que el que le atribuían.

Esto hacía que creyese que todos tenían razón

en atribuirle cuanto malo podían imaginar, y siempre se hallaba dispuesta a disculpar a sus detractores, dando a entender que era verdad todo lo que de ella decían y que estaba justificado cualquier desprecio o mal tratamiento de que la hicieran objeto.

Era para ella carga insoportable cualquiera honra que la hiciesen, y por esta causa sentía en el alma escribir las mercedes y favores que el Señor le hacía, y mucho más cuando sospechaba que se habían de saber. Por esto dijo al final del libro de su vida que había sentido mucho más escribir las mercedes que el Señor la había hecho, que sus pecados.

Con vivas instancias, y para no ser conocida ni tenida por buena, pidió al Señor que le quitase los arrobamientos públicos, y no pocas fueron las oraciones que le costó alcanzarlo; y cuando se comenzó a tener noticia de sus virtudes, trató con grande ahinco de irse del convento de la Encarnación a otra casa de su Orden, la más apartada que hubiese, donde fuese desconocida y para que nadie se acordase de ella, designio que no llegó a poner por obra porque se lo prohibieron sus confesores.

Era tanta la pena que le causaba sospechar que podrían saberse las gracias que Dios le concedía, que prefería que la enterrasen viva a que aquellas mercedes se divulgaran.

La misma Santa lo declara en el libro que escribió de su vida con estas palabras:

«Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace se habían de venir a saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos, que considerándolo de mejor gana me parece me determinara a que me enterraran viva, y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos o arrobamientos, a no poder más resistirlos en público quedaba yo después tan corrida que no quisiera parecer en donde nadie me viera.

»Estando una vez muy fatigada de esto me dijo el Señor que qué temía; que en esto no podía haber sino dos cosas, o que murmurasen de mí o que le alabasen a Él; dando a entender que los que lo creían lo alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas era ganancia para mí; que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda.

»Vino a términos la tentación, que me quería ir de este lugar y morar en otro monesterio muy más encerrado que en el que yo de presente estaba, que avía oído decir muchos extremos de él. Era también de mi Orden y muy lejos, que esto es lo que a mí consolaba, estar donde no me conocieran, y nunca me dejó mi confesor.»

Su mayor gusto era que le dijeran sus faltas, porque no sólo quería ser humilde, sino también humillada.

Cuando se le ofrecía una duda, por pequeña que fuese, y a veces aun pareciendo que lo sabía, lo preguntaba a las novicias y a las niñas de coro

para más humillarse. Y por parecerle que todas las demás aprovechaban en el servicio de Dios y ella se quedaba rezagada, no siendo digna ni aun de servir a aquellas religiosas, cuando salían del coro iba secretamente a cogerles los mantos que allí dejaban.

Siempre fué su norma no excusarse por culpada que fuese, y prefería todos los oficios más humildes hallando en ellos a Dios. Hacía oratorio de la cocina, donde ofrecía sacrificios de alabanza a su divino Esposo, tratando y conversando con Él, y donde nuestro Señor la visitaba y regalaba dulcemente, no extrañándose del lugar ni del oficio.

Muchas veces entraban allí las demás religiosas a deshora y hallaban a la Santa con la sartén en la mano y el corazón abrasado en el de Dios, toda elevada y fuera de sí, con un rostro muy hermoso y resplandeciente y la sartén asida con tanta fuerza que no se la podían sacar de la mano.

En estos y otros menesteres bajos y humildes, como barrer y fregar, se ocupaba muchas veces, inclinándose siempre a lo que más se hermanaba con su condición humilde, y si otras religiosas se anticipaban a barrer el claustro, las oficinas y celdas, la Santa corría a barrer las inmundicias del corral y otros lugares semejantes.

Cuando por razón de graves asuntos o por la demasiada flaqueza de su cuerpo no podía compartir con las demás religiosas aquellos oficios bajos, con el fin de que no se le pasase día sin dar ejemplo de humildad, las alumbraba cuando salían

del coro o entraban en ciertos lugares excusados, oficio en que solían emplearse las más nuevas en años o en religión. Si veía a alguna religiosa que padecía una enfermedad repugnante, ejercitando al mismo tiempo la mortificación y la humildad, llegábase a ella y la regalaba y besaba las manos, participando de su comida, con otras demostraciones de grande amor, siendo por naturaleza muy limpia y de estómago muy delicado.

Entre los ejemplos más singulares de su profundísima humildad debe mencionarse el que dió saliendo cierta vez al refectorio delante de toda la comunidad andando por el suelo de pies y manos, con un serón de piedras sobre sus espaldas, una soga al cuello y una hermana que la llevaba del diestro, diciendo públicamente sus faltas y dando a entender de esta manera su deseo de ser tenida por bestia y el concepto que de sí tenía. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo también sus culpas con grande humildad y mucho sentimiento y lágrimas de las que la oían.

Solía también salir en medio del refectorio a decir sus culpas, y pedía perdón a la Priora y a las demás monjas de las faltas que aquel día había cometido, como si fuera la menor de todas ellas, y algunos días comía en el suelo estando las demás sentadas a la mesa, dando con esto ejemplo a sus religiosas de la magnitud de su humildad.

A estos actos heroicos de tan gran virtud hemos de añadir otro no menos levantado. Pare-

cióale a la Santa que había empezado a ser religiosa, pero que no lo era del todo a causa de sus imperfecciones; y en esta persuasión, estando en



Toledo pidió a su Prelado, que lo era a la sazón el P. Fray Jerónimo de la Madre de Dios, que la quitase el hábito y la permitiera andar sin él algunos días como si fuera seglar y quisiera tomarlo,

dejando al arbitrio de aquel superior el dárselo de nuevo cuando bien le pareciera.

El Prelado, que conocía la devoción y humildad con que lo pedía, avínose a ello, y haciéndola quitar el hábito que llevaba, la dejó dos o tres días andar a lo seglar. Al cabo de este tiempo volvió a darle el hábito, y ella lo recibió con las mismas bendiciones y ceremonias como si aquel día entrara en el noviciado, y estaba con tanto espíritu mientras le decían las oraciones, que se quedó arrobada en presencia de todas, y al siguiente día recibió el velo con otro grande arrobamiento, quedando con una extraordinaria hermosura en el rostro, con lo que mostró claramente la que tenía en el alma y cuán de veras sentía lo que en lo exterior mostraba.





## XX

### Santa Teresa de Jesús, modelo de caridad.

**E**L amor que la Santa profesaba a Dios se asemejaba, según la opinión de doctos teólogos, al que abrasa a los serafines, porque así como éstos son todos una llama y un fuego vivo continuo, encendido y penetrante, del mismo modo el amor de Santa Teresa a Dios fué, por su perseverancia, continuo; por su fervor, ardentísimo, y por su fuerza, muy penetrante.

Andaba siempre tan encendida en amor, que, hecho su corazón una brasa, despedía de sí fuego de encendida caridad. En Dios tenía siempre puestos sus deseos y pensamientos; y de tal modo se unía al Señor, que andaba como si estuviera en otro mundo y las cosas de éste no le tocaran, y parecía que no estaba su alma donde tenía su cuerpo.

Los negocios y ocupaciones que le salían al paso, y lo que es todavía más, el comer y beber y

las demás cosas que la privaban de absorberse en Dios, le eran muy penosos. Y como el que está atacado de una fuerte calentura aborrece y abomina cualquier alimento por gustoso que sea, así la Santa, por hallarse tan encendida con el fuego del Espíritu celestial no se dejaba llevar por ninguna cosa de la tierra, ni de ninguna de ellas gustaba.

El fuego del amor divino hería su corazón con tanta violencia, que hacía nacer en ella unos ímpetus y deseos de ver a Dios tan vehementes, que obligaban a su alma a salir de los sentidos, y a veces la ponían en ocasión de salir también de su cuerpo.

Creció tanto este amor y vino a ser su fuego tan violento, que llegó a hacer su alma tan una con Dios como lo son dos luces que entran en un aposento por diferentes ventanas, según ejemplos que ella misma puso en sus libros, o dos aguas que estando antes divididas se vienen a juntar en una.

Era invencible su resolución de no dejar de hacer cosa alguna que entendiéndose era más perfecta en servicio de Dios, aunque fuese a costa de su descanso, de su sangre y de su vida. En esto quiso hacer de su virtud necesidad, y para dar toda perfección a este modo de obrar tan divino y propio de los ángeles, lo confirmó con voto.

Por él obligóse no sólo a hacer siempre lo que manda Dios y lo que su Orden dispone en su regla y constituciones, sino además a cumplir todo lo que la razón dicta, lo que la justicia manda, la fortaleza pide y la prudencia y templanza y otras

virtudes establecen. En una palabra: obligóse a renunciar a sus propios gustos por gustar solamente de lo que Dios gusta y quiere, haciendo en todo y por todo el sacrificio de su propia voluntad ante la voluntad divina.

A todo esto se obligó Santa Teresa de Jesús y todo esto lo cumplió valerosamente, ayudada por el amor que tenía a nuestro Señor Jesucristo, en quien, según la expresión de San Pablo, todo le era posible y hacedero.

La caridad de la Santa para con sus prójimos estaba cortada por el mismo patrón de su encendido amor a Dios. Este amor y deseo de la salvación de las almas le hizo ponerse en grandes trabajos y andar casi dieciséis años cargada de dolores y enfermedades, peregrinando por toda España, sufriendo todas las inclemencias del tiempo para fundar monasterios en que muchas almas se salvaran de los peligros del mundo como en otra arca de Noé.

En su deseo de que todos sirviesen a Dios, cuando veía a alguna persona de gran talento íbase a nuestro Señor con grandes ansias y con gran fervor le decía: *Señor, mirad que éste es bueno para nuestro amigo*; pareciéndole que una persona tal, siendo perfecta, haría más provecho que muchas ordinarias.

Tenía un gran cuidado de la salud y conversión de los pecadores, y nada le apesadumbraba tanto como la caída de los buenos. La multiplicación de los herejes y las necesidades de la Iglesia eran

saetas que siempre llevaba clavadas en el corazón, un despertador continuo de sus lágrimas y espuela para hacer grandes penitencias.

En orden al remedio de estos daños y para satisfacción de sus deseos hizo todo lo que pudo hacer. Pasaba las noches en vela orando, gimiendo y suspirando por las almas de los herejes y pecadores, y rogaba al Señor que la hiciese merced de alumbrar a aquellas almas que tan lastimosamente estaban engañadas. Mil vidas diera para remediar un alma, y de cualquiera gozo, aunque fuera muy espiritual, se privara de buena gana por el aprovechamiento del prójimo.

Las conversiones que consiguió fueron innumerables, y muchos los trabajos que pasó por sus prójimos; pero muy pocos le parecían a su extraordinaria caridad, deseando cada día padecer más y más por Jesucristo nuestro Redentor y sus redimidos. Este era su pensamiento continuo, este su deseo y el único consuelo que tenía en esta vida, con el que acallaba los grandes ímpetus y deseos que tenía de morir para ver a Dios.

El padecer por sus prójimos le hacía agradable vida tan enojosa, y breve peregrinación la penosa jornada. Por esto, como otro San Pablo, sufría y deseaba el privarse el tiempo que la vida le durase, de la clara visión y dulces abrazos de su Esposo Jesucristo; y como no vivía sino para padecer, sólo en esto hallaba contento, y solía decir que para nada era buena esta vida sino para padecer, y que para nada era corta y breve sino para traba-



jar, y por eso nunca cesaba de pedir a Dios que le diese trabajos, ni se cansaba de padecerlos, sobre todo si con ellos lograba la salvación de un alma o el remedio de alguna necesidad de su prójimo.



## XXI

### Heroica paciencia de Santa Teresa de Jesús.

**E**N esta virtud fué la Santa un gigantesco atleta, pues no sólo soportó, como se ha visto, gran número de enfermedades sin que decayera un momento la igualdad de su ánimo, sino que siempre tuvo por alivio y regalo todo lo que para la humana naturaleza es pena, dolor y desasosiego. Estando en Avila en los años postreros de su existencia ofreciósele uno de los mayores trabajos que en su vida había tenido, y sólo se le ocurrió decir con gran conformidad y ternura:—*Con este trabajo, Señor, me pagáis todos los que me habéis dado en mi vida.*

Su alma estaba tan connaturalizada con el dolor, que solía decir que el padecer no tenía necesidad de otro fin sino padecer; dando a entender con esto la estima que tenía de los trabajos y el deleite que hallaba en ellos.

Tenía muy frecuente en sus labios estas pala-

bras: *Señor, o morir o padecer*; y para demostrar que así lo sentía, pidió con vivas instancias al Señor que nunca le faltasen dolores que atormentasen y afligiesen su cuerpo. Deseo que siempre se vió atendido, pues mientras vivió jamás los que la trataron la vieron con salud, y sólo se aliviaba cuando tenía que hacer alguna fundación.

Entonces suspendía Dios nuestro Señor los padecimientos de su sierva, y a veces también ocurría que la apretase algún dolor, que la Santa disimulaba todo cuanto podía para que sus religiosas no lo echasen de ver y la quisieran quitar la ocasión, tan agradable para ella, de extender su Orden a costa de grandes dificultades y trabajos.

No sólo quiso probar el Señor la paciencia de Santa Teresa por medio de trabajos y enfermedades, sino que, para mejor aquilatarla, dió licencia al demonio para que la atormentase, y no hay que decir si éste se aprovecharía de la licencia tratándose de una sierva de Dios que tantas almas había salvado de las infernales garras.

Una vez la apretó con tan terribles dolores y tanto desasosiego interior y exterior, que la hizo golpearse contra las paredes como si tratase de deshacerlas. La Santa no podía dominar estos ímpetus, pero su ánimo estaba sereno, pidiendo a Dios que le diese paciencia y ofreciéndole aquel trabajo.

Cinco horas duró la lucha, y al cabo de este tiempo se le presentó vencido y maltrecho, en forma de un negrilla muy feo, el causador de su

---

daño, a quien nuestra bienaventurada lanzó del aposento con una aspersión de agua bendita.

Otra vez la acometió el demonio con una hacha de cera, dándole con ella tantos golpes, que la dejó medio muerta y con el rostro muy desfigurado. Como ésta tuvo otras muchas refriegas, en las que el espíritu del mal la afligía con tormentos exteriores de visiones, amenazas y golpes; pero en todas salió triunfante por su paciencia y humildad.

Sufrió también de los hombres muchos malos tratamientos e injurias, sin que logran turbar la paz de su espíritu. En la fundación de Burgos, y estando en cierta iglesia el día de Jueves Santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como no se levantase pronto para dejarles sitio, y creyendo, por la humildad de su vestido y manto, que se trataba de una mujercilla de poco más o menos, la acocearon bárbaramente, derribándola en tierra. Su compañera, Sor Ana de San Bartolomé, acudió a levantarla, y en vez de hallarla indignada de la grosería de aquellos bárbaros, la encontró con gran risa y muy contenta de lo que había pasado. Con el mismo contento sufrió unos chapinazos que cierta mujer le dió estando en la fundación de Toledo oyendo misa en la iglesia de San Clemente.

Estando en Sevilla la levantó un clérigo grandes falsos testimonios, y andaba el asunto de manera que casi todo lo principal de Sevilla estaba con gran expectación aguardando de un momen-

to a otro que a nuestra Santa y a sus religiosas las llevasen a la Inquisición.

Así las cosas, cierto día fué a visitar a la santa



Madre el P. Fray Jerónimo de la Madre de Dios, y al llegar a la calle donde estaba el convento la vió invadida de muchos caballos y mulas de los inquisidores y ministros del Santo Tribunal. Tal

espectáculo, y la circunstancia de ver emboscado en una esquina al clérigo difamador, dió a entender a Fray Jerónimo que se trataba de prender a las monjas, y con gran miedo y turbación se llegó a Santa Teresa, creyendo hallarla sumida en la mayor aflicción.

Hallóla, por el contrario, muy alegre y satisfecha y teniendo a ventura que se la proporcionase una ocasión de padecer cualquier trabajo e infamia, siempre que de ello no tuviera culpa; mas cuando vió tan afligido al buen Padre cambió de tono, y le dijo que no tuviese pena porque Dios quería mucho la honra de sus siervas y no consentiría cayese en ellas tal mancha. Le dijo también que ya nuestro Señor le había revelado en la oración que no temiese, que todo quedaría en nada y que los que querían obscurecer la verdad no saldrían con su intento.

Y así fué, en efecto, porque los inquisidores aclararon la verdad, reprendiendo severamente al clérigo impostor, y para certificar más del espíritu y manera de oración de la Santa, acudieron al Padre Rodrigo Alvarez, varón muy espiritual de la Compañía de Jesús, a quien la santa Madre dió una relación por escrito de su vida, y él la aprobó y mostró a los inquisidores, cesando de este modo el alboroto, y quedando así más conocida y estimada la virtud y santidad de la reformadora y de sus monjas.



## XXII

De su espíritu de oración y de varias revelaciones que tuvo.

**A**l encendido amor que a Dios profesaba Santa Teresa de Jesús correspondió el Señor sublimándola a un tanto alto grado de oración, que más parecía de ángel que de persona mortal, y nadie la pudiera dar a entender sino ella misma en aquellos libros que escribió para enseñanza de muchos y admiración de todos, escogiéndola Dios para Doctora y Maestra de oración.

Fueron grandes y muy frecuentes los arrobamientos y visiones, hablas interiores y revelaciones, sabiduría infusa, don de profecía y otros grandes favores que la Divina Majestad comunicó a la Santa virgen abulense.

Muchas veces fué vista levantarse del suelo y toda absorta en Dios, con el rostro lleno de resplandores, especialmente cuando comulgaba; y ocasión hubo, como cierto día que estaba en ca-



pítulo con sus monjas, que los rayos que despedía de sí iluminaron toda la estancia.

En los comienzos de sus ejercicios de oración andaba con gran temor de ser engañada por vanas ilusiones, pero se la aparecieron los santos

Apóstoles Pedro y Pablo, en un mismo día, asegurándola que el demonio no lograría inducirla a error en este punto, y así se cumplió, pues con haber tenido durante su vida innumerables revelaciones y visiones, jamás pudo engañarla el enemigo de las almas.

Supo un año antes de que ocurriera, la muerte del gran siervo de Dios San Pedro de Alcántara, y varias veces le anunció nuestro Señor que su hermana doña María de Cepeda había de morir de repente.

De esto dió comunicación a su confesor, y con licencia de éste trasladóse a la aldea donde residía su hermana, y sin decirle nada de su revelación la comenzó a disponer para que se preparase a comparecer ante Dios confesándose con frecuencia, y al cabo de cuatro años murió súbitamente, viéndola nuestra bienaventurada salir del purgatorio a los pocos días.

Más de veinte años antes de que muriese en Africa el rey D. Sebastián con la flor de la nobleza portuguesa, vió Santa Teresa un ángel con una espada ensangrentada sobre el reino de Portugal, dándole a entender la mucha sangre que se derramaría, y al cabo de dichos años, cuando se dolía delante de nuestro Señor de la pérdida de aquel rey y de tanta gente, le respondió Jesucristo:

—Si Yo los hallé dispuestos para traerlos a Mí, ¿de qué te fatigas tú?

Otra vez vió al mismo ángel con la espada des-

nuda y ensangrentada sobre el reino de Francia, y dióle a entender el Señor la ira que tenía a aquel reino, y profetizó las herejías que en él se iban a levantar.

Revelóle nuestro Señor que vería en gran prosperidad la Orden del Carmen, que ella había reformado, con estas palabras:

—Esfuérzate—le dijo,—pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona; en tus días verás muy adelante la Orden de la Virgen.

Esto entendí del Señor—añade la Santa—mediado Febrero, año de mil quinientos setenta y uno.

Esta visión consoló mucho a la santa Madre; lo uno, por la corona que el Señor le ofrecía; lo otro, al ver que el Sumo Pontífice del cielo, Cristo nuestro Redentor, confirmaba con estas palabras el título que sus Vicarios en la tierra habían declarado con la Autoridad Apostólica en favor de su religión contra muchos émulos, que a los principios en que esta Orden vino a Europa, envidiosos de su glorioso renombre, procuraban contradecir el título tan ilustre que tiene desde el tiempo de la primitiva Iglesia, de religión de la Virgen María del Monte Carmelo.

Cumplida vió en sus días esta profecía Santa Teresa de Jesús, pues antes de morir dejó aumentada su Orden con gran número de monasterios y de personas, y lo que es más de estimar, con mayores grados de perfección. Para mayor consuelo suyo le mostró el Señor, no solamente lo que ha-

bía de ser esta nueva planta espiritual durante su vida, sino también el crecimiento que tendría después de muerta, y el fruto grande que daría en los tiempos venideros a la Iglesia, según la misma Santa declara con estas palabras:

«Estando—dice—otra vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióseme un Santo cuya Orden ha estado algo caída; tenía en las manos un libro grande; abrióle y díjome que leyera unas letras, que eran grandes y muy legibles, y decían así: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden y habrá muchos mártires.*

»Otra vez, estando en el coro, se me representaron y pusieron delante seis o siete, me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos; pienso que se da en esto a entender han de defender la Fe; porque otra vez, estando en oración, se arrebató el espíritu: parecióme estar en un gran campo, donde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran fervor; tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: perecíame esta gran batalla contra los herejes.»

Calló la Santa, al hacer esta narración, el nombre de su Orden por algunos honestos fines; pero es cierto, como se supo luego por la misma Santa Teresa, que hablaba de la nueva Reforma que ella fundó.

También le reveló el Señor que no se desharía la nueva Reforma de los Descalzos, sino que irían éstos creciendo, y asimismo le anunció, estando

en la fundación de Segovia, la separación de los Descalzos y de los Padres Calzados.

Cuatro años antes de que se acabasen las persecuciones y trabajos que los religiosos Descalzos padecían, que fueron grandes y numerosos, vió un mar muy grande y muy alterado de persecuciones, y con esta visión le dió el Señor a entender que así como los egipcios se habían hundido en el mar cuando iban persiguiendo a los de Israel y el pueblo de Dios pasó libre, del mismo modo su Orden quedaría libre, y los que la perseguían ahogados y vencidos.





## XXIII

Más revelaciones.

**A**CERCA de la Compañía de Jesús tuvo también la Santa varias revelaciones que dejó escritas en el libro de su Vida, que se guarda en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde se lee lo que sigue:

«De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, y de toda la Orden junta, he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas de grande admiración; y ansí tengo a esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos a entender.»

Y como ella misma se maravillase de la mucha devoción que tenía a la Compañía de Jesús, nuestro Señor Jesucristo le dijo:

—¡Pues si tú supieses cuánto han de ayudar éstos a la Iglesia en los tiempos venideros!

Esta visión declara la Santa que la tuvo varias veces, y aunque en la Vida que de ella se impri-



mió no se menciona el nombre de la Orden, está declarado en el libro que ella escribió, y además lo dijo la Santa de palabra, según lo atestigua el Padre Doctor Francisco de Ribera.

De otra visión que tuvo acerca también de la mencionada Compañía, dice en el capítulo 31 de su Vida:

«Estando en un Colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los Hermanos de aquella casa, ví un palio muy rico sobre sus cabezas; esto ví dos veces: cuando otras personas comulgaban no lo veía.»

Varios escritores católicos, y entre ellos el ya citado P. Francisco de Ribera, afirman que a la misma Compañía de Jesús se refiere la Santa cuando dice en el capítulo 40 de su Vida:

«Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé a suplicar a Su Majestad por la Iglesia; dióseme a entender el gran provecho que ha de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la Fe.»

Conoció también por revelación que su confesor, aquel santo varón, el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, se había de salvar, y le mostró Dios nuestro Señor el eminente lugar que había de tener en el cielo; añadiendo que aquel Padre había llegado en la tierra a tan alto grado de perfección, que no vivía en aquel tiempo quien le tuviese tan alto, y que según aquel grado de perfección se le habían de dar en el cielo los grados de gloria.

También supo por divina revelación la muerte de cuarenta Padres y Hermanos de la Compañía

de Jesús que iban al Brasil y los mataron los herejes, entre ellos un devoto de la Santa, y luego que los mataron dijo al Padre Baltasar Alvarez, su confesor, que los había visto con coronas de mártires en el cielo. Después vino a España la nueva del martirio y dichoso fin de aquellos religiosos.

Asimismo le fué revelada la muerte del Padre Maestro Fray Pedro Ibáñez, religioso de la Orden de Santo Domingo y su confesor por espacio de mucho tiempo, siendo muy de notar que dicho religioso se hallaba a la sazón en un lugar distante treinta y cinco leguas de la residencia de la Santa, a quien Dios reveló también que Fray Pedro Ibáñez había entrado en el cielo sin pasar por el purgatorio.

Por divina revelación recibió también Santa Teresa de Jesús muchos avisos saludables sobre el estado en que se hallan las almas que viven en gracia de Dios y del triste fin de las que mueren en pecado en mortal. Acerca de las primeras dice la Santa:

«Una vez estando en oración me mostró por una manera de visión intelectual cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la Santísima Trinidad, de cuya compañía venía a aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme a entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: *Dilectus meus descendit in hortum suum.*»

Sobre el fin de los pecadores dice también:

«Otra vez me acaeció así otra cosa, que me

espantó muy mucho. Estaba en una parte adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años, mas había dos que tenía enfermedad y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajado el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro; como le vi enterrar con la honra y ceremonias que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto; en todo el oficio no vi más demonio; después, cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio para infamar aquel alma, aunque no estaba tenuta por de mucha cristiandad; verdad es que, aunque no fuese

ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.»

Por último, en otra visión le comunicó el Señor avisos importantísimos para el aumento y prosperidad de la Orden de Carmelitas Descalzos, que la Santa transcribe en los siguientes términos:

«Estando en San José de Ávila, víspera de pascua del Espíritu Santo, en la ermita de Nazaret, considerando en una grandísima merced que Nuestro Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había, poco más o menos, me comenzó un ímpetu y hervor grande de espíritu que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de Nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos Padres descalzos, de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta Religión, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras que con palabras. Esto fué año de 1579. Y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre, TERESA DE JESÚS.»

---



## XXIV

### La devoción de Santa Teresa de Jesús al Santísimo Sacramento.

**T**uvo Santa Teresa de Jesús singular devoción al Santísimo Sacramento, que Dios nuestro Señor pagaba dándole de ordinario, al tiempo de la Comunión, grandes raptos, y en ellos luz de muchas verdades, revelaciones de grandes misterios y visiones muy elevadas, porque, generalmente, esperaba el Señor estas ocasiones para hacerle las mayores mercedes.

Muchas veces vió en la Hostia consagrada al mismo Cristo, unas resucitado, otras puesto en la Cruz, otras coronado de espinas y de diferentes maneras; pero siempre con tan gran majestad que le causaba temor y reverencia.

Los efectos que este Sacramento hacía en su alma eran extraordinarios, porque del mismo modo que cuando sale el sol huyen las tinieblas y

se desvanecen la nubes, así al llegarse a comulgar nuestra bienaventurada cesaban las tentaciones y las aflicciones, obscuridades y apuros que su espíritu padecía.

No le parecía entonces que le quedaba de mujer otra cosa que la figura de haberlo sido, porque las potencias de su alma, sus deseos y afectos y, en suma, todo lo que en ella había, se arrancaban de su sér para unirse y transformarse en Dios, quedando como enajenada y absorta.

En estas ocasiones su cuerpo se elevaba como su alma, levantándose de la tierra como si quisiera también salir de este mundo, y el color de tierra con que se acercaba a la sagrada Mesa, a causa de sus enfermedades y penitencias, se transformaba así que recibía el Santísimo Sacramento en sonrosado, hermosteando de tal modo su rostro que parecía transparente, quedando con una gravedad y majestad tan grandes, que bien se echaba de ver la calidad del Huésped que encerraba su pecho, siendo este manjar del cielo, no sólo saludable para su alma, sino para su cuerpo, al que dejaba limpio, por buen espacio de tiempo, de sus achaques y enfermedades.

Comulgando cierto domingo de Ramos dejó un momento en la lengua la sagrada Forma, y quedó tan suspensa, que al volver en sí al cabo de un rato le pareció que tenía la boca llena de sangre, y que todo su rostro y su cuerpo estaban también bañados en ella, y tan caliente como si se acabara de derramar.

Era extraordinaria la suavidad que con este baño sentía, y el Señor le dijo entonces:

—Hija, yo quiero que mi Sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores y tú la gozas con gran deleite, como ves.

Otro día, estando en Sevilla, después de comulgar sintió por una manera de visión delicada que su alma se hacía una misma cosa con el cuerpo del Señor, a quien vió entonces, y quedó de esta visión con grandes afectos en su alma y grande aprovechamiento en el amor y en las demás virtudes.

Estando la Santa en la capilla de Santo Domingo del convento de Santa Cruz, de Segovia, que el santo fundador de la Orden de Predicadores visitó, vió junto a ella a dicho bienaventurado, y después, al comulgar, vió también a Cristo a su lado derecho y a Santo Domingo al izquierdo.

Volvióse Santa Teresa a hacer la reverencia al Señor, quien le dijo:

—Huélgate con mi amigo — y con esto desapareció, quedando acompañada de Santo Domingo.

Acabada la Misa, le dijo su confesor que si quería gozar de aquella compañía fuese a hacer oración a otra capillita más pequeña, donde había una imagen de bulto de Santo Domingo.

Hízolo así nuestra bienaventurada, y después de haber estado allí postrada un cuarto de hora, se levantó y manifestó a su confesor cómo Santo

Domingo había estado gran rato con ella, y que le dijo:

—Gran gozo ha sido para mí que tú hayas venido a esta capilla, y tú no has perdido nada—y luego le comunicó los grandes trabajos que en su vida pasó allí con los demonios y las mercedes que de Dios había recibido en la oración.

Y preguntándole la Santa por qué se le aparecía siempre a la mano izquierda, Santo Domingo le respondió:

—Porque la mano derecha es de mi Señor.





## XXV

De cuán agradecida era la Santa Madre Teresa  
a Dios y a los hombres.

**E**NTRE otras virtudes que tuvo la Santa Madre en grado muy alto fué la del agradecimiento, porque quien era tan humilde no podía dejar de ser muy agradecida a Dios; y así, pienso que una de las cosas que más le ayudó para su aprovechamiento fué el ser tan agradecida, porque cuando consideraba lo mucho que a Dios debía y las mercedes que su Majestad le hacía, y veía no las servía y pagaba como era razón, se deshacía en lágrimas y era para ella el mayor motivo que tenía para servir más a Dios, y el mayor peso cuando en esto se descuidaba, como ella escribe en su Vida, por estas palabras (*Vida*, cap. 15): «Si el alma de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno, que le

representan: a lo menos a la mía, aunque ruin, esto le acaecía.»

De aquí le nació a la Santa Madre Teresa en un tiempo el no atreverse a tener oración, porque era tan grande la pena que sentía cuando se ponía delante de Dios, de lo mal que le había agradecido tantas mercedes como ella reconocía en sí, que no había tormento en el mundo que con esto se comparase; y así escribe ella que para su condición no había mayor castigo que recibir regalos del Señor, por estas palabras (*Vida*, cap. 7):

«¡Oh Señor de mi alma! ¡cómo podré encarecer las mercedes que éstos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, por medio el más delicado y penoso castigo que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingritud y maldad.

»Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, quando había caído en graves culpas, que recibir castigos, que una de ellas me parece cierto me deshacía y confundía más y fatigaba que muchas enfermedades, con otros trabajos har-to justos; porque lo postrero que veía lo merecía, y me parecía me pagaba algo de mis pecados,

aunque todo era poco, según ellos eran muchos; más verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieran algún conocimiento o amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar.»

Confirma muy bien esto lo que la misma Madre escribe en el capítulo 39 de su *Vida*, que tenía necesidad de más ánimo para recibir estas mercedes que para pasar grandísimos trabajos. Este agradecimiento fué el que robó a Dios el corazón y el que hizo que atesorase tantos bienes en esta alma; porque cada vez que con el agradecimiento conocía la fuente de donde le venían tantas riquezas, de nuevo obligaba a aquella bondad infinita de misericordia (Bernard., lib., 7, *De misericordiis*, serm. 2) para que con mayor plenitud de dones visitase a su sierva; que si el desagradecido (como dice el bienaventurado San Bernardo) es como el viento abrasador que seca la fuente de la misericordia divina, el que agradece y reconoce los beneficios que de Dios recibe, sin duda sentirá la abundancia de las aguas vivas de su gracia y bondad, como lo hacía nuestra Santa: que no sólo a Dios nuestro Señor, sino a los hombres, era agradecidísima, y antes que templase esta natural condición con la sal de la discreción y medios que la razón pide: «Esto tenía yo—dice—de gran liviandad que me parecía virtud, ser agradecida, y tener ley a quien me quería: maldita sea tal ley.»

Y más abajo dice:

«¡Oh ceguedad del mundo! Fuérades vos, Señor, servido que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto.»

Todo este agradecimiento le nacía de una condición noble y generosa, aunque a los principios no tan cultivada con la razón; pero después que el Señor le abrió los ojos con la luz que resplandecía en su alma, y puso esta inclinación natural en el fiel de la razón, como tenía tanto fundamento en su condición, ayudada con las espuelas de la caridad, creció mucho en esta virtud, como se podría probar con infinitos ejemplos; para lo cual sería necesario contar toda su vida, y las buenas obras que le hicieron, y el grande agradecimiento que ella tuvo. Pondré aquí algunos casos que en esta materia le sucedieron.

A un hombre porque yendo de camino le dió un jarro de agua, tuvo mucho cuidado de rogar al Señor por él muchos años. Si alguna religiosa traía de la huerta algunas florecitas o le hacía cualquiera otra cosa por pequeña que fuese, era cosa increíble las gracias que por esto le daba.

En la última enfermedad que tuvo en Alba, cualquier regalo y beneficio que le hacían curándola, así lo agradecía como si fuese una mujer extraña y fuese todo gracia lo que con ella usaban, porque era tan humilde que ninguna cosa le parecía merecía sino el infierno. Y así le venía todo tan ancho y creía que todos le hacían merced. Y no era mucho hiciese eso cuando recibía bene-

ficios, aunque fuesen pequeños, pues recibiendo agravios hacía lo mismo y cobraba grande amor a quien la perseguía, y le encomendaba en sus oraciones como si fuera el mayor bienhechor que hubiera tenido en su vida.

A los confesores que tenía amaba siempre mucho, y fué tan agradecida, que jamás dejó a ninguno que una vez hubiese elegido, si no era que él se mudaba a otra parte o ella iba a fundar a otros lugares. Contaba muchas veces las buenas obras que le habían hecho, y tenía gran memoria de ellas, y de todas solía decir que les debía mucho su alma.

Viviendo en la Encarnación, estando en casa de doña Guiomar de Ulloa, estuvo malo de una grave enfermedad un Padre con quien las dos se confesaban. Llevóle aquella señora a un lugar cerca de Ledesma para regalarle y curarle, y fué también en su compañía la Santa Madre Teresa de Jesús, y en todo este tiempo le curó con el cuidado y caridad que si fuera su mismo padre, guisándole lo que había de comer, y velándole muchas noches, y sirviéndole en todo lo que una mujer muy ordinaria le pudiera servir sin cansarse. Y de aquellos trabajos y malas noches que pasó, se entendió que había cobrado buena parte de las enfermedades muy grandes que tuvo.

Estando en la fundación de Sevilla diéronle un frontal de red, en que estaba labrado el sacrificio de Abraham muy grosero, pero por la pobreza que había le hubieron de poner en el altar de la

iglesia. Estándole poniendo dijo una hermana por gracia, que el ángel que estaba allí puesto parecía disciplinante.

Ello era así, y a todas les cayó mucho en gracia; pero la Santa Madre Teresa de Jesús volvióse a ella con un rostro severo y dióla una muy buena reprehensión, diciendo que si era aquel el agradecimiento que tenía a la limosna que les hacían, y otras cosas a este propósito, con tanto peso y con tantas veras, que todas quedaron muy maravilladas y con propósito de guardarse de allí en adelante de semejantes gracias.

Muchas cosas se pudieran aquí decir si se hubiera hecho memoria de ellas, porque como era tan humilde, cualquier cosa, por pequeña que fuese, la agradecía tanto como si fuese muy grande por todas las vías que podía, y más por la que ella podía más, que era la oración, con que hizo nuestro Señor Jesucristo grandes bienes a las personas que le ayudaron e hicieron bien; pero no dejaré de decir una por donde se pueden entender las demás.

En uno de sus monasterios tenían un clérigo que las confesaba, y por otra parte les hacía mucho daño y les era muy contrario. La Priora dió cuenta a la Santa Madre Teresa de Jesús de lo que pasaba, pareciéndole que convenía despedirle.

A esto le respondió la Santa Madre Teresa estas palabras:

—Por amor de nuestro Señor le pido, hija, que

sufra y calle y no traten de que echen de ahí ese Padre, por más trabajos y pesadumbres que con él tengan, como no sea cosa que llegue a ofensa de Dios, porque no puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien, porque me acuerdo que cuando nos querían engañar con una casa que nos vendían él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo y el trabajo de que nos libró, y siempre me pareció siervo de Dios y bien intencionado. Bien veo que no es perfección en mí; esto que tengo de ser agradecida debe de ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán.





## XXVI

De la fortaleza y grandeza de ánimo que tenía  
la Santa Madre Teresa de Jesús.

**D**E la fortaleza y ánimo grande de que Dios nuestro Señor dotó a la bienaventurada Madre Teresa de Jesús da testimonio la experiencia de las obras tan heroicas y tan admirables que emprendió. Confirman esto en sus dichos todas las personas que la conocieron y trataron.

Entre otras virtudes, singularmente se vió en ella siempre un ánimo real, generoso e invencible y cuerdamente atrevido para emprender cosas grandes, arduas y al parecer de muchos imposibles. Fué mujer fuerte cual la pinta el Espíritu Santo por boca de Salomón, porque fué mujer que tuvo virtud de ánimo, fortaleza de corazón, industria grande y, finalmente, todo lo que es perfección en este género y virtud de fortaleza, y así fué mujer varonil, acabada y perfecta. Si la historia lo permitiera, fuera para mí gran descan-

so y gloria tratar de todas las condiciones que Salomón puso de la mujer fuerte, mostrando cuán a la letra se hallaban todas cumplidas en la bienaventurada Madre Teresa de Jesús. Pero por ahora me contentaré con decir solamente de su grandeza de ánimo, que es una de las partes principales de la virtud de la fortaleza. Y así, tomando todo este negocio como por junto, comenzaré a dar un rasguño de ella.

Como la mujer sea de su natural flaca, y de ánimo apocado y bajo, más que otro ninguno animal, y de su condición y costumbre temerosa, quebradiza y poco constante; siendo los negocios que la Santa Madre Teresa trató tan arduos y tan graves, como lo era emprender sin arrimo ninguno una nueva reformation; donde en la fundación de tantos monasterios hubo de residir y contrastar tantas ciudades y condiciones de gentes (las cuales muchas veces se vencen con más dificultad que con hierro y con sangre), sufrir tantas incomodidades, sujetarse a tantos peligros, no desmayar con tantas contradicciones, hacer guerra a todo el infierno y a los príncipes y poderíos de las tinieblas, y donde se ofrecían tantas dificultades y trabajos, que apenas serán creíbles.

Para que tanta flaqueza (como es la de una mujer) saliese con tan gloriosa victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, cosa necesaria era y forzosa que la grandeza de ánimo supliese la falta de fuerzas y el vacío e imperfección de la condición natural de mujer. Y así es clara señal y argu-

mento evidente que esta Santa tuvo caudal rarísimo, virtud heroica y un valor de ánimo muy aventajado.

Y para obras tan singulares creo por muy cierto que esto no bastara si no tuviera por otra parte alguna fuerza de increíble virtud y algún don de Dios singular que la despertase y pusiese aliento, para que, saliendo de la natural condición, como río de madre, llegase con la ejecución adonde no llegaron muchos varones fuertes con el pensamiento.

A mi parecer, y a lo que la razón muestra, yo no hallo otro origen de esta grandeza y virtud de ánimo sino estar esta Santa tan transformada en Dios, que así como el hierro cuando lo está en el fuego se viste de sus condiciones de luz para dar resplandor con ella, y de la fortaleza de su calor para quemar como el mismo fuego, y, finalmente, se acondiciona todo a la naturaleza y propiedad del fuego, así esta bienaventurada, como estaba toda íntimamente unida y transformada en Dios, participaba de su nobleza y generosidad de espíritu, y por medio de esta participación no sólo era confortada su alma, sino en cierta manera era toda poderosa, que era lo que mediante esta comunicación experimentaba en sí San Pablo, cuando decía: «Todas las cosas puedo en virtud de aquel Señor que me conforta y está unido y junto conmigo».

Y así, de la Santa Madre Teresa de Jesús comúnmente solían decir: *Teresa de Jesús la omnipo-*

*tente*; porque ninguna cosa se le hacía imposible para dejarla de emprender como ella entendiese era más servicio de Dios, ni dejó de alcanzar alguna de las que emprendiese; porque ningún trabajo ni dificultad la espantaba, antes allí acometía con más ánimo donde veía mayores ocasiones de padecer, y como valeroso capitán, hacia aquella parte enristraba la lanza donde hallaba mayor resistencia. Solía decir que cuando había más contradicciones era señal que lo sentía más el demonio, y por consiguiente, indicio cierto de que la sementera había de ser de mayor fruto y gloria de Dios.

Cuando fundó la primera casa en Avila, ni reparó en la contradicción que se había de levantar en su monasterio, ni en toda su Orden, ni en los castigos que le podían hacer; ni la turbó ver toda una ciudad, así de personas seglares, eclesiásticas y religiosos, como de todo el vulgo, opuesta toda a sus intentos.

Ni le desmayó su pobreza, ni verse sin favor humano, sin dineros y casi sin haber quien le volviese la cabeza si no era para escupirla y blasfemar de ella y de sus invenciones y patrañas, que con este nombre canonizaban sus buenos deseos. Nada temía sino la ofensa de Dios; de nada desconfiaba como entendiese era voluntad suya, ni bastaba cosa de la tierra para desmayarla ni hacerla volver el pie atrás de lo que una vez emprendía.

Una de las virtudes que más acompañan a la

magnanimidad, es una grande confianza y fiducia en Dios. Aquí era donde la Santa Madre Teresa de Jesús tenía echadas grandes raíces y presas las áncoras de su esperanza, como la que tenía entendido la diferencia que hay de esperanzas de la tierra (que las más, como a tan vanas se las lleva el viento) a las que se ponen en Dios, que ninguna puede faltar teniendo tan seguros fundamentos. No hacía más caso de los hombres que si fueran palillos secos, como ella dice en una relación de su vida por estas palabras (Carta 12, tomo II): «Hasta ahora, parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, que en asiéndose a ellos, no hay seguridad, que en habiendo algún peso de murmuraciones o contradicciones, se quiebran, y ansí tengo por experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la Cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar nada.»

Con esta gran confianza que tenía en Dios emprendía todos sus negocios y fundaciones, y en ellas gastaba muchos dineros, sin saber de dónde tenerlo ni de dónde le habían de venir. Solía decir que para fundar un monasterio no tenía necesidad más que de una casa alquilada y de una campanilla.

Estaba tan firme en que Dios no puede faltar a

quien le sirve, y que sus palabras se han de cumplir, que no podía temer la pobreza ni falta de lo necesario. De aquí le nacía que se afligía y le daba pena de tratar con gente muy fundada en razones y prudencias humanas, queriendo cuidar de sí y de sus cosas de tal modo, cuanto era de su parte, que no le dejaban a Dios lugar para que ejercitase su providencia.

Esta manera de gente le daba grande cansancio por verla tan fundada en su industria, tan atada y dependiente de su propio cuidado y solicitud, que no parece flar nada de Dios, y llevan y disponen todas sus cosas tan a punta de lanza de la razón natural, como si no hubiera Dios ni tuviésemos fe de su divina Providencia.

En esto fiaba la Santa Madre; y de aquí le nacía un señorío y libertad que le parecía resistiría a todo el mundo que fuese contra ella, como no le faltase esta confianza en Dios.

Estando la Santa Madre en Toledo, fué el Señor servido que yo me hallase presente para poder ser testigo de lo que ahora diré. Escribióle una carta el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios (que era entonces el que trataba las cosas de la Orden), en que decía andaban los negocios de su Religión con gran riesgo y peligro de deshacerse todo lo hecho y fundado, así de monasterios de monjas como de frailes, y que ella era publicada por mujer inquieta y mala.

Pues cuando andaban las tempestades de las contradicciones tan altas, que parece se la querían

tragar como a otro Jonás, teniendo la Santa nuevas de que su fama y negocios estaban perdidos (y verdaderamente lo parecía así), y el P. Mariano (que entonces se halló allí), diciendo delante de la Santa Madre cuán desesperadas estaban de remedio las cosas de la nueva reformation, ella estaba con un ánimo y confianza tan grande como si viera con los ojos lo que después sucedió.

Consolaba a todos y decía que no tuviesen pena, y se oponía siempre con nueva confianza a la desesperación que en los demás iba creciendo, diciéndoles que todo aquello lo ordenaba nuestro Señor para mejor, como más largamente referiremos en otra parte.

Cuando caminaba con aguas, nieves, trabajos y tempestades, animaba mucho a los que iban con ella, diciéndoles que aquellos días eran muy ricos para ganar el cielo. Cuando se ofrecía algún paso peligroso que pasar, ella se holgaba y se ofrecía a pasar la primera, como se verá por lo que dijimos tratando del gran peligro a que se puso pasando los pontones de junto a Burgos, cuando fué a hacer aquella fundación.

Viniendo una vez desde Ávila a Medina, le anocheció junto a un río, y con la noche sobrevino una tan terrible obscuridad, que casi no se veían unos a otros, y los que venían con ella no se atrevían a pasar. Todos estaban suspensos y parados sin saber qué consejo tomarían; entonces la Santa Madre dijo:

—No será bien estarnos aquí al sereno; comien-

cen a pasar y encomiéndense a Dios, que yo pasaré primero.

Entrando ella delante les apareció una luz como de hacha, que estaba un poco lejos, y les alumbró hasta que pasaron el río y el peligro.

Yendo otra vez a la fundación de Sevilla, para pasar un río entró la Santa en una barca con toda la gente que iba en compañía, y entre ellos iba el P. Fray Gregorio Nacianceno, Provincial que fué después de la provincia de Sevilla, y llegando al medio del río quebróse la maroma, y la barca (con gran miedo de todos y peligro de los que iban dentro) caminaba río abajo, no sabiendo en lo que había de parar; pero la Santa Madre luego los animó a todos, y dijo no tuviesen pena que pronto se verían libres de aquel peligro; y así fué, que luego la barca, con harta admiración de todos, y muy fuera del curso que llevaba, salió a la ribera, y todos dieron gracias a Dios, y entendieron haber sido por medio de las oraciones de la Santa.

Con esta confianza grande que tenía en Dios emprendía y salía con grandes cosas; porque aunque tuviese todas las contradicciones del mundo, animaba a sí y a los demás que le ayudaban, diciendo no bastaría todo el mundo a deshacer lo que Dios hacía, o para que se dejase de hacer lo que Él quería que se hiciese.

De esta grandeza de ánimo le nacía no temer a los hombres ni aun a los demonios, y así decía que no les tenía más miedo que si fueran moscas. De aquí también le venía el no tener vanagloria

de las obras heroicas y grandes que hacía, porque como las miraba todas con aquella generosidad y grandeza de ánimo y con aquellos deseos tan encendidos y tan grandes de hacer algo por Dios, todo le parecía nada cuanto hacía y sólo veía de sus obras las faltas que (a su parecer) ponía ella de su parte.

Todo lo que era menos que Dios no cabía en su ánimo; despreciaba las honras, hollaba el oro y los deleites y no hacía caso de los dichos vanos de los hombres, y con una igualdad de ánimo mayor que la que los estoicos imaginaron, hacía cara a todos los sucesos y fortuna de esta vida. Y como si estuviera en otra región y hemisferio diferente de esta mortalidad, no le llegaban ni tocaban las adversidades y prosperidades de ella, porque ni el miedo la atemorizaba, ni la afición, por buena que fuese, la inquietaba; ni la alegría ni tristeza, jamás después que llegó a este estado, la sacaban de sus quicios y paso ordinario. Jamás la vieron llorar por caso alguno ni decir palabras de aflicción, o hacer otras demostraciones de dolor propias de las mujeres y no ajenas de hombres afligidos. Y como ella escribe, le había llegado el Señor a tal punto de tranquilidad e igualdad de ánimo, que ni el placer, ni el pesar, ni el gozo, ni la pena, no parecen hallaban cabida en su ánimo.

---



## XXVII

De la paciencia singular que la Santa Madre Teresa de Jesús tuvo en los trabajos, y del gran gusto que tenía en padecer por amor de Dios.

**L**A virtud de la fortaleza (como escriben los Santos) tiene dos partes: La una es el acometer con cuerda osadía y con generosidad de ánimo las dificultades y peligros que se ofrecen, que es lo que habemos tratado en el capítulo pasado. La otra es esperar con paciencia los golpes de los contrarios que necesariamente se han de ofrecer en el camino de la virtud, principalmente en la ejecución de cosas arduas y grandes. Estas dos partes son como dos brazos, en los cuales esta virtud trae sus armas ofensivas y defensivas. Al uno arma con la espada para acometer, al otro con el escudo para esperar y recibir los encuentros de sus enemigos. Esta tiene por nombre paciencia. Este escudo embrazó la bienaventurada

Madre Teresa de Jesús desde sus primeros años, y en él puso una divisa (la más gloriosa que jamás capitán y emperador, por esforzado y animoso que fuese, pensó ni se atrevió a imaginar), que fué: *O morir, o padecer*.

Este era su continuo pensamiento, este su deseo y este el único consuelo que tenía en esta vida y con que acallaba y entretenía los grandes ímpetus y deseos que tenía de morir por ver a Dios. El padecer le hacía agradable vida tan enojosa y peregrinación tan larga y prolija, y segura navegación tan peligrosa. Por él (como otro San Pablo) sufría y deseaba el ser privada, por el tiempo que la vida durase, de la clara vista y abrazos dulces de su esposo Jesucristo, y como no vivía sino por padecer, así sólo esto le daba contento y satisfacción a su alma, y solía decir que para nada era buena esta vida sino para padecer; para nada era corta y breve sino para trabajar; por esto nunca cesaba de pedir a Dios le diese trabajos ni se cansaba de padecerlos, como ella lo refiere de sí por estas palabras: «En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido, hamedado Dios grande ánimo, y quando mayores, mayor, sin cansarme de padecer».

No sólo no le cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo, y lo que otros tienen por pena o castigo lo tenía ella por deleite y premio de sus trabajos, como se echó bien de ver en lo que ahora diré. Estando la Santa Madre en Avila en los años postreros de su

edad, ofreciósele uno de los mayores trabajos que en su vida había pasado, y dijo entonces delante de una gran amiga suya, con gran consuelo y ternura: *Con este trabajo, Señor, me pagáis todos los que me habéis dado en mi vida.* Con estas palabras dijo más de lo que yo sabré aquí declarar.

Porque no sólo dice en ellas el gusto grande que tenía en el padecer, sino que tenía puesta en esto la felicidad de la vida presente, como si Dios no la hubiera criado sino para trabajos, teniendo por corona y premio el padecer; porque estaba ya su alma tan transformada y connaturalizada en estos deseos, que solía decir que el padecer no tenía necesidad de otro fin, sino padecer por padecer; significando la estima que tenía de los trabajos y el deleite que hallaba en ellos, a semejanza del devoto Bernardo (Serm. 3, *in Cantic.*), que hablando del amor divino, solía decir: *Amo, quia amo, amo, ut amen.* El amor (dice) no tiene necesidad de otra salsa: él por sí es bastante para dar gusto; él es mérito, y él es premio de sí mismo; amo porque el amor es dulce, y amo para amar. Con ningunas palabras pudiera este Santo encarecer mejor el deleite grande que sentía en el amor, ni la Santa Madre hallara otras más a propósito para mostrar el que ella tenía en el padecer por Dios. Este deseo era en su alma tan violento y tan fuerte que, como dijimos al principio de este capítulo, le hacía clamar continuamente a Dios con aquellas tan dulces palabras para sus oídos: *Señor, o morir, o padecer,* no queriendo medio entre la

---

muerte y trabajos, y porque pienso dará gusto oír las mismas palabras con que la Santa Madre Teresa lo escribe (*Vida*, cap. 40), me pareció ponerlas aquí: «De manera (dice) que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, o morir, o padecer, no os pido otra cosa para mí».

Aunque no hubiera tenido otros trabajos sino los que padeció en tantas fundaciones como hizo, bastaran para ser muchos, y aun casi innumerables. Por solos dos que padeció en la primera fundación con aquella constancia y ánimo invencible, le puso nuestro Señor una corona, como escribimos en otro lugar, y tengo para mí que con cada fundación ganaba su corona, pues ninguna hubo que no le costase mucho trabajo en el concertarla, ejecutarla y, por ventura mayor, en conservarla, porque como era mujer no conocida, y por otra parte, pobre y enferma, con determinación de no fundar monasterio que no fuese también con pobreza (siendo cosa tan mal recibida hoy en cualquiera parte del mundo monasterios de monjas sin renta), era lance forzoso suplir toda esta desproporción que en ella había para obra tan grande, con el peso de su sudor y su sangre. Dejo de decir las enfermedades que pasaba por los caminos, las descomodidades por ventas y mesones, y las murmuraciones de unos, los alborotos de otros y las grandes contradicciones que a cada paso le-

vantaba el demonio para hacerle dejar lo comenzado. Y no fué esto por un día, ni en un lugar solo, ni ocasiones que se le ofrecieron sola una vez, sino que fueron trabajos casi continuados por veinte años, y que se le ofrecían cada momento, y apenas daba paso que, ya de un género, ya de otro, no estuviese rodeada de ellos, hasta que con la costumbre y uso de padecer vinieron a hacer tantos callos en su alma, que ya no los sentía, porque llegaban las olas del padecer a su alma tan quebrantadas en el escudo de la paciencia, que no las sentía ya ni le hacían peso, ni los que fueran grandes trabajos para otros tenían este nombre para ella..

Mucho tiempo y lugar sería necesario si yo hubiese de contar los trabajos de que fuí testigo y otros que supe por cierta relación, que la Santa Madre Teresa de Jesús padeció; diré algunos, porque todos serían muy largos. Viendo el Señor tan grandes deseos en su sierva de padecer trabajos, para mayor gloria suya y prueba de su virtud le ofreció materia y ocasiones conforme a sus deseos, y le dió a padecer y a beber su cáliz de todas las maneras que parece se puede padecer en esta vida, como son en el cuerpo, en el alma y en la honra. Primeramente en el cuerpo padeció desde su mocedad tan graves y notables enfermedades, que, según el estrago que habían hecho, se esperaba que no quedaría más de provecho en toda su vida, como más largamente escribimos en otro libro. De estas enfermedades la quedaron reli-

quias que duraron por toda la vida, y fueron semilla de unos continuos y perpetuos dolores, porque le quedó un ordinario vómito que tenía cada noche, y aunque padeció algunas otras enfermedades que ha tiempo le sobrevenían, pero las continuas que con tenacidad y perseverancia duraron hasta el fin de la vida, fueron mal de corazón, dolor de ijada, un temblor recio (especie de perlesía) que a veces le daba en la cabeza y en el brazo, y a veces en todo el cuerpo. De suerte que ya con la una de estas enfermedades, ya con la otra, ya con todas juntas, no había tiempo que no padeciese muchos dolores. Cinco años antes que muriese escribió en el libro de las *Moradas* que hacía cuarenta años no se le pasaba ningún día sin dolores, y que considerando las penas que por sus pecados había merecido, todo se le hacía poco.

En todas estas enfermedades mostró desde sus primeros años una paciencia heroica, teniendo delante de los ojos como por dechado los trabajos que los santos habían padecido y la paciencia que en ellos habían mostrado, particularmente aquel gran Job, en quien singularmente resplandeció esta virtud. Y tomándole aquellas palabras que solía decir de su boca, repetía muchas veces en sus enfermedades: *Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos también los males?* Y cuanto más crecían y los dolores eran más terribles y fuertes, entonces eran los actos de paciencia más fervorosos y la conformidad con la

voluntad divina más en su punto, suplicándole que si de esto se servía, le diese paciencia y durasen las enfermedades y trabajos hasta el fin del mundo. Por grandes e intolerables que fuesen los dolores, jamás le oyeron quejarse en sus enfermedades, que nadie se queja de lo que desea y busca, ni muestra sentimiento ni pena de lo que le da gozo y alegría, ésta la tenía muy grande la Santa Madre Teresa de Jesús viéndose padecer por quien tanto amaba, y este era su deleite, esta era su vida, con esto entretenía y sufría peregrinación tan grande y larga.

En los caminos padeció grandes trabajos, porque como algunas veces en ellos le apretaban sus enfermedades y la comodidad era tan poca, por ser su pobreza tan grande con que caminaba, y por otra parte los caminos eran peligrosos y ásperos, y muchas veces con lluvias, nieves, calores, tempestades y otras inclemencias del cielo, era forzoso (lo que nunca lo pudo ser para ella) el padecer grandes trabajos en ellos. Acaecióle algunas veces ser todo el día de agua o de nieve, y caminar muchas leguas sin hallar poblado, ni llevar defensa para el agua, ni abrigo para la nieve, y para descanso de este trabajo, llegar a una posada donde ni había lumbre con que calentarse, ni traza para enjugar la ropa, y a veces ni que comer, y por remate, haberse de ir a dormir a una cama dura y sin abrigo de la cual se pudieran contar las estrellas si entonces las hubiera en el cielo, y amanecer a la mañana mojada ella y la

ropa, y calados los vestidos del agua que sobre ella caía. Pues como una noche semejante a éstas llegase a una posada, y del trabajo y frío del camino y desabrigo de la posada y humedad de la ropa, le hubiese penetrado el frío, dióle juntamente dolor de ijada y perlesía, y estando apretada con grandes temblores y otros accidentes, la Madre Ana de San Bartolomé, que era su compañera, salió a calentarle un paño para medicina y alivio de su dolor.

Estaba entonces en la posada una persona más honrada, según su estado, de lo que mostró después con sus palabras; porque comenzó a decir cosas tan pesadas a la Madre, que no parece sino que el demonio tomaba por instrumento aquella maldita lengua para probar si podría irritar la paciencia de la Santa Madre Teresa.

Ella lo llevó con mucha alegría, pareciéndole que no merecía oír otras cosas de sí sino aquellas que eran bien malas y desacatadas; mas era tanto el contento que con estas y otras cosas semejantes sentía, que el mismo contento parecía la sanaba.

Como la Santa Madre Teresa de Jesús estuviese muy enferma en Burgos, diéronla en el hospital un aposento muy desabrigado y frío, y juntamente muy sucio y de mal olor; estaba lleno de sabandijas y de otros inconvenientes y reliquias que suelen dejar los pobres en los hospitales. Sentían su incomodidad las compañeras que llevaba, y compadecíanse de lo que la Santa Madre

Teresa de Jesús allí padecía; pero ella estaba muy contenta y decía era mucho mejor de lo que ella merecía, y estándole haciendo una camilla pobre, decía:

—¡Oh Señor mío, qué cama tan regalada es ésta, estando vos en una cruz!

Con esta enfermedad que aquí tuvo, cada vez que comía le salía sangre de una llaga que se le había hecho en la garganta, y pasaba mucho dolor y fatiga cuando había de comer, y hacía grande compasión a sus compañeras; pero la Santa Madre Teresa, acordándose de lo que el Señor había padecido, todo le parecía poco, y decía:

—No me hayan lástima, que más padeció mi Señor por mí cuando bebió la hiel y vinagre.

Había pedido a Dios que nunca le faltasen dolores que atormentasen y afligiesen su cuerpo, y cumplióle el Señor estos deseos, porque ni le faltaron éstos mientras vivió, ni jamás las que la trataron la vieron con salud. Y si algún tiempo se le aliviaban sus trabajos y enfermedades, era cuando se le ofrecía alguna fundación.

Por entonces suspendía Dios nuestro Señor el padecer para más padecer, y si acaso se veía apretada de algún dolor, disimulaba todo lo que podía para que las hermanas no lo echasen de ver y le quisiesen impedir tan buenas ocasiones y tan agradables para ella, cuanto llenas de dificultades y de trabajos.

No sólo quiso probar el Señor a su sierva en estos trabajos y dolores causados de sus enferme-

dades, sino que para mayor premio y corona de su paciencia dió licencia al demonio para que la atormentase en su cuerpo y emplease su malicia y fuerzas para vencer a la Santa Madre Teresa, estando él a la mira de todo, como en otro tiempo hizo con el santo Job. Y como de ordinario, por medio de la oración e intercesión de la Santa Madre, sacaba Dios a alguna alma del pecado, y por consiguiente de la servidumbre del demonio, luego se vengaba de la Santa Madre y la atormentaba cruelmente.

Entre otras, una le apretó con tan terribles dolores y tanto desasosiego interior y exterior, que la hacía estar dando grandes golpes con todo el cuerpo y brazos y cabeza, que parecía se quería deshacer y despedazar; pero ella entre tanto estaba pidiendo a nuestro Señor paciencia y ofreciéndose como solía a padecer y sufrir, si fuera voluntad suya, aquel trabajo y fatiga hasta el día del Juicio o hasta cuando fuese su santísima voluntad.

Después de haber padecido por espacio de cinco horas echó de ver el malhechor y causador de su daño, porque vió cabe sí un negrillo muy feo mostrando gran regaño, porque donde pretendió ganar había salido con pérdida.

La bienaventurada Madre Teresa, con gran serenidad de ánimo, echando una poca de agua bendita hacia donde estaba, le lanzó muy presto de allí.

No por esto desistía de hacerle guerra y atormentarla el demonio cuanto podía, porque la abo-

rrecía de muerte como a la mayor enemiga y contraria que tenía en la tierra. Entre otras cosas que con él le pasaron diré una harto maravillosa, donde si bien mostró el odio grande que tenía a la Santa, ella no fué nada perezosa en hacer alarde y quebrarle los ojos con su paciencia. Sucedió, pues, que habiendo acabado la Santa Madre la fundación de Sevilla vino a Avila, donde estuvo dos años. Como en este tiempo la Orden y nueva Reformation padeciese grandes persecuciones y trabajos, como ya es sabido, la Madre desde allí animaba y consolaba con sus cartas y nuevas del cielo que en ellas enviaba, así a los religiosos como a las religiosas. Todos, después de Dios, vivían con su fe, esperaban con su esperanza y sufrían todos sus trabajos con la gran confianza que la Santa les daba del buen suceso. De esto pesaba mucho al demonio y procuró cuanto fué de su parte el estorbarlo de esta misma manera.

Iba una noche la Santa Madre a Completas con una luz en la mano, y después de haber subido una escalera que estaba antes de la entrada del coro, quedó de repente como desatinada de la cabeza, y volviendo unos pasos atrás cayó de lo alto de ella. Fué el golpe tan recio, que todas las religiosas entendieron que se había muerto, y acudiendo con gran presteza y turbación, levantándola del suelo, halláronla quebrado el brazo izquierdo; fué excesivo el dolor que por entonces padeció la Santa, y mucho mayor el que después tuvo en la cura, porque se pasó mucho tiempo sin que

se hallase quien la acertase a curar, por estar enferma una mujer que acaso entendía algo de esto. Después vino tan tarde, que estaba ya el brazo añudado y manco, y con todo eso se determinó de concertar y volver el hueso a su lugar. La Santa Madre bien sentía la gran dificultad y peligro que había de pasar en la cura; pero como tenía tan buen deseo de padecer, no perdonaba ninguna ocasión.

Púsose en las manos de la mujer, mandando que todas las religiosas se fuesen al coro para encomendarla a Dios, parte para ser socorrida con sus oraciones, para que el Señor le diese paciencia, parte por padecer más a solas y no dar pena a las que la habían de ver curar. Y así se quedó sola con la mujer y con otra labradora su compañera. Las dos, que eran mujeres de buenas fuerzas, cogieronla en medio, y tiraron tan fuertemente del brazo, una de una parte y otra de otra, hasta hacerle dar un estallido a la choquezuela del hombro, quedándose el brazo poco menos añudado que estaba antes y atormentada la Santa con intolerables dolores.

Mientras padecía éstos, que eran grandísimos, estaba considerando el que nuestro Señor había sufrido cuando le estiraron los brazos en aquel santo madero, y así no despegó la boca más que si no tocaran a ella.

Cuando volvieron las monjas halláronla como si no hubiera pasado cosa alguna, antes muy contenta de haberse ofrecido aquella ocasión; y de-

cía que no quisiera haber dejado de padecer aquel rato por todas las cosas de la tierra. Por mucho tiempo estuvo tan lastimada, que casi no podía menear el brazo, y, en fin, quedó tan manca, que en toda su vida pudo ayudarse de él para vestirse, ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza.

La caída fué tal, tan sin ocasión y tan grande, que todas las de la casa tuvieron por cierto que la había causado el demonio. Confesólo claramente después la Santa Madre al P. M. Fr. Diego de Yangués, confesor suyo, que como le diese cuenta de lo que había pasado, él le dijo: «Debía, Madre, el demonio de quererla matar»; respondió la Santa: «Eso pretendía si le dieran licencia». Casi lo mismo respondía a una religiosa, que como la dijese que el demonio debía haber hecho aquello, la Madre le dijo: «Más mal quisiera aún él hacer si le dejaran».

Otra vez el demonio, con furor y rabia infernal, tomó una hacha de cera y le dió con ella tan grandes golpes que la dejó medio muerta y desfigurada en el rostro; y tuvo con él otras muchas refriegas, que en ellas le apretaba y afligía con trabajos exteriores de visiones, amenazas, golpes y otros tormentos, y así la oyeron decir algunas veces que el demonio la afligía mucho con trabajos exteriores, pero ella triunfaba de él con humildad y paciencia; y porque concluyamos con los trabajos que la Santa padeció en su cuerpo, diré ahora los que se la ofrecieron en otras ocasiones, porque como en todas gustase de padecer, cuando se la ofrecía alguna donde no cogía algún fruto de la

virtud de la paciencia, le parecía no hacía nada; porque no padeciendo, se persuadía vivía de balde en este mundo.

Y así sucedió que viniendo de una fundación, donde se habían hecho las cosas muy a su gusto, sin contradicción alguna, venía de esto entre sí muy quejosa y no poco sentida de que no se hubiesen ofrecido contradicciones ni trabajos extraordinarios, como solían suceder en otras; y a la vuelta dió una gran caída de que se maltrató hartos su cuerpo, y levantándose dijo con gran contento:

—Bendito sea Dios, que ya que todo se ha hecho bien, siquiera he caído y me duele harto.

Estando en la fundación de Burgos, al pasar de un arroyo, estaba una mujer en el medio del paso, que debía de ser algo estrecho; rogóle la Santa Madre hiciese un poco de lugar para pasar; la mujer, sin otra ocasión más que la que el demonio puso en su ánimo, viéndola en aquella figura y traje de pobre, le respondió con gran desden: «Pase la santularia», y al pasar le dió un empujón tan recio y fuerte que la arrojó en el lodo y cieno del arroyo.

Sintieron mucho esto sus compañeras; y mostrando grande enojo con la mujer, la Santa las aplacó diciendo:

—Callen mis hijas, que muy bien lo ha hecho esta mujer.

Y después contaba esto con tanta alegría y contento, que se echaba bien de ver el buen ánimo con que lo había pasado.

De este modo pasaba todas estas cosas, haciendo de las enfermedades corporales recreación; de los tormentos y aflicciones, descanso; del demonio, burla, y de los demás trabajos que se le sobrevenían, así de dolores como de otros accidentes, risa y entretenimiento, que parecía, según el exterior que mostraba y lo poco que se quejaba, que era de otro metal o compuesta su carne de otros diferentes elementos y calidades impasibles, o por mejor decir, que era un ángel del cielo, según la superioridad que mostraba sobre todos los trabajos, como quiera que la carne lo sentía más que otra alguna por ser de mujer de complexión delicada y con las enfermedades flaca y debilitada.





## XXVIII

Donde se prosiguen los trabajos que padeció  
la Santa Madre Teresa de Jesús.

**H**ASTA aquí habemos contado parte de los trabajos que la bienaventurada Madre padeció en el cuerpo; ahora será bien que digamos de los que padeció en la honra, que es parte más viva, donde más se sienten los golpes y donde mejor se prueban los quilates de la humildad y paciencia (que a muchos hemos visto que sufrirán, si necesario es, mil muertes, como quede siempre salva la honra, que es el ídolo que más perdidamente aman los hombres, y pocos hay que hayan atropellado y rendido este tirano, que no haya sido por no tener grandes prendas de santidad y virtud); y luego diremos de los interiores, que fueron incomparablemente mayores que todos los demás.

Pues comenzando de la honra, padeció en ella la Santa Madre Teresa de Jesús grandes ignomi-

nias y afrentas, si padecer se puede llamar en la honra quien ya no la tenía ni se acordaba de ella más que si no fuera; en fin, se le ofrecieron ocasiones para probar su paciencia y la estima que hacía de esta amarga honra tras de que el mundo anda y bebe los vientos.

En el tiempo que la Orden padecía grandes persecuciones le cupo a la Santa, como a cabeza y autora de este bien, la mayor parte de ellas. Y no sólo eran persecuciones de personas ordinarias, sino de las muy graves y de más crédito, como eran religiosos, Prelados y otros de mucha autoridad, a quienes, o se les había de dar fe a lo que decían, o hacérseles grande agravio en no creerles.

Fueron tantos los testimonios que a la Madre y a todos los frailes y monjas levantaron, tantas las cosas que les imputaron, que no perdonaron a fealdad y torpeza que de cualquiera mujercilla se pudiera decir, pues pusieron mácula y falta en su honestidad, diciendo de ella lo último que se pudiera decir de una mujercilla.

Andaban los memoriales de unas manos en otras, y donde ellos no llegaban suplían las lenguas, procurando hacer una común voz de esta mentira. Faltó poco para que la creyese el Nuncio que entonces era, e indignado gravemente con la Santa Madre, con resolución le mandó recogerse en su Monasterio de Descalzas de Avila, y que no saliese más de él, diciendo que era una monja andariega e inquieta.

Otro trabajo no menor que el pasado se le ofre-

ció estando también en Toledo, donde como hubiese llegado de la fundación de Sevilla, levantó luego el demonio algunos que con emulación y envidia, mirando cómo resplandecía en los ojos de Dios y de los hombres la nueva Reformation de Descalzos, pensando desdorar su lustre y nombre con afeár el de su Madre y fundadora, comenzaron a sembrar por el lugar que era mujer liviana y que por los caminos traía galanes y damas en su compañía.

Nació este error y engaño por haber venido en compañía de la Santa Madre, desde Sevilla a Toledo, su hermano Lorenzo de Cepeda (que llegó de Indias estando la Madre en Sevilla), con la autoridad que a su persona convenía, y traía consigo una hija suya de ocho años llamada Teresa de Jesús.

Esto bastó para sembrar fama que traía en su compañía galanes y damas; sufrió la Santa este golpe con la misma igualdad de ánimo que los demás, hasta que después los autores de este daño, confusos y arrepentidos de lo que habían publicado, fueron con mucha humildad a pedir perdón a la que en nada se hallaba injuriada, y alguno de ellos quedó después tan lastimado, que solía decir que en toda su vida no se le quitaría este dolor del corazón.

De esto y de otras cosas semejantes hacía poco caso la Santa Madre, como la que ya tenía hecho el cuerpo a las armas, el escudo a los golpes y el gusto a los trabajos.

De éstos no le faltaron por el decurso de su vida y otros innumerables, que como Dios es tan buen artífice de labrar y asentar cruces, y éstas son el mayor regalo que en esta vida a sus amigos hace, creciendo el regalo de cruz cuanto crece la amistad y gracia, siendo la Madre tan perfecta enamorada suya y estando tan dispuesta a padecer, ofrecíale su esposo ocasiones de coronas a medida de su deseo, y así fué ganando infinitas desde el principio de su conversión.

Porque dejando ahora otros trabajos interiores, comenzó a padecer en la honra luego que el Señor le comenzó a hacer mercedes particulares, porque casi al mismo tiempo la reputaron por endemoniada queriéndola conjurar como a tal, y ella a temerlo como verdaderamente humilde. Y procediendo más adelante, cuanto más iban creciendo las mercedes, iba también siendo mayor la murmuración que contra la Santa se levantaba; unos llamándola endemoniada; otros hipócrita y fingida; otros ilusa y engañada; otros mentirosa y engañadora; unos la atemorizaban que había de parar en la Inquisición; a otros les parecía que ya era tarde para ser acusada, y así andaba su honra en tales balanzas y su reputación perdida, no sólo en los rincones secretos y plazas de la ciudad, sino también públicamente en los púlpitos, haciendo ya materia de doctrina y de escarmiento los que se reputaban por errores y engaños de la Santa; y lo que es más de ponderar, todo esto en presencia suya y de su hermana.

Ella llevaba y sufría todos estos golpes como si fuera cosa que no le tocase al pelo de la ropa. Lo mismo hacía en todos los demás sucesos, como se vió en otro caso semejante al pasado. Porque como la Santa Madre Teresa de Jesús hubiese fundado el monasterio de Monjas descalzas de Medina del Campo, sobre cierto artículo de aquella fundación juntaron los regidores de la villa los religiosos más graves de toda ella; hallóse entre ellos el P. Maestro Fr. Pedro Fernández, Provincial dominico, hombre muy grave y de mucha santidad y letras.

En esta consulta hubo un religioso de cierta Orden, hombre de autoridad y reputación, pero poco considerado, que dijo allí públicamente mucho mal de la bienaventurada Madre, comparándola a Magdalena de la Cruz (una mujer burladora que hubo en aquellos tiempos, famosa en toda España por sus engaños y trato que tenía con el demonio) y otras cosas, con el celo de que ya habrá dado a Dios cuenta.

El M. Fr. Pedro Fernández, que conoció la virtud y santidad de la Madre, respondió lo que él sabía y sentía de ella, diciendo se iría de la junta si se trataba más de aquella materia.

No faltó quien le contase a la Santa Madre (que entonces estaba en Alba tratando de fundar aquel monasterio en casa de una hermana suya llamada doña Juana de Ahumada) lo que había pasado. Acaeció estar presente en aquella ocasión el Padre M. Fr. Domingo Bañes, confesor suyo. Ella,

como lo oyó, dijo luego con mucha humildad y serenidad y con tantas veras, que espantara a quien la oyera:

—¡Ay pecadora de mí, que no me conocen, que si me conociera ese Padre, otros mayores males pudiera decir de mí!

Sucedió que luego que la acabaron de contar esta murmuración, pasando la Santa Madre Teresa de un aposento a otro se diese un grandísimo golpe en la frente en el quicio de una puerta, de suerte que sonó el ruido bien lejos. Levantóse su hermana harto turbada a socorrerla, y cuando llegó la halló que riendo decía:

—¡Ay, hermanal esto me dice a mí qué es trabajo, que sé donde me duele; que ese otro que ahora contaban, no sé donde me da, que a mí no me duele.

Llegó también el P. M. Bañes entonces y edificóse mucho de la grande serenidad y risa con que pasaba el sentimiento de su golpe, que había sido muy grande, y mucho más de lo que había dicho que aquello era lo que le dolía, pero que las cosas que de ella decían no hallaba parte donde le doliesen o hiciesen alguna mella y sentimiento.

Tal era el caso que hacía de los dichos de los hombres; tal la lástima que tenía de la honra vana, que según esta cuenta sintiera más cualquiera picadura de mosca que cuanto de ella podían decir, porque la luz grande que tenía del cielo, así como le hacía no estimarse en más y no tener gloria vana por los dichos de los hombres, así tampoco

daba lugar a que las murmuraciones fuesen bastantes para causar en ella pena o tristeza alguna.

Llegando un día la Santa Madre Teresa a un lugar de la Mancha que se llama la Puebla, fuese a pasear junto a la iglesia (que allí era el ordinario puerto de su navegación) para oír Misa y comulgar, como lo tenía de devoción y costumbre. Viéndola los que estaban en la iglesia, comenzaron a decir que parecía que aquella mujer traía malos pasos y que sería bien prenderla, y cuando llegó a recibir el Santísimo Sacramento, quedaron escandalizados.

Lléganse a ella y dicéñla que cómo había comulgado, que quién era o de dónde venía, y que primero que de allí saliese se haría probanza de los pasos en que andaba. La Santa se alegró de oír esto, aunque no les respondió palabra. Crecía en la iglesia el ruido sobre el caso, y estaba la gente tan alborotada con la novedad, a su parecer tan extraña, que con ser el día mismo de la advocación de la iglesia (que era de la Encarnación) y haber grandes fiestas, todo estaba suspenso hasta ver el fin en que paraba aquella mala mujer que había comulgado. Y a no venir un poco después el P. Fr. Antonio de Jesús, que era conocido en aquella tierra, pasara muy adelante el alboroto y averiguación del caso.

Habiendo el Padre dado muchas satisfacciones, aún no bastaba para quietar los ánimos, porque todavía porfiaban que habían de enviar un hombre con aquellas mujeres para ver adónde iban.

A todas estas cosas nunca la Madre respondió palabra, aunque se dijeron de ella cosas muy pesadas, todas en consecuencia de la materia de sospecha e indiscreto celo que el demonio había puesto en sus corazones. No se le daba nada, ni lo sentía más que si hablaran con otra; y decía que no tenía allí nada que ofrecer a Dios, y diciéndola la Madre Isabel de Jesús (que era compañera suya) que no podía sufrir que tales cosas se dijesen de ella, respondió la Santa con un semblante apacible:

—Hija, no hay para mis oídos música más suave que cuando me dicen estas cosas; porque hablando la verdad, ellos tienen razón, y pues no me dan de palos, ¿qué mucho es digan eso de mí?— Tan bien le sabían las injurias a la Santa Madre.

Partiendo la Santa de Pastrana a Toledo, dióle la princesa de Eboli un coche en que fuese; cuando llegó a Toledo vióla un clérigo que estaba loco; fuese al convento, llamóla y díjole:

—¿Vos sois la Santa que engaáis el mundo y andáis en coches?—Y sobre esto fué disparatando todo lo que se le vino a la boca, como lo pudo hacer un loco.

La Santa Madre, no sabiendo que lo era, le oyó con grande humildad, sin disculparse ni hablar palabra; después, tratando con un siervo de Dios, le dijo:

—No hay quien me diga mis faltas sino éste.

Y aunque luego le dijeron lo poco que el hombre tenía de juicio, quedó desde entonces tan mal con los coches, que aunque señoras principales se

los ofrecían no quería ir en ellos si no era a más no poder, escogiendo para sus caminos carros de los ordinarios y comunes; y porque a la que estaba tan determinada a morir en demanda del padecer no le faltasen mayores coronas, ofrecióle nuestro Señor otro trabajo que para ella fué grandísimo, pero bien recibido como los demás.

Era la Santa Madre agradecidísima, y lo estaba mucho a su General, Fr. Bautista Rubeo de Rávena, lo uno, por el mucho amor que le había demostrado; lo otro, por los grandes favores y ayudas que le había dado para sus fundaciones. Siendo compelida la Santa Madre por el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios (que entonces era Visitador Apostólico y Superior de los Descalzos y Calzados) a ir a fundar a Sevilla, y el General no le hubiese dado licencia para que se extendiese a fundar en Andalucía, fueron luego las nuevas a Roma a su General, y también llegaron las murmuraciones y memoriales contra Santa Teresa, notándola de cosas semejantes a la condición de quien las escribía.

El General llevó pesadamente este hecho, y enojóse mucho contra la Santa Madre; escribióle una carta desde Roma, en la cual (mostrando la desgracia que con ella tenía) la envió a decir saliese de Andalucía y tomase por cárcel uno de los conventos de Descalzas que hubiese fundado fuera de aquella región.

Estaba la Madre en Sevilla cuando le dieron esta carta, y al mismo punto que la recibió se par-

tió y se vino a encarcelar al convento que había fundado en Toledo, sin quererse detener en el camino a fundar el monasterio de Caravaca, que estaba ya concertado y tenía ella escogidas monjas para este propósito.

Aquí estuvo más de un año, más contenta, por lo que a ella tocaba, en la cárcel, que en los caminos. Fué tan grande el gozo cuando supo las cosas que habían dicho al General contra ella, que no cabía en sí. Estos eran los júbilos y excesos de alegría que la Santa recibía en estas ocasiones, en lugar de los que otros suelen tener de pena y de aflicción.

Uno de los mayores trabajos que padeció la Santa Madre en el decurso de su vida fué en la fundación de Sevilla, porque allí le levantaron falsos testimonios de cosas gravísimas; y llegó a tanto, que la Santa y sus monjas fueron acusadas ante el Santo Oficio, imputándoles mil mentiras y desatinos; porque la autoridad de las personas que la acusaban, y el crédito de virtud que tenían era tan grande, que se tomó información de parte de la Santa Inquisición. Y con estar tan inocentes y libres, así la Santa como sus compañeras, llegó el negocio a tanto, que cada día esperaban que habían de venir por ellas y llevarlas presas a la Inquisición.

Fueron aquí tan grandes los trabajos que la Santa Madre pasó, que después de los que tuvo en la fundación del primer monasterio de San José, de Avila, habían sido éstos los mayores y

donde más parece nuestro Señor la había dejado en sí misma para que padeciese y reconociese mejor que la paciencia y fortaleza que tenía era de Dios y no suya.

Con ser este negocio tan grave, de tanta infamia y donde tanto daño podía venir a las fundaciones de sus monasterios y a toda la Orden, que entonces estaba en mantillas y criándose (como dicen) a sus pechos, estaba la Santa con un ánimo tan fuerte y con una alegría de padecer sin culpa por amor de Jesucristo su Esposo, como si nada de esto hubiera de por medio.

Porque la confianza que tenía en Dios de su inocencia, la certidumbre y experiencia tan grande de su divina providencia, con que había probado el cuidado que el Señor tenía de sí y de ordenar todas sus cosas a más altos fines de lo que ella podía pensar, y el gusto grande de padecer, le hacían perder el temor donde los fuertes, con razón, le suelen tener, como se verá de las palabras sacadas de una carta que ella escribió a la Madre María Bautista, Priora de Valladolid, sobrina suya y compañera de las primeras de la Orden, donde tratando de lo que aquí padeció, después de haber contado algunos trabajos, dice de esta manera:

«Bendito sea el Señor que de todo se saca bien: y yo de ver tanto junto, he estado con un contento extraño.

»De mí le digo que me hizo Dios una merced, que estaba como en un deleite; con representár-

seme el gran daño que a todas estas cosas podía venir, no bastaba, que excedía el contento. Gran cosa es la seguridad de la conciencia y estar libre. Buena estoy, aunque no lo he estado mucho: este jarabe me da la vida. ¡Oh, qué año he pasado aquí!»

Y por lo mucho que padeció solía decir la Santa que en ninguna parte la habían conocido mejor que en Sevilla, y que si fuera en su mano, y la obediencia no le compeliere, gustara de no salir de allí. La Santa Madre escribe una relación que dió a sus confesores de la merced que nuestro Señor le había hecho en la virtud de la paciencia y desprecio de la honra:

«En cosas que dicen de mí (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) también me siento mejorada; no me parece me hace casi impresión mas que a un bobo, y paréceme algunas veces tienen razón y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer a Dios, como tengo experiencia, que gana mi alma mucho, antes me parece me hacen bien; antes como veo algunas veces otras personas me dan lástima, es ansí, que entre mí me río, porque parecen todos los agravios tan de poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.»

Y más abajo dice:

«Con las personas que decían mal de mí, no sólo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo; no sé cómo era esto: bien dado de la mano del Señor.»



## XXIX

De los grandes trabajos interiores que padeció  
la Santa Madre Teresa de Jesús

**T**RABAJOS son en los justos las enfermedades y dolores que padecen en el cuerpo; trabajos son también en el alma los que padecen con las afrentas y oprobios; porque aunque en la condición y estilo de vida los santos no sean hombres, sino ángeles, al fin están vestidos de nuestra naturaleza, que como es sensible, siente, y una vez que otra no puede dejar de dar muestra (por lo menos en el sentimiento) que es de hombre y estragado por el pecado; pero trabajos son éstos que, en la opinión de los santos y en la verdad, no merecen este nombre respecto de los interiores que Dios da a sus escogidos y amigos. Fueron éstos en la Santa Madre grandísimos y, sin comparación, mayores que cuantos padeció en su vida.

Tuvo al principio de su conversión casi veinte años de sequedades, sin que en todo este tiempo

viese (como dicen), sino muy raras veces a Dios la cara, sin recibir apenas una consolación de su mano. Mostrábasele Dios duro y cruel en el trato, pero en la substancia muy Padre, porque la iba ensayando desde sus principios a la paciencia y haciéndola a las armas de los trabajos; padecíalos en este tiempo tan grandes, que confiesa ella misma que no había tormento, por grande que fuese, a que no se ofreciese de mejor gana que a entrar en oración; tales eran las sequedades que allí sentía, las reprensiones que el Señor le daba y los golpes con que labraba esta piedra, que después había de ser fundamental y columna de la Iglesia.

A otros entra Dios en su casa por la puerta de los gustos; a la Santa Madre, por la del padecer y de cruz, dándole prendas y pronósticos desde sus principios de que la escogía para grandes cosas de su servicio y para grandes trabajos en su vida, en la cual los medios y los fines fueron correspondientes a los principios, porque, aunque pasado ese tiempo de los veinte años de sequedades, nuestro Señor comenzó a llover misericordia sobre su alma y a visitarla con tantos y tan particulares regalos, que no parece faltaba ya casi nada para acabar de correr las cortinas y velos de la Fe y mostrarle su esencia y su gloria, como a otro San Pablo; porque todo lo que fué menos que esto, arrobamientos, visiones, hablas, revelaciones, profecías y otras prerrogativas y dones singulares, todo se lo comunicó el Señor, pero con tal contrapeso, que el agrio de los trabajos

era igual, si ya a la Santa no le parecía mayor que lo dulce y sabroso de los regalos; porque tanta perplejidad y duda como tuvo tantos años si era Dios o demonio con quien trataba; tanto temor de no ser engañada en pena de sus grandes culpas (según ella sentía); tantas pruebas y exámenes sobre este caso, y el verse la Santa en el juicio y boca de tantos, fué uno de los mayores tormentos que ella padeció en su vida; los desamparos que a tiempos padecía de Dios tan grandes, que la dejaban tan atónita y aniquilada, que (como ella dice) no sabía en qué ley vivía, ni entendía lo que leía ni lo que hacía. Lo menos que en estos tiempos padecía era carecer sin remedio de consuelo del cielo y de la tierra, estando cerradas todas las puertas del alma por donde le pudiese entrar algún rayo de luz, si no fuese alguno que le ayudase más a su pena, y aunque en estas ocasiones no estaba el alma para mostrar alegría, no le faltaban fuerzas, con el ayuda de Dios, sacadas de tan gran flaqueza, para resignarse en sus manos y suplicarle que si era voluntad suya que ella estuviese así siempre, que la tuviese de su mano para que ella no le ofendiese y se cumpliese en todo su voluntad divina. En este tiempo tuvo una visión la Santa Madre, en la cual se vió sola en un campo, en medio de mucha gente, toda armada contra ella, y que unos la herían con lanzas, otros con dagas, otros con unos estoques muy largos, sin haber quien volviese a ella la cabeza, si no era para maltratarla, representándole el Señor las grandes per-

secuciones que por razón de estas cosas interiores había de padecer, como ella experimentó después.

En esta pelea y persecución, que fué muy grande, aprendió a padecer y confiar en solo Dios, y así dice en su Vida: «Fálteme todo, Señor mío, mas si vos no me desamparáis, no faltaré yo a vos. Levántense contra mí todos los letrados; persiganme todas las cosas criadas; atórméntenme los demonios; no me faltéis vos, Señor, que ya yo tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en vos confía».

Entre otros trabajos interiores podremos contar uno de los mayores que la Santa Madre padecía (y por ventura será el menos creído de quien no tuviere alguna experiencia del fuego que Dios enciende en las almas de los que le aman). Este era unos ímpetus tan grandes y unos deseos tan vivos y encendidos de ver a Dios, que la arrancaban el corazón y el alma y la vida tras de ella, si a veces no proveyera el Señor de templar el furor de este fuego y la viveza de estos deseos, con remitir algún tanto la causa y ocasión de donde nacían, dándola algún arrobamiento (que esta era la cura de esta llaga), como ella escribe en su Vida y en una relación que dió a su confesor, por estas palabras:

«Otras veces me dan unos ímpetus grandes, con un deshacimiento por Dios, que no me puedo valer; paréceme que se me va a acabar la vida, y ansí me hace dar voces, y llamar a Dios, y esto con gran furor me da. Algunas veces no puedo

estar sentada según me dan las vascas; y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca querría salir de ellas mientras viviese; y son las ansias que tengo por no vivir y parecer que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver a Dios es la muerte, y ésta no puedo tomarla. Y con esto parece a mi alma que todos están consoladísimos sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos sino ella. Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algún arrobamiento, donde todo se aplaca y el alma queda con gran quietud, satisfecha algunas veces con ver algo de lo que desea, otras con entender otras cosas, sin nada de esto, era imposible salir de aquella pena.»

Y aunque no era siempre en grado tan crecido, de ordinario andaba con unas ansias de Dios tan grandes y una sed tan insaciable, que como cierva herida corría siempre fatigada, buscando aquella vena de agua viva que Dios le había descubierto en el centro de su alma.

Padeció también por largo espacio de tiempo otros muchos trabajos interiores, porque muchas veces, ausentándose el Señor y escondiendo la faz de su presencia, dejada en manos de sus enemigos, la combatían con fieros golpes, unos de falsa humildad, otros de desesperación, procurando hacerla creer que estaba reprobada de Dios, y todos a una voz procuraban sembrar en su alma obscuridad y tinieblas como príncipes de ellas; pero para qué cansarnos en referir los trabajos de esta

Santa? ¿Las persecuciones que tuvo, nacidas de la envidia de los demonios o de la malicia de los hombres? ¿Las batallas espirituales que venció y las coronas de paciencia que en ellas gloriosamente mereció?

Parece hacerle agravio contar particulares trabajos, habiendo sido toda su vida (que duró por espacio de sesenta y ocho años) o a lo menos desde que se convirtió de veras a nuestro Señor, una muy larga tela urdida toda y tramada con continuas y largas aflicciones; porque al principio, tan graves enfermedades; tras de éstas, casi veinte años de sequedades, que bastara a consumir un diamante, y este fué el primer tercio de su vida. Después, en el segundo, que fué cuando el Señor se le comenzó a descubrir y a tratar más familiarmente con ella, tantas perplejidades y dudas que la daban tanta pena, que sin duda las sequedades pasadas eran gloria en comparación del tormento en que a veces se hallaba enredada.

Hasta aquí podemos decir que fué la segunda jornada de la vida, que es cuando el Señor iba labrando y cimentando en ella virtudes de humildad y paciencia, y otras heroicas y divinas, para que diese principio a tan grande obra; pues aquí fueron los mayores trabajos que ella tuvo, porque aquellas perplejidades y dudas de si era Dios o demonio, y otras mil maneras de tormentos que entonces padeció, no fueron menores para ella que otras tantas muertes.

¿Pues qué decir de la última parte y tercio de

su vida, que fué cuando salió a fundar la nueva Reforma<sup>n</sup> y Orden de los Descalzos; los trabajos y persecuciones en todo género, tiempo y lugar que pasó en las fundaciones de sus monasterios?

Así que toda su vida fué un sucesivo trabajo; porque a todos éstos acompañaron otros de continuas enfermedades, que aunque no fueron tan graves como a los principios, pero suficientes para que no se le pasase ningún día de toda su vida sin padecer grandes y extremados dolores, y en todos mostró increíble paciencia, y lo que más es, continua alegría; ninguno hubo, por poderoso que fuese, que la rindiese a pedir siquiera a nuestro Señor la aflojase la mano, antes con los trabajos y dolores crecía la determinación y fuerzas para padecer, que no parece sino que en la carne tenía fuerzas de espíritu, y en el espíritu fortaleza de Dios; porque aunque todo el mundo se juntase a contrastarla, no era más que querer combatir una roca con agujas o alfileres.

Ponía admiración y espanto la determinación grande que en esta parte tenía, y como una vez le preguntase una religiosa cómo podía llevar tan grandes trabajos, respondió la Santa que parecía que tenía una tablilla delante del corazón en que descargaban los golpes sin tocarla en él; y era ello así, porque esta tablilla que ella disimuladamente calló, era el escudo de la paciencia, donde descargaban los golpes sin tocar en el alma.

Paréceme a mí que lo que a ella le hacía no sen-

tir era lo mucho que a Dios amaba y el deseo que tenía de padecer algo por él, el grande aborrecimiento que a su cuerpo y a su honra y a todo lo que era ella tenía. De este odio cruel le nació un deseo de verse vengada de tales enemigos, y así decía que se holgaba con las enfermedades, porque le ayudaban a vengarse de su cuerpo.

Tenía grande envidia a los santos que habían padecido grandes trabajos por Dios. Sucedióle una vez que estando en Toledo una noche, habiendo rezado los Maitines de San Pedro y San Pablo, le dió un ímpetu tan grande y llanto tan extraordinario, que parecía tenía ansias de muerte y que el corazón se le salía del cuerpo; decía unas palabras muy sentidas y llenas de envidia de la dicha y ventura de aquellos grandes Apóstoles en morir tales muertes por Dios.

Un año antes que muriese, estando la Santa con una religiosa tratando de algunas cosas de su Orden y de su espíritu, entre otras le dijo que con ser tan grandes los deseos que tenía de verse con Dios, deseaba por otra parte vivir por padecer por él más, y declaró aquel lugar de la esposa, *fulcite me floribus stipate me malis, quia amore langueo*, muy para su propósito, diciendo estas palabras: «¿Para qué, Esposa, pedís confortativos para vivir, pues qué mejor muerte podéis desear que de amor? ¿Amáis y veis os morir de amor, y deseáis vivir? Sí, porque deseo sustentar la vida para servirle y padecer más por él». Y así estando la Santa Madre abrasada en esta llama, como ella

refirió, dijo al Señor: «¿Cómo se puede pasar, Señor, la vida sin vos? ¿Y cómo se puede vivir muriendo?» Y respondiéndola el Señor: «Hija, pensando que acabada esta vida no me podrás más servir ni padecer por mí». Y con estas flores y manzanas esforzó Dios su corazón en sus trabajos, que fueron muy grandes, y le hizo que le fuese agradable la vida enferma de amor y violentada con la larga esperanza de gozarle.

Conforme a los bienes que la Santa Madre experimentaba en los trabajos, era el deseo de persuadir a todo el mundo los frutos y tesoros que en ellos estaban escondidos; están sus libros sembrados de esta doctrina, y no hay plana donde no trate y persuada cruz y trabajos, no sólo a sufrirlos, sino a desearlos y pedirlos a nuestro Señor en la oración, y aunque a sus hijas animaba mucho a todas las virtudes, en especial las procuraba aficionar a ésta del padecer por Dios, poniéndoles delante era grande afrenta ir por otro camino que por el que había ido su Esposo, y que la monja que no sintiese en sí estos deseos no se tuviese por Descalza. Cuando alguno trataba con la Madre, si veía que era amigo de padecer, se holgaba mucho, pareciéndola había dado en la vena de la santidad, pues había encontrado con la del padecer.

---



### XXX

De la gran prudencia y sinceridad de la Santa Madre  
Teresa de Jesús.

**C**OMO la prudencia y discreción sea en la vida espiritual lo que los ojos en el cuerpo y lo que el carretero en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano guiándole por donde ha de caminar, viene a ser como la guía y como el capitán de las demás virtudes morales. Por esto con tan justa razón aquel gran Padre Antonio, en una junta que tuvo con otros santos Padres del yermo, vino a darle a esta virtud la primera silla como a maestra y guía de las demás. Pues el Señor, que adornó a su sierva de tantas virtudes, la proveyó también de ésta, porque no quedase a obscuras y sin ojos todo el cuerpo de las demás.

Cuánta haya sido la prudencia de esta Santa lo demuestran bien sus obras, porque primeramente el haberse sabido valer con tanta discreción y prudencia en el trato con Dios, en el exceso de las

divinas visiones y revelaciones, sin peligro de vanidad y soberbia, cosa que acaece a muy pocos, que como nuestra miseria es tan grande, viéndose en alto, particularmente mujeres (como gente de flaca cabeza), se desvanecen y pierden la vista de los ojos y dan consigo en el profundo. Siempre los tuvo la Santa Madre fijos en su vileza, y con la virtud de la prudencia y humildad, no apartándolos de quien ella era, salió a seguro puerto en navegación tan peligrosa.

Prudencia más que humana fué menester para que una mujer flaca, pobre, enferma, desnuda de todo arrimo y favor temporal, emprendiese una nueva reformation, no sólo de mujeres, sino de hombres, y que por su mano hiciese tantos monasterios, y lo que más es, pobres y sin rentas, venciendo tantas dificultades, templando tantas condiciones, ganando tantas voluntades, despreciando varonilmente tantos juicios y pareceres del mundo y el decir y murmurar de las gentes, no haciendo más caso que si fueran ladridos y al fin haber acertado con los medios que para tan altas y tan grandes cosas fueron necesarios.

Gobernaba la Santa Madre su Orden con una prudencia del cielo. Tenía a sus hijas mucho amor, y así era querida de todas (que es el origen y fundamento del buen gobierno) y hacía de ellas lo que quería; tenía gran cuenta de proveerlas de todo lo necesario, procurando cuanto fuese posible, según el estado de su profesión y pobreza, no faltase nada; particularmente a las enfermas pro-

curaba el regalo, y decía: «Que antes había de faltar lo necesario para los sanos, que el regalo para los enfermos». Pero si alguna vez, para prueba de sus siervas o para experiencia de la santa pobreza, faltaba a sanas o enfermas alguna cosa, deseaba se llevase con mucha paciencia, persuadiéndolas que eran pobres y ermitañas, poniéndolas delante las enfermedades y pobreza que aquellos santos Padres del yermo pasaron por Dios.

Trataba siempre a una religiosa con semblante severo y riguroso, y diciéndole otra monja que cómo trataba de aquella manera a aquella hermana que era tan buena y que amaba tanto a la misma Madre, respondió la Santa que aunque ella tenía el mismo concepto de aquella religiosa, pero que su natural había menester ser llevado por aquel camino para que aprovechase. Otras veces decía a cada una en particular con mucho amor sus faltas; con las humildes y obedientes era muy piadosa, muy rigurosa y terrible con las que eran algo libres, porque echaba de ver que la libertad entre las monjas era madrastra de la castidad y de la religión.

Ponía gran diligencia en que las Prioras fuesen personas, no sólo espirituales (porque de las que solamente eran santas no se pagaba para este oficio), sino también muy prudentes y de mucho ejemplo. Muchas veces les encargaba que lo principal para que les daban el oficio, era para que hiciesen guardar la Regla y Constituciones, y no

para que cada una libremente quitase o añadiese de su cabeza.

Sería nunca acabar si hubiésemos de contar por menudo los avisos de discreción y prudencia que la Santa enseñó de palabra y dejó escritos en sus libros y en otros papeles. Sólo diré de casos particulares uno, donde descubrió la Madre el gran talento que Dios le había dado de discreción y prudencia, y fué cuando vino por Priora a la Encarnación de Ávila, adonde fué elegida por el Visitador Fr. Pedro Fernández contra la voluntad de todas las monjas, y recibida cuando llegó a hacer su oficio, no sólo con semblantes torcidos, sino con palabras y obras muy injuriosas.

Vióse la admirable prudencia que la Santa Madre tuvo en la primera plática que les hizo, donde con su discreción y palabras les comenzó a ganar los corazones, y poco a poco, con singular destreza, se vino a enseñorear de tal manera de las voluntades de todas, que las que antes estaban como unas enemigas para poner las manos en ella, ya no se cansaban de dar gracias a Dios por haberles dado tal Madre y Prelada.

Había en este monasterio cerca de cien monjas, y todas profesaban la regla mitigada; y como suele acaecer, había conversaciones y otras cosas que en semejantes monasterios pasan; a todas las puso en tanta perfección como si fueran Descalzas, y redujo aquella casa a tanta reformación, que dura hasta el día de hoy. Acabó su oficio con tanta pena de todas cuanta antes habían recibido de su

entrada, y quedaron tan pagadas de su prudencia, y tan cautivadas con su doctrina, y tan deseosas de experimentar otra vez su gobierno, que la volvieron a elegir segunda vez contra la voluntad de su Provincial, e hicieron grandes diligencias con el Consejo Real y con otros potentados de España para que la Santa Madre volviese a ser su Prelada.

En el tratar con los prójimos con mucho aprovechamiento de todos los que trataba, tuvo gran destreza; porque sabía tomar prudentemente el pulso a la condición y espíritu de cada uno, y conocida su necesidad, sufrirle y sabiamente enderezarle por aquellos medios por donde podía ser mejor encaminado a lo que más le convenía. Y porque la docilidad es una de las principales partes de la prudencia, que consiste en tomar el parecer ajeno y rendir su juicio al de los otros, aunque la Santa Madre le tenía tan bueno para todas las cosas, y en todos sus negocios se ayudaba, y humilde oración, que es medio para alcanzar luz y verdad, pero siempre comunicaba sus negocios con personas y letrados, y sujetaba con humildad su alma y parecer a lo que ellos ordenasen.

En esta sujeción y rendimiento fué excelentísima, y en premio de ella fué dotada del Señor de gran luz y de singular prudencia. Mas aunque de ordinario rendía su juicio y parecer, y en esto era humildísima, pero cuando el Señor le hacía merced de darle a entender alguna verdad de más

perfección, y más si ella tenía de su parte alguna persona de satisfacción y experiencia que le ayudase, aunque todo el mundo se juntase no bastara para hacerla volver el pie atrás, como se vió al principio de la fundación de sus monasterios, cuando tuvo tanta contradicción para que no los fundase sin renta; jamás cuantos letrados hubo y la trataron de ese punto fueron poderosos para persuadirla era más conveniente el tener renta; porque ella decía que siempre que miraba a nuestro Señor tan pobre y desnudo, no se podía persuadir a tener riquezas.

Era tan amiga de verdad y llaneza, que a trueque de que no se dijese una mentira liviana, aunque fuese en orden a muy buenos fines, dejaría perder todos sus negocios por graves que fuesen, como se experimentó en la fundación de Burgos, donde padeciendo tan graves dificultades y trabajos para alcanzar la licencia del Arzobispo para fundar un monasterio, y ofreciéndole las personas que la ayudaban en aquella fundación una traza fácil y muy eficaz para conseguir su intento, por entender que en ella había alguna manera de mentira, aunque ella no lo había de decir, y sus confesores la persuadían que no había de qué tener escrúpulo y que aquel era buen medio para dar fin a sus negocios, la Santa respondió:

—Con ninguna cosa más obligaremos a Dios para que se haga esta fundación más presto que con no querer decir una mentira por su amor, con que podíamos alcanzar lo que deseábamos.

Con esto quedaron los confesores harto confusos y edificados.

No sólo aborrecía la mentira, sino también era muy ajena de palabras de muchos sentidos, que vulgarmente llaman equívocas; porque todo lo que desdecía de la verdad, simplicidad y pureza, desdecía también de su espíritu, y así, ofreciéndosele una vez en Toledo escribir una carta sobre ciertos negocios graves en que para conseguir el buen suceso de ellos bastaba escribir una carta con un poco de rodeo y disimulación, a la Madre le pareció que pues aquel negocio era tanto de la gloria de Dios, y por otra parte ella no faltaba en la verdad, que sería bien hacerlo así. Con esto escribió su carta y enviola al mensajero que la había de llevar.

Fué tanta la pena y confusión que le vino de haber hecho esto (pareciéndole que faltaba en aquella sinceridad y llaneza por cuyo medio nuestro Señor le había hecho antes tantas mercedes y que no fiaba de Dios lo que ella pensaba alcanzar con su artificio), que a las dos de la noche envió por su carta, y rompiéndola, escribió otra de nuevo contando el caso sin rodeos, con la misma puntualidad y verdad que había pasado, sin encubrir nada ni añadir cosa, y así fué el Señor servido que se hiciese todo como ella deseaba.





## XXXI

Santa Teresa, Doctora.—Sus obras.

**E**NTRE los dones del Espíritu Santo de que estuvo adornada Santa Teresa de Jesús, resplandeció con extraordinario fulgor el de sabiduría, no nacida de sus estudios ni adquirida por artes humanas, sino infundida por Dios en sus comunicaciones con la Santa por medio de la oración.

La misma Santa se espantaba de que sin otros conocimientos que los que podía tener una mujer que sólo tenía de las cosas exteriores el conocimiento que podían haberle suministrado la lectura de algunas vidas de santos en su infancia, y las de novelas y libros de caballería a que se entregó en su adolescencia, hubiera podido penetrarse en tan corto espacio de tiempo de las cosas sobrenaturales y divinas, siendo así que para entenderlas y explicarlas necesitaban los grandes teólogos

muchos años de asiduos estudios y de profundas meditaciones.

Esta misma admiración embargaba los ánimos de los confesores de nuestra bienaventurada, y fué causa de que algunos de ellos, sobre todo en los primeros tiempos de sus estáticas oraciones, la tuvieran por ilusa y aun poseída de un mal espíritu, por no alcanzárseles los fines que Dios en esto tenía.

Esto ocasionó a Santa Teresa no pocas tribulaciones, pues siendo como se ha visto humilde hasta el anonadamiento, y llevando su espíritu de obediencia, como también queda dicho, al extremo de hacer todo lo que sus confesores le mandaban, aunque fuera contrario a lo que ella había entendido en la oración, su ánimo hallábase inquieto y desasosegado, y fué menester para que se tranquilizase que Dios le enviara un director espiritual tan docto y experimentado como el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, que disipó todas sus dudas, aquietó todos sus temores y dispuso su espíritu a recibir con confianza las inspiraciones del cielo, dejándose llevar con santo abandono por el suavísimo oleaje del amor divino, al mar inmenso del conocimiento de las cosas sobrenaturales.

De este conocimiento de los misterios insondables de la Divinidad surgió, como la fuente de aguas vivas de purísimo manantial, la facilidad para explicar lo que en sus comunicaciones con Dios aprendía, declarando con sencilla claridad lo

que de suyo es, por su alteza e incomprendibilidad, tan secreto y oculto.

Esto fácilmente se echa de ver en todos los libros que compuso Santa Teresa de Jesús, que con tratar todos ellos de cosas sublimes y, por tanto, de muy difícil expresión, son de lectura comprensible hasta para los entendimientos más rudos, pues no hay en ellos rebuscamientos de lenguaje, ni conceptos anfibológicos, ni ampulosidad de estilo, sino sencillez en la frase, claridad en las ideas y aun sinceridad que pudiera llamarse ingenua, como nacida más de los afectos del corazón que de la reflexión de la mente.

Así vemos, por ejemplo, en el libro que escribió de su vida, que sus palabras son fiel trasunto de sus sentimientos, y que cuando se declara ruin y mala lo hace sin amaneramientos de falsa humildad, sino de un modo sencillo y natural, como si escribiera desapasionadamente de otra persona y no de ella misma.

Y lo mismo sucede cuando trata de los favores de que el Señor la colmó y de las visiones que tuvo; todo ello escrito en estilo llano, sin caer en el rebajamiento, como quien refiere lo que ha visto y lo relata con la fidelidad de quien cumple un deber.

Y un deber cumplía efectivamente Santa Teresa al escribir el libro de su Vida y al componer sus demás obras: el deber de la santa obediencia, pues todo lo que escribió le fué mandado por sus confesores, que al oírla hablar con tanta claridad y

precisión de las cosas más sublimes entendían que no sólo había comunicado Dios a su sierva aquellas cosas para su regalo espiritual, sino para que sirvieran de enseñanza y aprovechamiento a muchos.

De otra suerte, no lo hubiera escrito, porque la Santa no se guiaba en cosa ninguna por la sola revelación si juntamente no se lo hubieran mandado los confesores. Así lo dice claramente en el prólogo del libro de su Vida, con estas palabras:

«Yo hago esta relación—afirma—que mis confesores me mandan; y aun el Señor sé yo que lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido.»

El libro de las *Fundaciones* lo escribió por mandato expreso de Dios, según la Santa lo refiere en las *Adiciones* de su vida. El de las *Moradas* lo escribió dándola el Señor la materia, la traza y el título del libro. Y como Dios le mandó que escribiese estos libros, parece que quiso mostrar ser el autor de ellos, pues el modo con que la Santa los escribió muestra no ser ella más que un instrumento suyo, y que no ponía de su cosecha más que la mano y la pluma.

Muchas veces, mientras escribía dichos libros, se quedaba en arrobamiento, y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra pero no por su mano. En ella tenía la pluma y en su rostro brillaba un resplandor tan vivo, que no parece sino que la luz del alma se transparentaba en su cuerpo.

Tenía el alma absorta en Dios, tanto que, aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba ni lo sentía. Escribía estando llena de las



ocupaciones y cuidados que le proporcionaban las muchas casas que gobernaba y sin dejar por eso de acudir al coro ni de cumplir con todas las obligaciones que le imponía la regla conventual

como si fuera la última de las religiosas, a las que aliviaba de los oficios más bajos, como el de la cocina y otros, según queda anotado.

Escribía con gran velocidad, lo que no era maravilla, pues su pluma era movida por el Divino Espíritu, y parecía, según la feliz expresión del P. Rivadeneira, que tenía un molde en su entendimiento de donde salían las palabras tan medidas y amoldadas con lo que había de decir, que con escribir tantos pliegos jamás se le pasó cosa de las que debía poner.

Y es que el Espíritu Santo le dictaba con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos a todas diera que hacer y las cansara sin que se le agotase la materia.

Por todo esto merece Santa Teresa de Jesús el nombre que le da la Iglesia en la oración del oficio de esta Santa, en las lecciones de Maitines y en la Bula de su canonización, llamándola *Celestial* y dándole el título de Doctora y Maestra, que los auditores de la Rota le dieron al afirmar que Dios la preparó para su Iglesia y que escribió clara y ordenadamente lo que los santos habían escrito, sin tanta distinción y de paso, en cosas místicas.

El primer libro que escribió fué, como queda dicho, el de su Vida, obligada por su confesor.

Después compuso el *Tratado de la perfección*, también por orden de su confesor, que asimismo le mandó que escribiera la historia de las *Fundaciones* de sus conventos. A éste siguió el *Castillo*

del alma y el *Tratado de los pensamientos del amor de Dios sobre el Cantar de los Cantares*, libro que uno de sus confesores le mandó componer y otro le indicó que lo quemara, como así lo hizo la Santa con la prontitud de su incomparable obediencia, y del que se pudo salvar un trozo de la primera parte, copiado por una religiosa, que, enamorada de la hermosura de dicha obra, pidió a nuestra bienaventurada que le permitiera trasladarlo a otro papel a fin de conservarlo para su recreo y enseñanza. Santa Teresa accedió bondadosamente a esta petición cuando aún no le había ordenado su confesor destruir el libro, y Dios permitió sin duda que no volviera a acordarse de aquel trozo trasladado, para que, ya que no en todo, en parte pudiera ser admirada tan excelente obra.

Escribió también la Santa el libro titulado *Caminos de la perfección*; otro con el título *Instrucciones sobre la oración mental*; las *Meditaciones para después de la Comunión*, y la colección de sus *Cartas*.

Todas estas obras son a un mismo tiempo el mejor panegírico de su excelente entendimiento, el más vivo retrato de sus heroicas virtudes y un tesoro inestimable de ciencia espiritual con que el Espíritu Santo quiso enriquecer a la Iglesia.





## XXXII

### Dichoso tránsito.

**L**AS grandes penalidades, trabajos sin cuento y múltiples enfermedades que pasó y sufrió Santa Teresa de Jesús, unidas a las rigurosas penitencias con que maceró su cuerpo, quebrantaron a éste en términos que a milagro pudo tenerse que pudiera soportar tantos trabajos por espacio de sesenta y siete años, seis meses y siete días, y de ellos cuarenta y siete de vida religiosa, sin que su organismo corporal se destruyese en la mitad de tan áspera carrera.

Verdad es que Dios la había escogido para llevar a feliz término una grande y meritoria obra, y sabido es que el Señor da las fuerzas a la medida de los trabajos, y que como los de Santa Teresa fueron, por decirlo así, titánicos, de titán tuvieron que ser las fuerzas de su espíritu para conllevarlos y resistirlos.

Cumplida su tarea, Dios determinó concederle

el apetecido y bien ganado descanso, y hallándose en el convento de Carmelitas descalzas de Alba de Tormes (adonde había llegado trabajosamente y cargada de dolores el día de San Mateo, 21 de Septiembre de 1582), cayó postrada en el lecho el día de San Miguel, con la certidumbre de que aquella era su última enfermedad, pues habiendo pasado todo un día y una noche en extática oración, el Señor le reveló el día fijo de su muerte, que el año en que había de morir ya lo sabía por habérselo revelado también Dios ocho antes, y así lo llevaba apuntado en su breviario. Así se lo manifestó al P. Mariano y a varias hijas suyas, en el convento de Segovia, a las que dijo al despedirse de ellas que ya no la verían más en esta vida.

Otras señales anunciaron también su próxima muerte. Varias religiosas de aquel monasterio habían visto algunas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia; otra vió, entre las ocho y las nueve de la mañana, pasar junto a la ventana de su celda, en la que después murió la Santa Madre, un rayo cristalino muy hermoso; otra vió también dos luces resplandecientes en la ventana de la susodicha celda, y en aquel mismo verano, antes que Santa Teresa llegase a Alba, estando las religiosas en oración, oyeron un gemido muy pequeño y agradable cerca de ellas, y todo esto era para las monjas otros tantos avisos y señales de que se acercaba algún suceso extraordinario para la Orden.

Cuando llegó la Santa a Alba, viéndola tan en-

ferma conocieron las religiosas la razón de todas aquellas señales, y como Santa Teresa, por la revelación de que queda hecho mérito, sabía mejor que nadie a qué atenerse, el día 1.º de Octubre hizo que llamasen al P. Antonio de Jesús para confesarse.

Preguntóle este Padre si en caso de morir quería que su cuerpo fuese trasladado al convento de San José de Avila, por ser la casa matriz de la Orden como la primera fundada por nuestra bienaventurada, y ésta le contestó:

—¡Pues qué! ¿Tengo yo acaso en este mundo casa alguna propia? ¿Y no me darán aquí un poco de tierra para enterrarme?

La víspera de la fiesta de San Francisco de Asís pidió el Santo Viático, y juntando las manos, dijo:

—Hijas mías y mis señoras: pídelas por amor de Dios que observen exactamente las reglas y las constituciones, que no pongan los ojos en los ejemplos de esta indigna pecadora que está para morir y que sólo piensen en perdonarla.

Después, cuando entró en su celda el Señor Sacramentado, con las fuerzas que para ello le dió su divino Esposo se incorporó por sí sola en la cama, animado el rostro con gran resplandor, y volviendo sus ojos centelleantes a Jesucristo, exclamó:

—Venid, Señor; venid, amado Esposo; ya en fin llegó la hora y voy a salir de este destierro: Tiempo es ya y muy justo que os vea, después

que este ardiente deseo por tan largo tiempo me ha despedazado el corazón.

Así que recibió a la Divina Majestad púsosele el rostro tan encendido, que no se la podía mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante a la edad que tenía y como si fuera mucho más moza. Abrasado en amor su espíritu, lleno de alegría el rostro, comenzó aquel blanquísimo cisne a cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo había hecho, regalándose tiernamente con su Esposo.

El día que murió, a las siete de la mañana, se echó de un lado, a la manera que pintan a la Magdalena, con un crucifijo en la mano, aquel que tuvo siempre hasta que se lo quitaron para enterrarla, y con el rostro muy encendido y con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta en Dios y enajenada toda con la novedad que se la comenzaba a descubrir, y alegre con la posesión que casi comenzaba ya a gozar de lo que tanto había deseado. Estuvo de esta manera, sin mover pie ni mano, por espacio de catorce horas, o sea hasta las nueve de la noche del mismo día.

Mientras esto pasaba, la venerable Ana de San Bartolomé, perpetua compañera de la Santa y muy parecida a ella en su espíritu, vió a los pies de la cama en que nuestra bienaventurada yacía a Cristo nuestro Señor con gran resplandor, acompañado de infinitos ángeles, aguardando al alma de la Santa Madre para llevarla a su gloria. También vió a su cabecera a los diez mil mártires, porque

ellos se lo habían ofrecido, muchos años hacía, en un arrobamiento que tuvo después de haberles



celebrado su fiesta; y al volver de él, como le preguntase la condesa de Ossorno, señora muy devota y grande amiga suya, qué había sentido en

aquel éxtasis, le dijo que se le habían aparecido los diez mil mártires y le habían prometido acompañarla a la hora de su muerte y llevarla a gozar de Dios.

Y esto lo confirmó la enfermera que asistía a la Santa, que se llamaba Catalina de la Concepción y que murió un año después que nuestra bienaventurada. Era dicha enfermera una religiosa de mucha caridad y espíritu, y declaró que estando sentada en una ventana baja que salía al claustro, en la misma celda de Santa Teresa, y a punto ésta de morir, oyó un gran ruido como de gente que venía muy regocijada, y vió que pasaban por el claustro muchas personas resplandecientes vestidas de blanco, y todas entraron en la misma celda donde estaba la Santa Madre enferma con grandes demostraciones de contento, y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento no se veía a ninguna.

Cuando Santa Teresa de Jesús volvió de aquel estado de arrobamiento en que quedó sumida desde las siete de la mañana, pidió que le administraran la Extremaunción, y después de haberla recibido y de repetir muchas veces estas palabras: *Yo soy hija de la Iglesia*, abiertos los ojos y fijos en el Crucifijo que tenía en las manos, salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y los diez mil mártires, en compañía de los ángeles, hicieron su oficio de llevarla honrada y acompañada al descanso eterno de la gloria que con

tantos trabajos tenía merecido viviendo aquí en el cielo.

A la hora en que Santa Teresa expiró vió una religiosa salir de su boca una como paloma blanca; otra religiosa vió a este mismo tiempo una estrella de gran resplandor sobre la torre y campanario de la iglesia, y algunos más vieron otras cosas maravillosas, con las que dió a entender el Señor por mil resquicios muestras de la gloria y felicidad de que la Santa gozaba.

La misma noche que murió Santa Teresa, un árbol seco que estaba enfrente de su aposento refloreció de repente, regocijándose cielo y tierra con la gloria de tan gran sierva de Dios.

Puede decirse sin temor a incurrir en error que Santa Teresa de Jesús murió más de amor de Dios que de enfermedad, y que fué tan grande el último arrobamiento que la tomó el día de su dichoso tránsito, después de recibir al Señor, que no pudo resistir su cuerpo la fuerza del amor con que el alma se iba hacia su Creador.

Así lo reveló después de muerta Santa Teresa a varias personas, diciéndolas que en su muerte había tenido un ímpetu de amor de nuestro Señor que hizo salirse el alma fuera de su cuerpo.

Fué el día de su dichoso tránsito entre las nueve y diez de la noche del jueves 4 de Octubre del año 1582, día del glorioso bienaventurado San Francisco de Asís, de quien era muy devota la Santa.

Fué aquel el año en que se hizo en el calenda-

rio la corrección gregoriana y se quitaron los diez días que andaban de sobra y adelantados, y así el día siguiente del tránsito al cielo de nuestra bienaventurada resultó ser el 15 de Octubre, razón por la que se celebra en dicho día la dichosa entrada en la gloria de la Santa virgen abulense.

Murió, como queda dicho, a los sesenta y siete años, seis meses y siete días de su nacimiento, habiendo vivido en la Orden carmelitana cuarenta y siete años, de ellos veintisiete en el monasterio de la Encarnación y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primera reforma con que restituyó a la mencionada Orden a su primitivo estado, y que Dios fué servido de que viese antes de morir muy acrecentada y con Prelados propios, y vió cumplida la promesa que el Señor la hiciera antes.





### XXXIII

Retrato de Santa Teresa.—Maravillas que obró  
después de su muerte.

**P**ARA Santa Teresa de Jesús de buena estatura, hermosa en su mocedad, y anciana, de muy buen parecer, llena de carnes y muy blanca.

Su rostro era redondo y lleno; el color, sonrosado y muy encendido cuando estaba en oración. Poníase entonces hermosísima, y el resto del tiempo su semblante era muy apacible.

Tenía el cabello negro y crespo, la frente ancha, los ojos negros, vivos y muy graciosos, sin dejar de tener gravedad. Las cejas estaban bastante pobladas; su nariz era pequeña, de punta redonda y ligeramente encorvada.

La boca era de buen tamaño y en proporción al resto del rostro, en el que tenía tres lunares que le daban mucha gracia. Todos ellos se hallaban al lado izquierdo de la cara: uno más abajo de la

mitad de la nariz, otro entre ésta y la boca y el tercero en la barbilla.

El conjunto de su semblante era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban les agradaba generalmente. De sus ojos y de su frente parecía algunas veces como que salían resplandores de luz que infundían respeto a los que la contemplaban.

Así que expiró quedó su rostro hermoso en gran manera, blanco como el alabastro y sin arruga alguna de las muchas que tenía por ser ya vieja. Manos y pies quedaron con la misma blancura, y tan relucientes, que podía cualquiera mirarse en ellos como en un espejo, siendo muy de notar su flexibilidad, que más parecían de persona dormida que de un cadáver.

Todos sus miembros quedaron hermoseados con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en ellos había conservado, y fué tan grande la fragancia del olor que despedía su santo cuerpo mientras la amortajaban, que trascendía por todo el convento, y tan extraordinario, que las religiosas no podían discernir a qué clase de olor de los de la tierra podía compararse.

Y es que no era de la tierra, sino del cielo, y tales oleadas de aquel perfume inundaban el monasterio, que fué necesario abrir todas sus ventanas para poderlo resistir.

Quedó aquel olor no sólo en la enfermería, cama, ropas de ésta y vestiduras de la Santa, sino en todas las demás cosas que estando enferma

tocó con sus manos, como, por ejemplo, en los platos y aun en el agua en que los lavaban.

Hallábase a la sazón en el monasterio una Hermana que carecía del sentido del olfato, lo que la traía muy desconsolada porque no podía participar de aquella suavidad de olor que las demás decían que sentían, y con este pesar se acercó al cuerpo de la Santa a besar sus pies, y en el punto en que los abrazó comenzó a sentir la suavidad de su olor, y desde entonces recobró el sentido que había perdido, quedándole además en las manos la misma fragancia, que no llegó a perder aunque se las lavaba muchas veces.

Otra religiosa que hacía mucho tiempo que tenía un gran dolor en un ojo, al llegarse a los pies del santo cuerpo al punto sanó, y con grandes voces publicó la merced que el Señor acababa de hacerla.

Sor Isabel de la Cruz, religiosa también en el monasterio de Alba, padecía de grandes dolores de cabeza desde hacía cuatro años, y tenía además los ojos tan malos, que si no se los apretaba con la mano no podía andar ni ver la luz.

En esta situación tan lastimosa se hallaba al tiempo de expirar la Santa, a la que cogió las manos, metiendo los dedos de ella en sus ojos, y poniéndolos luego sobre su cabeza, y en aquel mismo momento se sintió curada, sin que de allí en adelante volviera a tener la cabeza dolorida, y quedando con una claridad de vista verdaderamente extraordinaria.

Muchas fueron las personas que en el acto de venerar su santo cuerpo se vieron libres de sus enfermedades y achaques, y como los así curados dieron testimonio de su gratitud a la bienaventurada reformadora de la Orden del Carmelo, fué necesario adoptar grandes precauciones para impedir los desmanes y aun los peligros que podían seguirse de una desordenada aglomeración de gente.





## XXXIV

Apariciones y revelaciones de Santa Teresa después de su muerte.—Más milagros.

**D**ESPUÉS del tránsito al cielo de Santa Teresa de Jesús, se apareció a muchos religiosos y religiosas de diferentes monasterios y a otras personas seglares, con gran resplandor y hermosura, dando con ello testimonio de la bienaventuranza de que goza en las mansiones celestiales.

Cierta religiosa, que a la sazón era Prelada, vió a la Santa con gran resplandor de gloria, despidiendo rayos de luz muy grandes que llegaban hasta Dios, y particularmente con una cinta que la ceñía y trababa con el Señor. La religiosa quedóse absorta, y conociendo Santa Teresa la causa, le dijo que aquella cinta significaba el gran premio que Dios le había dado por su pureza y por el deseo del aprovechamiento de las almas.

Otra religiosa la vió con grandísima gloria, muy

adornada de perlas y de otras piedras preciosas muy ricas, y le explicó la virtud que representaba cada uno de aquellos adornos.

Muchas veces había prometido en vida a sus religiosas que las ayudaría mucho más en sus necesidades después de muerta, y procuraría más por el crédito y prosperidad de su Orden, porque en vida solamente estaba en un monasterio, pero después de muerta acudiría al remedio de muchos, ya reprendiendo a sus súbditas, ya aconsejando a las Preladas o atajando principios de relajación de los que había visto y se habían de ver en sus monasterios. Y esta promesa, como todas las demás que hizo, la cumplió fielmente, y de ello dieron testimonio muchas religiosas de su Orden.

Había en el convento de Villanueva de la Jara una religiosa que comía carne por ciertos achaques que en realidad tenía, aunque no en grado que justificase aquella dispensa de la Regla, y hallándose cierta noche cenando parte de un ave oyó que una voz la llamaba por su nombre, diciéndole:

—¿Conócesme?

La religiosa abrió entonces los ojos y vió a la Santa Madre que con gran severidad le dijo:

—¿Qué modo de relajación es éste? ¿Cómo lo que yo con tanto trabajo fundé lo relajas tú ahora?

Quedó aterrada la religiosa ante la severa reprimenda, y tales fueron la pena y el sentimiento que tuvo, que en el acto arrojó al fuego el manjar delicado que tenía en el plato y no volvió a tomar

carne sino en enfermedades realmente graves, y eso obligada por ley de santa obediencia. Y avínole bien proceder de aquella manera, porque la Santa la mejoró de salud, aliviándola de sus achaques.

En muchas ocasiones se apareció a las Preladas de sus monasterios, unas veces para insistir en la observancia de la santa pobreza, otras para reanimar la fe y la caridad allí donde comenzaban a resfriarse. Donde asomaba la tendencia a la discordia, predicaba la unión de todas las religiosas; donde hallaba trabadas amistades particulares, las deshacía, y siempre, como verdadera Madre, acudía desde el cielo al remedio de las necesidades y al aumento de sus monasterios.

A cierta religiosa de mucho espíritu le dijo con gran eficacia que avisase al Provincial, que en ninguna manera se hiciera caso de visiones ni de revelaciones, porque aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas, y es cosa trabajosísima y peligrosa sacar verdades ciertas de entre las mentiras, y cuanto más caso se hace de ellas, tanto más se va desviando la fe, que es la virtud cierta y segura, y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma de quien las tiene. Lo cual es negar el orden que Dios tiene puesto para la justificación de un alma, que se obtiene por medio de las virtudes y cumplimiento de la Ley y Mandamientos.

Le dijo también que como las mujeres son muy crédulas y de poco entendimiento, fácilmente se

engañan, y acudiendo a los que no son letrados ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su punto, se pueden seguir muchos inconvenientes, y añadió que el premio que ella tenía en el cielo no se le había dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.

Grandes son las maravillas que ha obrado nuestro Señor para honrar a su sierva Santa Teresa de Jesús; milagros perpetuos han sido la incorruptibilidad de su virginal cuerpo, el olor suavísimo que despide y el olor que de sí mana. Olor tan grande, que cuando el Papa Sixto V mandó que fueran repuestos en Alba de Tormes los restos de la Santa, secretamente llevados a Avila, los labradores que trabajaban en los campos, sin saber de lo que se trataba, dejaban sus labores y se iban detrás de aquella maravillosa fragancia que de sí despedía el santo cuerpo.

Pero mayor milagro que todos éstos es haberla escogido Dios para fundar una Orden tan santa y de tanta perfección y ejemplo en su Iglesia, no solamente restituyéndola a la regla primera de San Alberto, que guardaban los Carmelitas de Oriente, sino haciendo que ella fuese el principal medio para que el antiguo Instituto de la vida eremítica de aquellos Padres de la Orden que vivían en Egipto y Palestina, que se perdió y acabó en la Iglesia hacia el año seiscientos treinta por la crueldad de los príncipes sarracenos, se haya vuelto a poner en práctica entre los religiosos que Santa Teresa reformó. Y esto con tanta pun-

tualidad de silencio y recogimiento, de oración y de penitencia como antiguamente floreció entre aquellos monjes.

Todo esto es un cúmulo de milagros y de pruebas grandes de la santidad extraordinaria de la insigne Reformadora, que exceden en magnitud a los muchos prodigios que podríamos añadir y que omitimos por no consentir mayor extensión las proporciones del presente libro.





### XXXV

Su entierro.—Incorruptibilidad de su cuerpo.—Traslación a Ávila.—Devolución de sus restos a Alba de Tormes.—Su canonización.

**D**ESPUÉS de satisfecha la devoción de los que quisieron contemplar los sagrados restos de Santa Teresa de Jesús, fué ésta enterrada entre las dos rejas del coro del monasterio de Alba de Tormes, para que las religiosas que dentro de él residían, como los fieles que iban a orar a su iglesia, pudieran consolarse con que a pocos pasos de ellos yacía el cuerpo de la bienaventurada.

Lugar fué aquel desde entonces al que acudieron multitud de devotos de la Santa Madre, unos por pura veneración, otros dando testimonio de su santidad al invocarla en sus necesidades espirituales y temporales.

El número de éstos fué creciendo de día en día, pues las oraciones que a la Santa se dirigían pi-

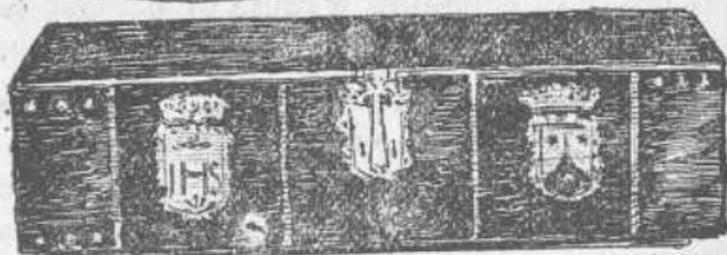
diendo su amparo y protección eran favorablemente despachadas, y como muchas de ellas no podían ser atendidas sino por vía milagrosa, la multiplicación de estos favores sobrenaturales, al ser divulgados por los favorecidos, llevaba al sepulcro de nuestra bienaventurada un contingente de peticionarios cada vez más considerable.

Nueve meses después de haber subido al cielo el alma de Santa Teresa de Jesús, hubo necesidad de remover su sepultura a causa de haberse ésta deteriorado por el peso de las losas que la habían puesto encima. Quitadas éstas y removida la tierra, se halló la caja que encerraba el cuerpo de la Santa hecha pedazos, y los sagrados restos al descubierto y con el hábito podrido por la humedad que de la tierra manaba.

El santo, cuerpo, sin embargo permanecía intacto, fresco, sonrosado y flexible, como si estuviera vivo, y exhalando el mismo perfume delicado y suavísimo de que habían quedado impregnadas la celda donde pasó la Santa su última enfermedad y los objetos que durante ella tocó.

De este milagro dieron testimonio el Provincial de la Orden y las demás personas que presenciaron la inhumación, y como quiera que tan extraordinario caso excitase más el deseo de las religiosas del monasterio de San José de Avila y de todo el pueblo abulense de poseer el santo cuerpo, que los de Alba no se dejaban arrebatarse, el citado Provincial adoptó un término medio, que consistió en hacer cortar la mano derecha de Santa Teresa

para enviarla al convento de Avila. Hecho esto se puso al sagrado cuerpo un hábito nuevo, y encerrado en otra caja y restaurada la sepultura, vol-



CAJA DONDE  
TRASLADARON  
EL CUERPO  
DE LA:  
Sta. DESDE  
ALBA DE  
TORMES A  
AVILA



CONVENTO  
DE LA Sta.  
EN AVILA

vió a ser colocado en ella con gran solemnidad.

Pero los de Avila no se conformaron con poseer la preciosa reliquia de la Santa que les envió el Provincial de la Orden; querían todo el cuerpo, y de tal manera se las compusieron, que a los tres años, o sea el 1586, lograron trasladarlo subrepti-

ciamente al monasterio de San José de Ávila, cuyas religiosas recibieron tan preciado tesoro con grandes muestras de alegría y veneración.

En Avila fué también descubierto el sagrado cuerpo y se volvió a comprobar su incorruptibilidad, lo que fué motivo de que la devoción de los fieles a nuestra bienaventurada fuera en aumento y que se reprodujeran en dicha ciudad las piadosas peregrinaciones de que había sido testigo hasta entonces el convento de Alba de Tormes.

Tampoco las religiosas de este monasterio, ni los habitantes de Alba, se conformaron con que les fueran arrebatados los sagrados restos de la Santa reformadora del Carmelo, y para recobrarlo buscaron toda clase de recomendaciones y apoyos, hallándolo muy cumplido en el gran duque de Alba, que tomó a gran empeño el asunto, hasta que obtuvo del Papa Sixto V un Breve en el que se ordenaba la devolución del cuerpo de Santa Teresa al monasterio donde ésta había exhalado el último suspiro.

Gran contrariedad fué esto para los de Avila, pero ante el mandato del augusto Vicario de Jesucristo en la tierra no tuvieron más remedio que obedecer, y con el júbilo extraordinario de los de Alba que es de suponer y con pompa y solemnidad grandísimas, fueron restituidos los sagrados restos a su primitivo enterramiento de un modo definitivo.

Con todos estos sucesos, la devoción a Santa Teresa de Jesús se extendió por el extranjero, y

para satisfacerla, volvió a ser inhumado el cuerpo de la Santa, siempre incorrupto, y haciéndole la amputación de un pie, fué éste enviado a Roma y depositado en el convento de Carmelitas descalzas de la Ciudad Eterna el año 1615.

Pocos años después logró la reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, un dedo de Santa Teresa, que hizo engastar en un relicario de oro, y se lo envió a su madre, María de Médicis, que a su vez lo donó al convento de Carmelitas de París.

Mientras esto sucedía, las diligencias para otorgar a Santa Teresa de Jesús los honores del culto canónico en los altares avanzaban con rapidez, y el año 1614 fué beatificada por el Papa Paulo V como preliminar de su canonización.

Esta, por fin, fué promulgada por el Papa Gregorio XV el día 12 de Marzo del año 1622, juntamente con las de los grandes siervos de Dios San Isidro Labrador; San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; San Francisco Javier, apóstol de la India, y San Felipe Neri, fundador de la Congregación del Oratorio.





## XXXVI

El culto de Santa Teresa.—La basílica Teresiana.

**S**us heroicas virtudes, sus títulos de Fundadora, Doctora mística y compatrona de España, colocan a Santa Teresa de Jesús en un grado eminente de santidad, al que corresponde un culto también eminente. Destinada por Dios a propagar la devoción al glorioso Patriarca San José, casi olvidado de los fieles; Esposa de Jesucristo, que manifestó de una manera expresa su determinación de tomarla por tal, puede decirse en cierto modo que Santa Teresa de Jesús pertenece a la Sagrada Familia, cerca de la cual ocupa un lugar preeminente en las mansiones de la gloria.

No es, pues, de extrañar que Santa de que tantas prerrogativas goza sea objeto de grande veneración, ni que su culto sea de los que más pronto y con más arraigo se han extendido en España y en el extranjero.

Hasta los mismos impíos se ven obligados a in-

clinarse ante los inmarcesibles méritos de la virgen abulense, considerándola como una de las



lumberras que produjo en las letras el siglo xvi.

Es, pues, el culto a Santa Teresa popular y universal, y en España ha ido en progresión creciente desde mucho antes que la Iglesia le otor-

gara canónicamente el honor de ser venerada en los altares.

Frecuentes han sido las peregrinaciones nacionales que se han reunido en Alba de Tormes junto al sepulcro de nuestra bienaventurada, y en el siglo anterior las hubo muy numerosas y de singular resonancia.

El ilustre Prelado salmatino R. P. Cámara fué devotísimo de Santa Teresa de Jesús, cuyo culto procuró rodear del mayor esplendor posible. En su tiempo y bajo su especial protección surgió el propósito de erigir en honor de la bienaventurada Doctora una Basílica digna de su nombre, y acogida la idea con el calor y entusiasmo que merecía, no sólo se constituyó una Junta encargada de arbitrar recursos y medios para llevar pronto a cabo tan feliz idea, sino que se fundó una revista ilustrada con el mismo título para que el loable proyecto arraigase en el ánimo de todos, revista al frente de la que figura S. A. R. la infanta doña Paz, entusiasta devota de Santa Teresa de Jesús e incansable propagadora de su culto.

Pronto, pues, podrá Alba de Tormes depositar los sagrados restos de Santa Teresa en un monumento grandioso, aunque siempre pequeño para contener las glorias de la Santa, pero muestra, al fin, y testimonio de la gratitud de los españoles a los favores que debemos a nuestra insigne patrona.







## INDICE

---

	Págs.
I.—Su nacimiento e infancia.....	5
II.—Ingresa Santa Teresa en el convento de Carmelitas de Avila, no obstante la oposición de su padre.—Cae enferma de gravedad y recobra la salud por intercesión de San José.....	11
III.—De cómo cayó en la tibieza, y los caminos por donde el Señor la condujo para recobrar la devoción.....	19
IV.—Entrégase a las más ásperas penitencias, y se desliga de todo afecto terreno.—Favorécela el Señor con muchas mercedes.....	25
V.—Dios inspira a Santa Teresa la reforma de la Orden Carmelitana.—Contradicciones que por ello sufrió.....	30
VI.—Habiendo dejado de tratar de la fundación de su monasterio, Dios le manda que la prosiga.—Compra para ello una casa.—Apariciones celestiales que tuvo después de comenzar la obra.....	38
VII.—Ordena nuestro Señor a la Santa que funde con pobreza y que dé el hábito a	

	Págs.
cuatro religiosas.—Persecución que se levantó después de fundado el monasterio.—Sosegado el alboroto, vuelve Santa Teresa al monasterio, y el Señor la corona en recompensa de sus trabajos.	46
VIII.—Resucita a un sobrino suyo.—Termina la fundación del convento de San José.—Vida que hace en él. . . . .	54
IX.—Fundación del monasterio de San José del Carmen en Medina del Campo. . . . .	63
X.—Motivos que tuvo Santa Teresa de Jesús para hacer en su Orden la reforma de frailes y monjas. . . . .	75
XI.—Fundación con San Juan de la Cruz del primer monasterio de Carmelitas Descalzos. . . . .	79
XII.—Termina la fundación del primer convento de Carmelitas Descalzos. . . . .	86
XIII.—Fundación del monasterio de Valladolid y otros conventos, siendo regalada con celestiales favores. . . . .	94
XIV.—De otros favores que hizo Dios a Santa Teresa en sus fundaciones. . . . .	102
XV.—Más milagros obrados por Dios mediante la intercesión de Santa Teresa. . . . .	108
XVI.—Santa Teresa, modelo de obediencia y de castidad. . . . .	113
XVII.—El espíritu de pobreza de Santa Teresa de Jesús. . . . .	118
XVIII.—Santa Teresa de Jesús, penitente. . . . .	122

	Págs.
XIX.—Humildad profundísima de Santa Teresa de Jesús.....	126
XX.—Santa Teresa de Jesús, modelo de caridad.....	133
XXI.—Heroica paciencia de Santa Teresa de Jesús.....	138
XXII.—De su espíritu de oración y de varias revelaciones que tuvo... ..	143
XXIII.—Más revelaciones .....	149
XXIV.—La devoción de Santa Teresa de Jesús al Santísimo Sacramento.....	155
XXV.—De cuán agradecida era la Santa Madre Teresa a Dios y a los hombres..	159
XXVI.—De la fortaleza y grandeza de ánimo que tenía la Santa Madre Teresa de Jesús .....	166
XXVII.—De la paciencia singular que la Santa Madre Teresa de Jesús tuvo en los trabajos, y del gran gusto que tenía en padecer por amor de Dios.....	175
XXVIII.—Donde se prosiguen los trabajos que padeció la Santa Madre Teresa de Jesús .....	190
XXIX.—De los grandes trabajos interiores que padeció la Santa Madre Teresa de Jesús .....	202
XXX.—De la gran prudencia y sinceridad de la Santa Madre Teresa de Jesús....	211
XXXI.—Santa Teresa, Doctora.—Sus obras.	218
XXXII.—Dichoso tránsito.....	225

	Página.
XXXIII.—Retrato de Santa Teresa.—Maravillas que obró después de su muerte..	233
XXXIV.— Apariciones y revelaciones de Santa Teresa después de su muerte.— Más milagros.....	237
XXXV.—Su entierro.—Incorruptibilidad de su cuerpo.—Traslación a Avila.—Devolución de sus restos a Alba de Tormes.—Su canonización.....	242
XXXVI.—El culto de Santa Teresa.—La basílica Teresiana.....	247



# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

## SECCIÓN III

**Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.**

Número.....	1446	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante.....	10	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	3	Valoración actual..... »	.....



4

1446.